



Egbert
Méndez Serrano
(Ciudad de México,
1981)

Es militante de izquierda y profesor de ciencias. Su principal interés se encuentra en el estudio y las investigaciones colectivas desde el marxismo contemporáneo. Ha escrito numerosos artículos en revistas digitales y ha participado en los libros *El asalto al cielo era posible. La Revolución rusa y nosotros* (Torres Asociados, 2019), *El derecho contra el capital: reflexiones desde la izquierda contemporánea* (Contraste, 2016) y *La ciencia desde el niño* (Gedisa, 2015).

Crónicas
intempestivas
Historia del ascenso del



El 1 de enero de 1994 se levantó en armas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. A treinta años de aquel suceso, va emergiendo otro momento: el análisis crítico. Este libro avanza en tal sentido, pues ofrece material histórico inédito que dará elementos para comprender de mejor manera el contexto en que asciende tan singular guerrilla. Para el autor se trata exclusivamente de un esbozo histórico y no de balances políticos que terminan siempre en el flagelo del «porque perdimos».



ISBN: 978-607-29-5317-8



9 786072 953178

EGBERT MÉNDEZ SERRANO

Crónicas intempestivas

Historia del ascenso del

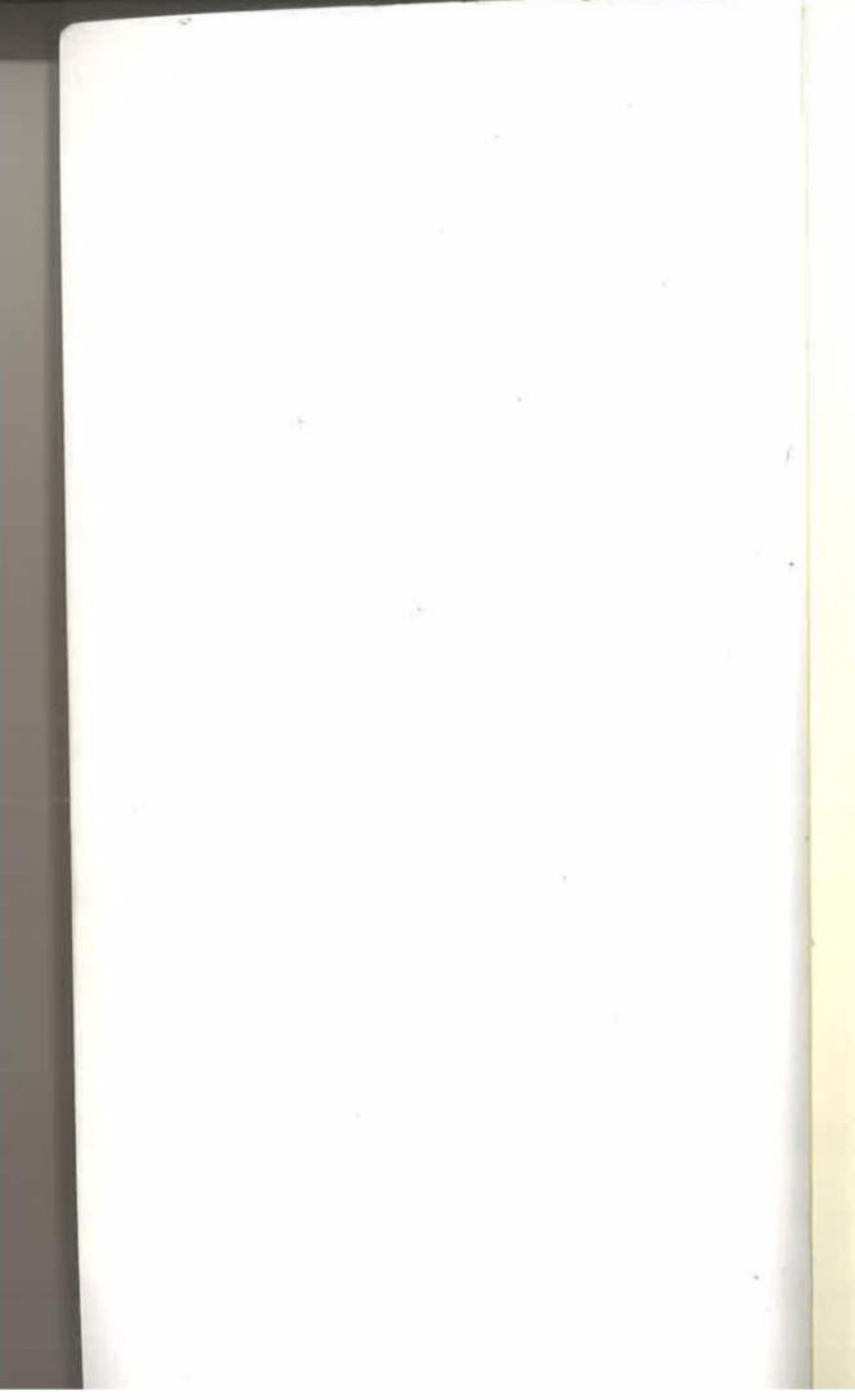


EZLN

1987-1994



CÍRCULO DEL MEXICANO



Para Juan Alondo

Compa, aquí un libro

con glorias y tragedias

Eight Winds

Ali

09/08/2029

L
I

Crónicas intempestivas
Historia del ascenso del EZLN
1987-1994

C
i
H

E
19

EGBERT MÉNDEZ SERRANO

Crónicas intempestivas

Historia del ascenso del



EZLN
1987-1994



CÍRCULO DEL VIENTO
Humanidades • Arte • Ciencias Sociales

*Crónicas intempestivas. Historia del ascenso del EZLN
1987-1994*, de Egbert Méndez Serrano
Prólogo de Rogelio Guerra Espinoza

2024 - Edición del autor, con el acompañamiento del grupo
de escritores del Círculo del Viento

José Octavio Urbina Durán
Director editorial

Dione Tamara Méndez Villalba
Arturo Alvar Gómez Xelhuantzi
Corrección y revisión ortográfica

Omar Arce Resendiz
Diseño editorial, infográfico y de cubierta

Ernesto Vladimir Fonseca Cisneros
Fotografía de cubierta

Rodrigo Santiago Hernández
Retrato del autor

Zaqueo Miguel
Asesor editorial

Queda estrictamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de los Derechos Reservados, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

© Todos los derechos reservados

ISBN 978-607-29-5317-8

Impreso en México

A mi amada hija, Maya.

A mi madre, Eloísa Socorro Serrano Valdés.

A mi padre, Eurico Méndez Rojas.

A la memoria de mi tía, Elba Méndez Rojas.



Índice

Prólogo, por Rogelio Guerra Espinoza	11
Agradecimientos	17
Carta al ex subcomandante Marcos y los ex comandantes Rodrigo y Germán	22
Introducción	25
Historia y política	26
Historicidad situada	31
La exposición	39
CAPÍTULO UNO	
La conspiración indígena de 1989: el intento de levantamiento armado	43
La conspiración	46
La persuasión del subcomandante Marcos	50
Una mirada a la pobreza indígena	53
CAPÍTULO DOS	
Vanguardia y verticalismo de las FLN vs la potencia indígena del EZLN	57
Verticalismo y vanguardia de las FLN	61
La dirección del EZLN	74
La potencia indígena	77
Dos militancias encontradas	78
La violencia político-cultural de las FLN- EZLN en las comunidades indígenas.	82
La fiesta y el baile, gesto de agradecimiento indígena	85

La incipiente política indígena anticapitalista	87
CAPÍTULO TRES	
La fundación de la primera escuela neozapatista	97
La imposición de la Escuela	98
Escuela guerrillera	100
Burocracia de las FLN	104
CAPÍTULO CUATRO	
La Escuela Campesina Técnica y Ecológica	107
Nelson	112
El enfrentamiento con la política asistencial del Estado	116
Un nuevo momento en la Escuela	121
Hogar de refugiados	122
La incursión del Ejército Mexicano	127
Hacia una nueva formación cultural	130
CAPÍTULO CINCO	
El Precongreso de «La Caravana» y los preparativos de la guerra	133
El plan de Rodrigo	136
El contraplán de Marcos	137
El Precongreso	139
El pacto con Germán	145
CAPÍTULO SEIS	
El Congreso Nacional de las FLN-EZLN	147
Marcos vs Rodrigo	152
Partido Fuerzas de Liberación Nacional	154
El final de Rodrigo	160
Frank y el renovado ascenso de Germán	162
Ana-norte	171
CAPÍTULO SIETE	
La antesala de la sublevación	174
Dos polos extremos	177
Preparando la «rebelión indígena»	179
El trabajo político obrero	183

El primer enfrentamiento armado entre el EZLN y el Ejército Mexicano	185
A la espera de la revolución	190
CAPÍTULO OCHO	
El levantamiento armado de 1994 y la larga deriva	192
La respuesta de las organizaciones de la clase trabajadora	202
La élite intelectual	208
La tragedia de la Secretaría de Masas	222
La represión de 1995	229
La larga deriva	236
El proceso de purga y la suplantación	238
Epilogo	249
Anexo. Cronología político-militar	257



Prólogo

A medida que pasan el tiempo y los sucesos, se impone con mayor fuerza la necesidad de ir esclareciendo hechos, acontecimientos que den sentido al presente y al devenir mediato e inmediato de la lucha social; sobre todo, si son conocimientos que hayan sido extraídos de la experiencia; reflexiones y análisis de los protagonistas, que son el alimento necesario de la táctica y la estrategia de un movimiento social que, aunque se atomiza en organizaciones y grupos, no dejan de compartir el común denominador de la lucha por la Justicia Social; de ser izquierdas, anticapitalistas, marxistas, comunistas.

Si la historia es la suma de muchas historias, entonces se requiere tantas versiones como sea posible, para espantar y conjurar a la temida «verdad única».

Desde Tlacaelel y su reinención de los hechos a la medida del nuevo poder, pasando por *México a través de los siglos* —«la historia de bronce», según Luis González y González—, hasta las más

recientes imposiciones como «la verdad histórica» decretada por el gobierno acerca de los jóvenes normalistas de Ayotzinapa, los mexicanos hemos visto pasar las explicaciones que nos ha dado el Estado, ajustando lo acaecido a su visión y necesidades de legitimación.

Las izquierdas no hemos sido inmunes a esta tentación. También en gobiernos y organizaciones que se presumen progresistas o revolucionarios, cuando han tenido en sus manos la posibilidad de imponer su visión, lo han hecho. A la par que el Estado burgués, a través de sus aparatos oficiales e informales, impone «su verdad», dentro de las organizaciones sociales de izquierda también se elaboran versiones, explicaciones y «verdades» para ser consumidas por sus bases sociales y, eventualmente, para la sociedad en general.

Por esto, es de inusitada relevancia que surjan intempestivamente crónicas testimoniales como las presentes; salidas de fuentes primarias, que oxigenen las versiones externas de quienes analizan de lejos, desde fuera; versiones de quienes estuvieron en el ojo del huracán, que complementen o corrijan las visiones y los análisis de intelectuales que critican «sesudamente» la irrupción de los grupos sociales y sus formas de organización y de lucha.

En tanto que los protagonistas decidan hacer valer de manera pública sus vivencias, aspiraciones y visiones; frustraciones y decepciones; metas y deseos; críticas y sacrificios, quienes pretendamos seguir en la brega, podremos ir entendiendo de manera más cabal los procesos y su construcción colectiva; podremos pergeñar de mejor manera los cómo de las siguientes etapas.

Por lo tanto, siempre es de agradecerse que alguien, como el autor de estas *Crónicas intempestivas* nos hable de los hechos desde dentro de los procesos, de los episodios, de las circunstancias; que haga uso de su derecho a hacer oír su voz y exponer la experiencia desde la praxis y la de quienes la vivieron a la par que él. Es el valor contenido en este libro: por ello, es legítimo, es valioso y es valiente.

Estos testimonios intentan asirse de un hilo central, evitando divagaciones innecesarias; sitúan las emociones propias de los momentos tal cual se iban viviendo y ubican al lector en la vivencia misma, como si se estuviera allí. Tratando de no caer en anacronismos, el autor ofrece, a la par de los relatos, análisis, reflexiones políticas y filosóficas explícitas y subyacentes, lo que hace de la lectura una delicia, con todo y la tristeza y los sabores agridulces que al-

gunos hechos generan *per se*. El autor, además, tiene una narrativa que no quiere caer en el materialismo ingenuo y sus citas de autoridad; a la par, evita la intención de obtener balances políticos «que siempre terminan en el análisis del porqué perdimos».

Este libro, además de su valor testimonial, histórico, analítico y reflexivo, tiene los ingredientes que requiere cualquier aporte para la comprensión de la historia contemporánea: es objetivo, es subjetivo y es histórico-situado. Es certero, necesario, pertinente.

De sumo valor le dan a este texto, la perspectiva marxista-hegeliana de los análisis y las vivencias desde la militancia de cuadros revolucionarios profesionales de tiempo completo del EZLN-FLN, como Martha y Andrés; la finalidad central de exponer para comprender, de no pretender imponer juicios morales ni verdades tajantes, asumiendo la diversidad como inevitable y enriquecedora; el homenaje manifiesto a la lucha de quienes fueron minimizados, engañados, invisibilizados y usados; su pretensión explícita de negar a los vanguardismos y su voluntarismo como causas principales de los hechos y asumir los procesos colectivos como hacedores de circunstancias y determinantes de los acontecimientos.

También era necesario y urgente que alguien nos contara-explicara la relación de las FLN con el EZLN y algunas de las vicisitudes que acompañaron al proceso del antes y del después de la Declaración de guerra de 1994; y que, a la vez, nos llevara de la mano con calma, al cómo se fue dando la narrativa de los intelectuales desde los periódicos y las revistas.

Todos somos periferia y vórtice a la vez. Este libro, su autor, sus protagonistas, su contenido y sus conclusiones en general, nos llevan a seguir en la búsqueda de la táctica y la estrategia necesarias para las siguientes etapas.

Cuando creíamos que se había dado vida al Partido Marxista-Leninista y que funcionaría con base en el centralismo democrático, que habíamos arribado a la meta de generar una vanguardia revolucionaria que incendiara al pueblo y lo dirigiera; con una organización político-militar, de cuadros, clandestina, pero con influencia de base en las masas. Todo parecía apuntar hacia la llegada del pueblo al poder, para establecer la Dictadura del Proletariado. Ahí, dábamos por hecho el éxito en automático de la última de las revoluciones del siglo XX; entonces... sucedió lo que tenemos el derecho y la obligación de analizar, desentrañar, reflexionar y explicar.

Con la publicación, lectura y discusión de *Crónicas intempestivas*, se hace vigente que otro mundo es posible, en deuda con las aportaciones de los compañeros zapatistas, los profesores Andrés y Martha y del propio Egbert, que recoge testimonios no conocidos hasta la fecha.

Rogelio Guerra Espinoza

Agradecimientos

AUNQUE EL CONTENIDO DE ESTA OBRA SE ELABORÓ entre 2021 y 2022, fue posible materializarla gracias a un cúmulo de condiciones previas, todas completamente al margen de cualquier institución académica. En primer lugar, se debe a incalculables horas de charla con el profesor Eurico Méndez Rojas, quien alguna vez fuera el profesor Andrés, en las que abordamos múltiples ocasiones los acontecimientos que aquí se narran. En los primeros años del siglo XXI, tratábamos de entender qué había pasado —y aún pasaba— con el movimiento neozapatista. Fue así que emprendimos una búsqueda de explicaciones, pensando ingenuamente que la reflexión nos podría arrojar luz, pero siempre terminábamos en callejones sin salida, aderezados con el amargo sabor de la derrota. Sin su conocimiento, este libro simplemente no existiría, por lo que agradezco infinitamente sus testimonios.

También es consecuencia de largas discusiones en torno al estudio de la obra de Karl Marx —y de diversos marxistas— con José Luis Ríos Vera y Gabino Javier Ángeles Calderón, ambos revisores del manuscrito. Ángeles Calderón realizó valiosísimos señalamientos que permitieron abrir varias directrices originalmente no contempladas en los primeros borradores. Los dos son entrañables amigos, con quienes, tras una década de estudio colectivo, a partir de 2009 comenzamos a escribir en medios digitales e impresos, primero a nombre del Centro de Estudios, Documentación y Análisis Materialista y, años después, en la aventura individual, pero sin abandonar el trabajo conjunto.

Otro factor es la alternativa teórica de un marxismo hegeliano que abrió la obra del profesor Carlos Pérez Soto, hace más de una década. Los tres cursos que ha impartido desde 2020 —el primero sobre la *Fenomenología del espíritu*, seguido de la *Ciencia de la lógica*, de Hegel y el de Proposición de un marxismo hegeliano—, permitieron dotar de un mejor sentido histórico y teórico a lo aquí desarrollado.

Sin duda, *La Izquierda Diario México* me ha permitido practicar el periodismo anticapitalista y vigorizar mi comunicación con el lector en los últimos cuatro años, bajo el seudónimo mili-

tante de «Iván» que uso desde 1986 y al que recientemente agregué el apellido «Montero». Por tal motivo, es menester mencionarlo; no hacerlo sería ingrato.

Especial gratitud merece el contexto familiar que durante varios periodos aportó en demasía —involuntariamente y muchas veces con molestia, pues los miembros desconocían de lo que se trataba— a la historia en la que se involucraron la profesora Martha y el profesor Andrés —actores en estas crónicas—. Sin el apoyo de mis abuelos paternos, Eulalio Méndez Hernández y Evangelina Rojas Ramos; mi abuela materna, María del Pilar Valdés Díaz; mis tías, Elba Méndez Rojas, Elda Isaura Méndez Rojas, Xóchitl Méndez Rojas; y mi tío, Virgilio Roger Méndez Rojas, sería otro el destino de la vida de quien escribe.

Los agradecimientos se extienden hacia todas y todos aquellos que hemos buscado organizarnos contra el capitalismo, resistiendo la mediocridad, soledad y tragedia a la que nos arroja la sociedad actual; a mis compañeras y compañeros del DIF de la Ciudad de México, con quienes luchamos por derechos laborales que nos niega la institución desde hace más de quince años; a la agrupación Queremos Trabajo Digno, impulsada originalmente por Flora Aco, Alejandra Sepúlveda y Ameyali

Amador, donde construimos una trinchera de resistencia contra la precarización laboral y los despidos, que han impuesto las patronales y partidos políticos capitalistas: Revolucionario Institucional, Acción Nacional, de la Revolución Democrática, Movimiento de Regeneración Nacional y Movimiento Ciudadano, entre otros que integran la denominada «Chiquillada»; al colectivo #NoVivimosDelAplauso, en especial a Magdiel Montalvo, Florina Piña, Guadalupe Ocampo y Katia Palacios; a las y los compañeros y amigos de las otrora Fuerzas de Liberación Nacional; cómo olvidar el círculo marxista, político y de estudio, que realizamos hace muchísimos años con distintos camaradas, donde confluimos, Omar Martínez Cerdillo, Pedro Amaury Miranda Bello, Gerardo Ambriz Arévalo, Jorge Martín Valencia Rosas, José Luis, Gabino, etc. En suma, a todas y todos aquellos con quienes hemos dialogado o debatido sobre una sociedad justa, radicalmente democrática; donde la violencia de clase haya cesado por fin en la historia; donde la libertad y la felicidad sean posibles en una sociedad que puedo llamar comunista, y que dista infinitamente del canon ilustrado del marxismo clásico del siglo pasado.

Gracias también al poeta y amigo Arturo Álvar, a través de quien conocí

al Círculo del Viento, colectivo que más tarde me permitiría hacer amistad con Octavio Urbina y Omar Arce, quienes editaron el presente trabajo. La agrupación de escritores, artistas, humanistas y estudiosos de las ciencias sociales radicada en Ecatepec de Morelos, Estado de México, conecta simbólicamente con uno de los sentidos de estas *Crónicas intempestivas*: la centralidad de la periferia en la construcción de lo nuevo.

Finalmente, antes de comenzar, deslindemos protocolariamente a todos estos actores; la mayoría desconocía por completo la relación de los autores con el EZLN-FLN. Además, no son los responsables de los errores contenidos en lo que sigue, ni tendrían por qué estar de acuerdo con lo que vamos a contar —menos aún, en cómo lo vamos a decir—. Esas cargas las asume quien escribe, en complicidad con mi padre.

En Ecatepec de Morelos,
Estado de México

Egbert Méndez Serrano

1º de enero de 2024

AL EX SUBCOMANDANTE MARCOS:
AL EX COMANDANTE RODRIGO:
AL EX COMANDANTE GERMÁN:

«El compromiso que contraje
con vosotros está hecho peda-
zos sobre este cadáver».

KARI MOOR.

Resulta irónico que, sin los persistentes arrebatos del ex comandante Germán —que explotará en ira por el trabajo aquí presentado—, la historia de las Fuerzas de Liberación Nacional y del Ejército Zapatista de Liberación Nacional hubiera sido fácilmente administrada, preparada a conveniencia para el feliz consumo de la élite intelectual.

Durante dieciséis años, de 1977 a 1993, las FLN tuvieron la orientación ideológico-política del ex comandante Rodrigo, quien fue uno de los artífices del EZLN. Su dirección expresa el fuerte talante intelectual de la organización, muy distante de manuales marxistas y formulas preestablecidas. Sin embargo, nos ha tocado presenciar el *terror* de

24 que su aporte haya sido borrado de la historia, como si no hubiese existido.

El mando del ex subcomandante Marcos expresa el esplendor del EZLN; bajo su dirección se construyó la mejor vanguardia posible, la más efectiva, la más racional, la que adquirió dimensión de lo universal.

Tras la desilusión de decenas de militantes, producto de la suplantación de la larga deriva, para los excluidos no quedó más que la melancolía de la derrota, un pasado del que se huye y del cual no se quisiera saber nada, queriéndolo simplemente olvidar con el paso del tiempo. A pesar de esa derrota, es admirable que siga existiendo la secrecía para proteger la voluntad revolucionaria que se levantó hace más de medio siglo, un 6 de agosto de 1969.

¿En qué momento será pertinente hablar de lo ocurrido sin ser acusados de inoportunos o, peor aún, de traidores? ¿Quién nos tiene que avalar?, ¿un mando superior?, ¿un congreso? ¿Estarán —estaremos— dispuestos a salir malparados? Sólo las piedras saldrían airoas.

A treinta años del levantamiento, entendimos que, si la historia de un proceso es borrada, los actores y sus tragedias simplemente nunca acontecieron. Entonces, los inexistentes reclaman el derecho de incomodar, para cumplir con el deber de irrumpir en la histo-

ria, reapropiándosela, a contrapelo de las muertes prematuras con las que los anuncian.

Para superar el pasado, se tiene que nombrar; para despedirse de él, primero tuvo que existir. En estas crónicas van a leer el cadáver de lo que fue y no volverá nunca más: el pasado, bello, pero no por ello menos trágico, del cual había sido preferible no hablar.

Iván Montero

Introducción

«Teoría revolucionaria para que la voluntad pueda ver, voluntad revolucionaria para que la teoría pueda ser».

CARLOS PÉREZ SOTO.

HAN PASADO TREINTA AÑOS DESDE EL 1 DE ENERO DE 1994, día en que inició el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). La distancia, por desgracia, a contratiempo, ha posibilitado analizar algunos aspectos de aquella lucha desde la militancia. El carácter histórico develado aquí, es eso y nada más. No es intención nuestra realizar los balances políticos que siempre terminan en el análisis del porqué perdimos. Basta de los azotes masoquistas de la trama y el desenlace que exhibe la impotencia de algo que ya no se puede cambiar. Tampoco se trata de repartir culpas, el ánimo es comprender los procesos y el entorno que se desarrolló, donde resulta imposible no

posicionar políticamente a los actores —o a nosotros mismos— con nuestra participación o interpretación. No somos neutrales ni pretendemos salir con las manos limpias, quien así lo pretenda es porque no ha hecho nada o simplemente es un hipócrita. Contaremos esta historia porque es tiempo de hacerlo, ya que ahora le pertenece al pasado.

Historia y política

Desde la izquierda radical tenemos que (re)aprender a desligar los análisis históricos de la política de futuro, donde el pasado niega nuestro porvenir. El conocimiento del pretérito no debe condicionar la política del futuro posible, pues no estamos encadenados a la repetición de la historia, como Sísifo. Si semejante mito fuera una verdad, la humanidad jamás habría salido de su estado primigenio.

Entonces seamos radicales. Tratándose de política, no le podemos solicitar nada al pasado. ¡No más balances!, ¡no más lecciones! El porvenir no es un devenir en repetición, a la espera de que alguna vanguardia paternalista logre concentrar una amplia base de datos de errores significativos, para evitar que los pueblos en busca de la emancipación caigan en ellos, como si

se tratara de la repetición de un trauma freudiano aguardando a ser curado por el psicoanalista. Hay que dudar de aquéllos que, en nombre de la experiencia, nos quieren aleccionar desde la derrota histórica del socialismo del siglo pasado, porque —¡ojo!—, desde esa herencia realmente existente nos hablan. Tenemos derecho a tomar el riesgo y abandonarlos en su herencia; lo que nos importa es la *posibilidad* que se abre en el futuro, sin la cual sería cancelada nada más y nada menos que la *libertad*.

Ya basta de la terrible obsesión por evaluar los probables errores que cometeríamos al reinventar, al renovar, al dejar de resguardarnos en las victorias del ayer, donde pareciera que tenemos un lugar seguro. Ese temor a errar es ya el error mismo: temor a convertirse en esto o aquéllo, luchando sin concesión absurdamente *contra el aliado* porque no se ajusta a lo que cada vanguardia marxista define como el camino correcto para alcanzar una sociedad anticapitalista, evitando el reformismo, el populismo, la burocratización, el izquierdismo, el teoricismo, el academismo, el autonomismo y un largo etcétera de ismos. En el fondo, es un temor a la diversidad política que cancelan una y otra vez siguiendo un lema: «Si no es como nosotros decimos, si los marxistas revolucionarios no estamos

al frente para dirigir, la revolución no será». De ahí al totalitarismo hay solo un paso.

Hay que advertir que asumir la diversidad no es sinónimo de abandono a la crítica del capital, a la renuncia de la lucha de clases o a negar la centralidad de la clase trabajadora como sujeto revolucionario, como suponen varios marxistas que se escandalizan cuando se pone en cuestión el canon doctrinal, del cual les basta que se haga tan solo un señalamiento para acusar de herejía política a quien se atreve a semejante irreverencia. Para ellos, dudar de la palabra sacralizada conduce al *revisionismo*, considerado un error desde la intención.

Los vanguardismos, hace décadas están atrapados en un bucle en el cual piensan que, prácticamente, toda ruta política que no sea la que ellos proponen va a conducir al fracaso. Los casos más extremos ven la diversidad como una trampa política; dicen que lo más importante, en primer lugar, es la lucha de clases. Hacen bien en desconfiar del poder que ha logrado incorporar la diversidad como parte de la dominación de clase. El problema es que no aceptan que, centralmente, la humanidad es diversidad porque el *ser* es negatividad de sí. El *ser*, al negarse, produce la diferencia y la diversidad, no es ninguna trampa ni ocupa un lugar secundario;

de hecho, el ser, en cuanto negatividad, es una categoría fundante¹. La «trampa» del poder es la administración de la diversidad, mas no ésta en cuanto tal, así como los derechos humanos no son una trampa, sino la forma en que los han administrado mediante el Estado de Derecho. En momentos distintos de la historia el poder logró dosificar ambos contenidos, controlándolos políticamente para evitar que se desbordaran y atentaran contra la dominación de clase.

Si se le quiere dar un sentido político y militante a este texto, solo es un pretexto para dialogar con las izquierdas anticapitalistas sobre los límites de los vanguardismos; pero, sobre todo, para abonar el camino de una izquierda posible, post-ilustrada. Tenemos que hacer giros urgentes si no queremos seguir pereciendo —esta vez— ante las nuevas lógicas de la dominación de clase: al dominio burocrático². También

1 Debemos a Hegel esta consideración sobre el ser. En su *Fenomenología del espíritu* hacer ver que cada que se quiere atrapar la esencia de las cosas o del yo, o de ambos a la vez, la experiencia los muestra como algo que ya no son, por lo que la esencia es esa negatividad y no alguna propiedad extraíble que se pudiera encontrar, sino que el ser es siendo.

2 El poder burocrático al que nos referimos es el propuesto por Carlos Pérez Soto. Se

representa una deuda porque, después de todos estos años, a la militancia que participó en las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) —organización matriz del EZLN— nunca se le concedió una explicación de lo que ocurría; se le suplantó y se le escondió debajo del tapete. Intempestivamente, esperamos revertir el pesar de la desilusión reivindicando su entrega. Además, significa una ofrenda para dignificar a las y los compañeros que murieron en el anonimato y, con esa honra, despedirnos de ellos para apuntar al futuro sin la carga de su pasado.

En cuanto al contenido histórico de la obra, se pondrá en entredicho muchas de las interpretaciones que se han hecho hasta hoy del neozapatismo. Sobre todo, se atentará contra la imagen de la guerrilla indígena creada por las

puede encontrar en sus libros *Para una crítica del poder burocrático: comunistas otra vez* o en *Proposición de un marxismo hegeliano*. Muy esquemáticamente, el profesor Carlos anuncia una recomposición profunda en la lucha de clases contemporánea, donde ya hay una nueva clase social en la dermis de la sociedad. A esa clase la llama «clase burocrática» por la posición de gestión que ocupa en la reproducción del capital, posición que a su vez le permite dominar la división social del trabajo y, con ello, se encuentra en el lugar preciso para disputarle a la clase capitalista la orientación del mundo.

capas medias y la élite intelectual de izquierda, aportando elementos que permitirán formular ideas distintas sobre el entorno, constitución y ascenso del EZLN.

¡Es tiempo de soltar el pasado, con su belleza y su tragedia!

Historicidad situada

El esfuerzo aquí realizado consistió en efectuar un ejercicio teórico para mostrar cómo los conflictos, tensiones internas, pugnas, intrigas, sacrificio y heroísmo, paulatinamente devinieron en procesos que nunca dependieron de la individualidad de sus actores, sino que emergieron del medio histórico en que realizaban su práctica. Y, aunque en su voluntarismo las pretendieran eludir, a la larga se les impusieron como la ley de la gravedad. Contraviniendo la dicotomía entre aciertos y errores políticos de aquella práctica —victorias y fracasos, bueno o malo—, tratamos de abarcar ambos aspectos pensándolos como diferenciaciones internas de un mismo proceso.

Tenemos que subrayar que nos aproximamos a las palabras de los protagonistas y la cronología de diversos eventos desde la oralidad y el recuerdo; va-

rios acontecimientos se reconstruyeron con información que, previo a 1994, se transmitía de boca en boca. No habría podido ser de otro modo. A tantos años de distancia todo se funde en un amasijo de recuerdos difíciles de ordenar. Pero no hicimos invenciones a modo, procuramos mantener su sentido.

La estadía del profesor Andrés en la zona de operaciones del EZLN durante aproximadamente cuatro años y la militancia que mantuvo por veintinueve en las Fuerzas de Liberación Nacional, si bien —obviamente—, no propicia obtener material suficiente para comprender el proceso de forma exhaustiva, sí permite formular los trazos generales que desarrollaremos en el *corpus* de este libro. Las numerosas experiencias que tuvo —y personificó— nuestro informante, no fueron excepcionales; no se restringen a eventos que le hubiesen ocurrido de manera exclusiva por una especie de dicha o infortunio³. Era el contexto general de los que militaron

3 Por esta fuente directa y primaria, nunca queremos usar fuentes secundarias, como *La Rebelión de las Cañadas*, de Carlos Tello Díaz, pues nos rebasa con creces en errores, sobre todo de diversas cuestiones que nunca ocurrieron. Desconocemos si las invenciones que hizo fueron para dar coherencia a lo que expuso o si sus informantes así se las proporcionaron.

en la organización, incluido quien escribe.

Es intención nuestra superar las críticas francamente anacrónicas, aquellas que desde un artificial peldaño de superioridad ideológico-política emiten veredictos *ad hoc*, como si, con ello, el proceso histórico lograra reorientarse de la manera que suelen decir: «de forma correcta», evitando las «desviaciones» que pudieran ocurrir. Pretensión que, además, muestra la incapacidad de asumir un siglo de infames dictaduras burocráticas que han mostrado —una y otra vez— que no hay garantías para que la *voluntad revolucionaria* se realice en el horizonte histórico⁴, pues ésta corre el riesgo objetivo de enajenarse, como de

4 La Revolución Rusa de 1917 verificó lo que Marx ya había propuesto: la voluntad revolucionaria puede cambiar la realidad. Desde esa confianza, las vanguardias marxistas han emprendido su práctica política, muchas veces sin considerar las determinaciones históricas, cayendo en un voluntarismo. Pero hay que saber distinguir entre voluntad y voluntarismo. Al momento del levantamiento, al neozapatismo se le acusó de este último, cuando en realidad se usaba como recurso retórico para desacreditarlo. No fue voluntarismo porque su práctica política dio resultados masivamente; en cambio, la política del *Che* Guevara en Bolivia sí lo fue, porque no tuvo efectividad masiva. En eso radica la diferencia, verificándola en la práctica.

hecho ocurrió con las bienintencionadas vanguardias marxistas-ilustradas que, sin proponérselo, suplantaron la voluntad proletaria que decían representar y abrieron rutas posibles hacia los totalitarismos políticos, ya que estos no aparecieron mágicamente, como un rayo en cielo sereno, sino que es posible comprenderlos como resultados históricos producidos por el *desdoblamiento interno* de otros ya ocurridos. El estalinismo no fue mala suerte, ni tampoco ha sido la única ruta posible; empero, con un siglo de experiencias de por medio, ya podemos sospechar que *los procesos políticos vanguardistas no conducen al comunismo*. En tales casos, el problema de fondo no radica en los fallos de la subjetividad de las direcciones políticas⁵ que habrían dejado de caminar en una

5 Ese comportamiento de ver los aspectos devastadores de los procesos históricos como si fueran producidos por alguna anomalía exterior que desvía o degenera a la humanidad del inexorable progreso hacia el comunismo, es similar al que hicieron varios pensadores europeos en plena Ilustración con el «problema» de la esclavitud. En su caso, la «anomalía» que los desvió del reino de la razón representó al menos 15 millones de esclavos africanos que fueron llevados al «Nuevo Mundo» en el periodo de los tres siglos posteriores a la colonización española y portuguesa en América. Vid. David Brion Davis, *El problema de la esclavitud en la cultura occidental*, Bogotá, El Áncora, 1996.

supuesta línea correcta, sino que, en su modo de operar, cancelan en menor o mayor medida la democracia, dando como resultado —a sus espaldas— regímenes burocráticos, autocracias o totalitarismos políticos.

En el movimiento de la lucha de las clases explotadas, no se encuentra un resultado predeterminado, del cual bastaría quitar a los reformistas para llegar a la revolución que nos estaría esperando del otro lado de un periodo prerrevolucionario. Los marxistas ilustrados siguen creyendo en lógicas espaciales, de un aquí a un allá preestablecido objetivamente, pues —como afirma el materialismo ingenuo— las cosas existen independientemente de los sujetos que las piensan y el comunismo tendría tal objetividad. Siguiendo a Hegel, no podemos usar semejante criterio. Si se pudieran quitar los obstáculos —que, no obstante, ya advertimos como temor a la diversidad política—, del otro lado de un periodo prerrevolucionario no habría nada más que lo que las mismas fuerzas revolucionarias pusieran como revolución. Los marxistas asociamos ese proceso a un cambio en la dominación de clase⁶. El señalamiento

6 Los lectores de la *Fenomenología del espíritu* podrán encontrar este resultado al final de la sección «A. Conciencia». Después de la

nos permite destacar lo siguiente: las luchas de los explotados y oprimidos, para las clases dominantes representan obstáculos que tienen que superar para posibilitar la acumulación y reproducción *existente* del capital; pero, para las clases dominadas, los obstáculos no tienen la misma cualidad, pues el horizonte anticapitalista *no es algo existente*, sino que se tiene que proponer y construir, ya que no está dado⁷.

experiencia que hace la conciencia al buscar la esencia de las cosas —la realidad—, no encuentra nada independiente a ella, se ve indisolublemente ligada a los objetos. Es más, la realidad objetiva es la conciencia misma apareciendo como objeto o, en otras palabras, es la humanidad la que se objetiva a sí misma produciendo *absolutamente* toda la realidad como historia: «Y se ve que detrás del llamado telón, que debe cubrir el interior, no hay nada que ver, a menos que penetremos nosotros mismos tras él, tanto para ver, como para que haya detrás algo que pueda ser visto». Vid. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, México, FCE. 2003.

- 7 La interpretación que afirma que, cuando hay un periodo prerrevolucionario, las clases dominantes aceptan formas de gobierno progresistas para evitar la revolución, no tienen cabida con el criterio establecido aquí; como ya dijimos, la revolución no está dada del otro lado. En este caso, si el Estado logra mutar a formas más o menos progresistas, es porque, presionado por las luchas sociales, requiere hacer algunas concesiones para evitar los obstáculos a la acumulación del

También pensamos superar los juicios morales que se ufanan en desacreditar al EZLN, porque —por ejemplo— afirman que propuso un programa burgués, reformista o de conciliación de clase. A menudo, estos juicios abandonan incluso la ciencia marxista, de donde dicen provenir, pues ni siquiera intentan construir argumentos, sino que los reemplazan con citas de autoridad, válidas únicamente para quienes asumen de antemano estrechas doctrinas políticas. Más allá de buscar comprender el proceso con una investigación medianamente seria del entorno en que estuvo inmerso el EZLN y las consecuencias que le derivaron, coincidan o no con posturas políticas previas, a leguas se nota que, desde un principio, saben a qué quieren llegar, pues nunca se mueven un centímetro de sus creencias iniciales y, por el contrario, incluso las reafirman. ¿Qué reflexión crítica puede existir en tal proceder autocomplaciente? Ninguna. En su caso, se

capital, mas no porque necesariamente vea una amenazante revolución anticapitalista al final de las luchas. Ese mito se cayó cuando los neoliberalismos tempranos lanzaron sus primeras ofensivas frente a una supuesta revolución de tipo soviética con la que chantajeaba la socialdemocracia para obtener prebendas.

evidencia el (des)propósito que las motiva: al desacreditar al EZLN, esas corrientes políticas pretenden mostrarse como la verdadera alternativa revolucionaria. ¿Cómo? Decretándose a sí mismas como tales. Una vez abandonado el sentido crítico y el sentido común, lo de menos es negar la realidad, como omitir que el 31 de diciembre de 1993 el EZLN dio a conocer todo un programa revolucionario que incluía diez leyes, entre ellas, una de carácter agrario. Si era suficientemente revolucionaria o no se aplicó, requiere —exige— toda una explicación que no puede acotarse a aquello que los neozapatistas decían de sí mismos, a menos que la intención consista en añadir otro error de dimensiones mayúsculas: comprender la historia a partir de lo que los personajes dicen de sí.

Para lograr desmarcarnos de los anacronismos, del materialismo ingenuo y los juicios morales señalados, además de asumir una *historicidad situada* —valga la redundancia— del proceso donde el futuro aparecía como posibilidad muchas veces incierta, también abandonaremos lo que bien podemos denominar escolástica del marxismo clásico. Aquella que no puede renunciar a las citas de autoridad como recurso teórico o retórico que se reduce a usar la palabra de algunos autores como criterio

de verdad, sustituyendo argumentos por «lo dijo Marx», «lo dijo Lenin». Esa mediación no depende de la calidad y verosimilitud de las proposiciones que podamos hacer, sino del carácter sacro que le demos a los autores referidos. El burocratismo universitario ha seguido un camino similar; recurre a la cita académica —en APA, en MLA— como parte del sistema de (auto)validación de su saber, que se devela como mera pretensión al observarse ser funcional al poder de clase que no duda en recurrir al juicio del experto, amparado en la pretensión de saber, para legitimar los intereses de las clases dominantes, tomando decisiones a espaldas de la mayoría de la sociedad.

La exposición

La exposición, aunque pase inadvertida para el lector, ya contiene implícitamente hipótesis que hace verosímil el desdoblamiento del proceso. Una de ellas es la superación que hicieron los indígenas al interior de la organización que, hasta 1993, había sido la matriz del EZLN. Nos referimos a las FLN. Al respecto, caben dos avisos de primera importancia. A saber, que el EZLN era una extensión de las FLN, en la militancia urbana nadie experimentaba ni con-

ceba organismos separados —parte de los objetivos de este libro es mostrar el proceso de escisión y la recomposición de su relación después de 1993—; y, de manera general, que nadie se refería a los indígenas como tales, pues el movimiento indígena neozapatista *se inventó* después del levantamiento armado —en su lugar se denominaban «compañeras» o «compañeros» y, de manera general, «campesinos», pues la organización pensaba exclusivamente en términos de clase, buscando la alianza obrero-campesina, estrategia proveniente del marxismo clásico—.

El lector debe tener presente en cada momento que las reconstrucciones de los sucesos, como el Búho de Minerva, llegan después de acontecidos, *post festum*. Esto tiene la enorme implicación de que no eran del conocimiento general entre la militancia; no se puede perder de vista que la mayoría de los actores no conocía más allá de las acciones que les tocaba ejecutar, sin saber qué lugar ocupaban en el engranaje de la organización, por ser clandestina, y mucho menos el significado de conjunto que proviene de una interpretación histórica posterior.

Para referirnos a los militantes, a no ser que indiquemos otra cosa, usaremos sus seudónimos, tal como se les nombraba en el periodo referido. Esto ayuda

a nuestro estudio, ya que, fundamentalmente, nos interesa los personajes y sus contextos políticos y, en menor grado, la biografía individual que se pudiera obtener de cada uno.

Originalmente, en estas *Crónicas* pensábamos saldar algunas deudas mediante un apasionado ejercicio de historia oral⁸. No obstante, a medida que avanzaban los meses y se pulía el contenido comenzaron a surgir más preguntas. Algunas lograban responderse dentro de la narración, aunque las de mayor calado no —o no del todo—. Entonces recurrimos a una bibliografía mínima, pero, como suele suceder, comenzó a ampliarse. Si bien, aquella narrativa inicial permitió formular nuevas preguntas y esbozar posibles respuestas, al no fijar una fecha límite nos extenderíamos irremediablemente aplazando esta publicación. Así que, para «concluir», se decidió ni siquiera pretender agotar a los autores ni trabajos que trataban el tema del indigenismo antes de 1994. En honor a la sensatez,

8 Hace siete años, con ayuda de Gabino Javier Ángeles Calderón, se comenzó a preparar un cuestionario para recopilar las anécdotas del profesor Andrés, las cuales servirían como materia prima de investigación. Esa ruta se abandonó por completo, pero precede a este trabajo.

este trabajo adolece de ello, por lo que varias interrogantes quedan abiertas.

Sin más preámbulo, únicamente nos queda hablar de la estructura de la obra. A este decir, los cuatro primeros capítulos se encargan de proporcionar el entorno organizativo de las FLN y el EZLN, tanto en las comunidades indígenas asentadas en Chiapas como en las redes urbanas de todo el país. Los capítulos cinco, seis y siete relatan los preparativos previos al levantamiento armado que culminan con el giro político que se hizo en el Congreso de 1993. Finalmente, en el capítulo ocho se hace referencia a la sublevación del 1º de enero de 1994 y la deriva política que se anuncia tras bambalinas.

La conspiración indígena de 1989:

el intento de levanta- miento armado

A FINALES DE 1989, LOS HABITANTES DE EL AVELLANAL, asentamiento perteneciente al municipio de Ocosingo, Chiapas, habían decidido que en su localidad se construyera una escuela que fundaría el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Al responsable de ésta, el profesor Andrés, se le encomendó buscar el terreno para tal fin. Después de una semana dio con el que le pareció adecuado, a la orilla del río Jataté. La organización político-militar, para entonces ya tenía un enorme crecimiento en la región, lo que previamente le había permitido consultar con diferentes comunidades cuál acogería dicha escuela.

Los indígenas de aquella cañada estaban dispuestos a albergarla y por lo

tanto donarían el predio para su instalación⁹. Sin embargo, no había acuerdo para establecerla donde sugería el

9 La política educativa del Estado mexicano para con los pueblos indígenas, se hacía mediante el Instituto Nacional Indigenista (INI), el cual se fundó en 1948 y fue extinto durante el gobierno de Vicente Fox Quezada, en 2003. Desde sus inicios, las escuelas que fundaba el INI fueron una carga económica para las comunidades, ya fuera para comprar o conseguir los terrenos donde se ubicarían o para amueblarlas, por lo que la propuesta del EZLN no debió ser extraña, como puede cotejarse en Nancy Modiano, *La educación indígena en los Altos de Chiapas, México*, Instituto Nacional Indigenista, 1990. La educación indígena dirigida por el INI y la Secretaría de Educación Pública (SEP), al ajustarse a la política del capitalismo mexicano en la modalidad de sustitución de importaciones —una industrialización relativa y dependiente del capitalismo estadounidense—, generó fuertes confrontaciones con los terratenientes —curas y finqueros— que acrecentaban sus ganancias no mediante el aumento de la productividad que le proporcionaría el uso de maquinaria y una organización del trabajo de tipo fordista, sino mediante mecanismos de explotación absolutos, esto es, con extensas jornadas de trabajo que rebasaban las doce horas diarias y pagos ínfimos o en especie a los trabajadores que empleaban herramientas simples para labrar el campo. Las hazañas de tres maestros tzeltales, Agapito Núñez Tom, Marcelo López Santis y Pedro Jiménez Girón, expuestas por Fernando Benítez, muestran el complicado escenario que existía a mediados

profesor. Uno de los habitantes ya le había expresado tal sentir: «No, ahí no. ¿Cómo van a pasar el río?», refiriéndose a los estudiantes que tendrían que atravesarlo, pues la comunidad quedaba del otro lado. Aunque para eso también se proponía la creación de un puente, lo cierto es que algunos pobladores no querían que se construyera en tal sitio.

Se buscó resolver el problema en una de las reuniones regionales del EZLN llevada a cabo en Las Tacitas, localidad colindante con El Avellanal. A dicha reunión llegó Marcos, el «Subcomandante», acompañado de su escolta, la comisión de comunicaciones —conformada por los técnicos encargados del uso y mantenimiento de los radios—, algunos mandos militares —capitanes, subtenientes— y Andrés. La cita fue planeada con varios responsables neozapatistas previamente elegidos como representantes milicianos de su comunidad ante la organización. No eran insurgentes, pero asumían la jerarquía de mando que establecía la guerrilla¹⁰.

del siglo pasado y permite contrastar los desafíos a los que se enfrentaría el EZLN como organización anticapitalista, pues las condiciones no habían cambiado mucho. (Vid. Fernando Benítez, *Los indios de México*, México, Era, 1967).

¹⁰ Las comunidades neozapatistas se dividieron en milicianos, insurgentes y reclutas. Los

Sin embargo, dos de los tres representantes de El Avellanal se habían insubordinado y ese día no se presentaron.

Para entonces, el subcomandante Marcos ya era el primer responsable del EZLN. Tenía ese grado militar subordinado, pues «arriba» de él estaban Germán, Rodrigo y Elisa, los tres principales mandos de la organización fundadora, las Fuerzas de Liberación Nacional, y se ostentaban con el grado de comandantes. En un acto de irreverencia simbólica y teatralidad política, Marcos mantendría su grado incluso después del punto de inflexión que se suscitó en 1993 al interior de las FLN y que lo colocó al frente de toda la organización.

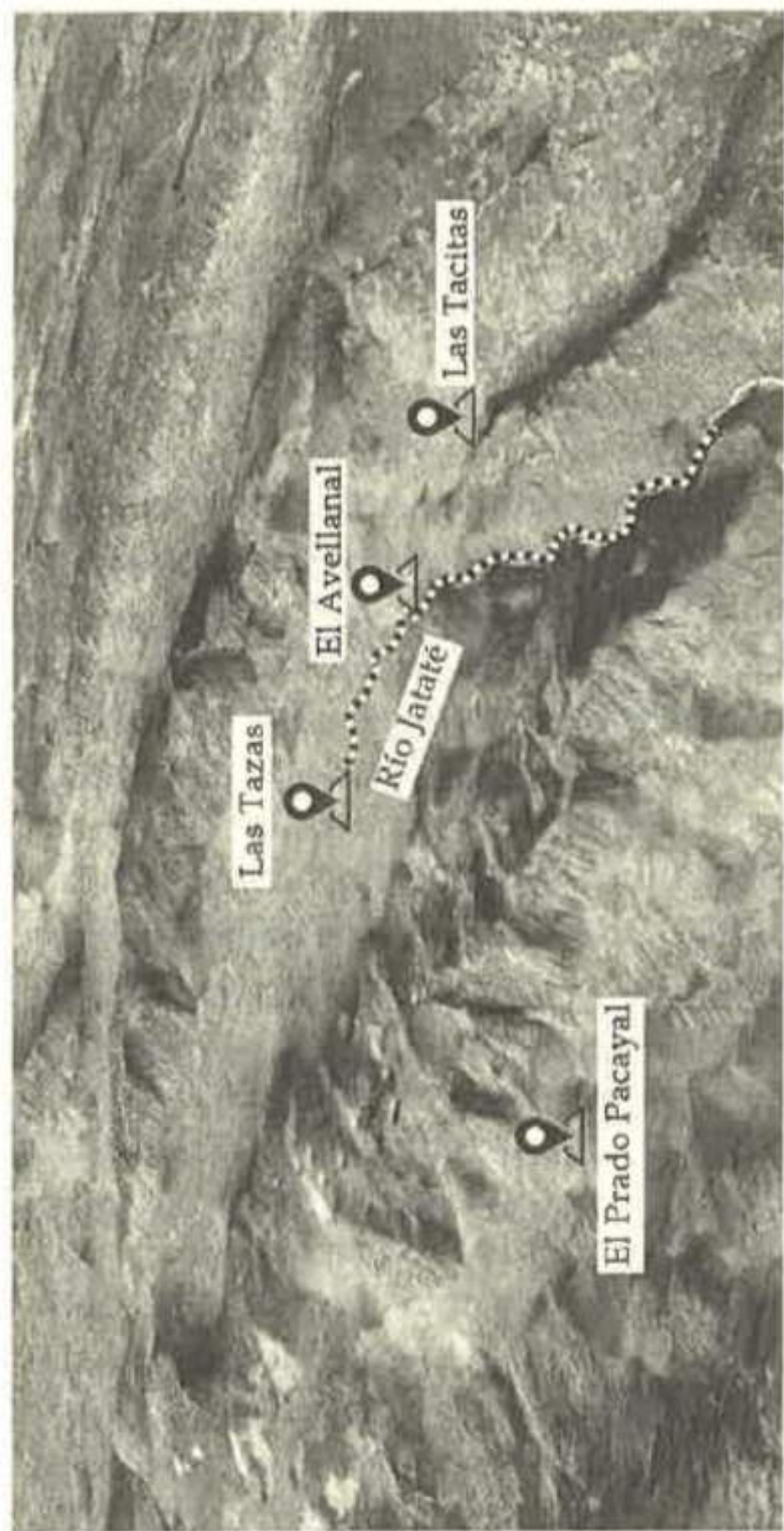
La conspiración

Tratándose de una organización político-militar, el desacato de inasistencia por parte de los representantes milicianos no era un acto menor, por lo que las alertas se encendieron en la reunión. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo con

insurgentes y reclutas eran los guerrilleros, permanecían tiempo completo en los campamentos, mientras los milicianos no, ellos recibían entrenamiento militar, pero permanecían en sus pueblos. Todos pertenecían a la organización que adquiriría dimensiones sociales, más allá de lo militar.

aquellos que no se habían presentado? A mitad de la junta, que dio inicio sin ellos, el responsable que sí se presentó se paró y refirió a los ausentes: «Tienen reunión en Las Tazas», un poblado ubicado más allá de El Avellanal. Ante estas palabras, el clima de tensión aumentó y la alerta roja, que era un protocolo estricto de seguridad militar en la guerrilla, se activó. La red de comunicación por radio que iba resguardando al grupo encabezado por Marcos tomó posiciones ante cualquier eventualidad.

¿Qué se estaba discutiendo en la otra reunión? El mismo responsable avisó que preparaban un levantamiento armado, con o sin ellos, donde se decía: «Vamos a ver si los zapatistas están con nosotros o en contra de nosotros». Desconocemos cuántos conspiradores había, además de los inasistentes, pero hubo de ser un grupo nutrido para pensar en semejante acción. En aquel escenario, la reunión se interrumpió. Marcos dijo a su grupo: «Aquí no estamos seguros», y se prepararon para desplazarse a El Avellanal. Dadas las circunstancias, la movilización fue una medida táctica ante la incertidumbre generada en la zona y se consideró que, puesto que se mostraban divisiones internas, en dicho momento no había seguridad en aquellas comunidades.



Un levantamiento armado prematuro ponía en riesgo todo lo que había alcanzado a construir la organización, hasta entonces. El aparato represivo del Estado se desplegaría al confirmar la presencia guerrillera en la zona, la cual era cada vez más difícil de ocultar, dada su amplitud. La disciplina militar y la secrecía que fomentaba el EZLN entre los campesinos que reclutaba, había impedido que el gobierno mexicano conociera, hasta antes de 1994, las verdaderas dimensiones de la guerrilla neozapatista —que los indígenas hicieron suya imprimiéndole su sello de forma acelerada—. En medio de la miseria, producto del devastador contexto histórico de explotación y opresión de gobiernos y caciques sobre las comunidades, la vía armada se convirtió muy rápidamente en una alternativa de resistencia organizada que los indígenas protegían como una de sus extensiones vitales. Empero, por más disciplina que existiera, se fue haciendo incontrollable ocultar la masividad de la organización. Prueba de ello es que tan solo tres años después, para octubre de 1992, en San Cristóbal de las Casas un día amanecieron pintas en contra del obispo de Chiapas, Samuel Ruiz, con las leyendas «Comandante del diablo», «Comandante de los guerrilleros».

Con respecto a Samuel Ruiz, a finales de aquel 1992, sostendría pláticas en una reunión nacional del EZLN, en su zona de operaciones. Ahí se desmarcaría por completo del levantamiento armado, pues, según él, ya había apoyado mucho. Además, refirió: «Armas no, hasta aquí llegué».

Cabe mencionar que las relaciones de las FLN con Samuel Ruiz fueron de primera importancia para el crecimiento del EZLN. Se concretaban por la intermediación de Rodrigo, que en los hechos era el primer responsable de la organización, la cabeza política. Mediante las Comunidades Eclesiales de Base que el obispo encabezaba, se abrieron las relaciones políticas de forma masiva con los indígenas de Chiapas.

La persuasión del subcomandante Marcos

Ya en El Avellanal, dada la emergencia, Marcos decidió partir a Las Tazas, donde se encontraban reunidos los conspiradores. El plan era desplazarse por el Jataté en un bote de motor de la comunidad. No obstante, al solicitar Marcos dicho bote, los campesinos pretextaron que no había gasolina. El Ejército Zapatista manejaba ese combustible, así que la excusa salía sobran-

do. Sostuvieron su negativa aclarando que la comunidad no autorizaba el uso de la lancha. El clima de tensión seguía aumentando. Marcos, entonces solicitó que le prestaran dos caballos. Salieron a conseguirlos, al menos eso se vio, y regresaron diciendo que por el momento no había ninguno disponible.

Era claro que las personas de aquel sitio se habían puesto de acuerdo, a fin de impedir que la dirección del EZLN persuadiera a quienes deseaban levantarse en armas; así era como estaban boicoteando a Marcos. Incluso se mostraron hostiles con un gesto acorde a la insubordinación. Ese día, la comunidad de conjunto no ofreció alimentos al grupo que arribó, contraviniendo la costumbre; solo aquella parte que se mantenía del lado neozapatista los proporcionó.

Ante la situación, el Subcomandante asumió el riesgo y tomó la decisión de ir a pie hasta Las Tazas, a una distancia de poco más de seis kilómetros. Caminaría varias horas, de noche, por la ribera del Jataté que estaba rodeada de selva, para llegar a la reunión.

Es de suponer que los conspiradores no fueron sorprendidos, pues ya les habían advertido que Marcos llegaría de un momento a otro. Al llegar, el Subcomandante pidió permiso para participar en la reunión. Lo dejaron entrar.

Debía realizar una labor muy grande de convencimiento para lograr que sus compañeros desistieran del propósito de realizar una insurrección apresurada. Tarea nada fácil. ¿Cómo pedir a los indígenas, sometidos y humillados permanentemente, renunciar a una insurrección que les representaba su emancipación?

Se comentaría después que, en su intervención, Marcos les comentó aspectos como: «Ustedes no están bien armados, ni bien entrenados, sus armas no sirven para lo que se viene» —sabían que manteniéndose dentro del EZLN tenían mejores condiciones militares—; «Van a entrar y se los van a chingar a todos, no van a respetar a sus familias», refiriéndose al Ejército Mexicano. Les debatió: «¿Por qué luchan?, ¿por las tierras?»; «Si recuperaran las tierras, ¿y la educación, la salud, la vivienda?». Además, enfatizó que iban a ser perseguidos por el gobierno. En suma, los disuadió para impedir el levantamiento que se fraguaba; el mensaje que les dejó, fue que faltaba tiempo para comenzar la guerra.

Los cuestionamientos del Subcomandante sirvieron para impedir el levantamiento prematuro. Así, en la misma reunión, a punto de acordar fecha y hora para iniciar la revuelta, el plan fue suspendido. El proyecto de la escuela

también fue cancelado; no se construyó en El Avellanal, sino, posteriormente, en la comunidad de El Prado Pacayal, que se encuentra en la cañada aledaña, perteneciente también al municipio de Ocosingo. Al alba, Marcos regresó a El Avellanal, donde su comitiva se encontraba esperándolo en estado de alerta roja; habían pasado la noche en vela dado el clima de tensión.

La esperanza que despertaba el levantamiento armado, de irrumpir violentamente un mundo que no los reconocía, era cada vez más incontenible entre los poblados de las cañadas chiapanecas, los cuales han padecido miseria, exclusión, superexplotación, abuso y racismo por parte de todo un sistema social, sobre todo, de sus principales representantes: terratenientes, talamontes y políticos —condiciones que aún prevalecen—.

Una mirada a la pobreza indígena

El profesor Andrés y su pareja, la maestra Martha, vivieron en pobreza absoluta por algunos meses. Ya instalados en la escuela de El Prado Pacayal, una señora les compartía plátanos de vez en cuando, debido a la precariedad de la alimentación cotidiana. Los mandaba en una bolsita de plástico, con su hija de

ocho años. La primera vez, después de hacer la entrega, la niña se quedó parada media hora en la puerta, cambiando el piecito sobre el que recargaba su peso. Los profesores no entendían por qué pasaba tanto tiempo ahí, por lo que le ofrecieron un «café» —que en realidad era tortilla quemada que molían y mezclaban con agua—, el único alimento del que disponían. Para su sorpresa la niña no quiso, hasta que por fin les dijo: «Estoy esperando mi bolsa». Los pobladores usaban las bolsitas de plástico para guardar cosas y las latas de chiles como tasas, por eso las necesitaban; valían oro para ellos.

Otra experiencia fue cuando Andrés asistió a inyectar a un vecino, ahí mismo, en El Prado. Al no haber jeringas nuevas, el profesor mandó conseguir una, sin éxito. Entonces el señor exclamó: «Yo tengo la mía», y se dirigió a una mata de café donde estaban colgadas cuatro. Cada persona de su casa tenía asignada una. Tomó la que refirió como suya. «Esa es la mía», dijo. La aguja estaba vieja y doblada. «Eso te va a infectar», le comentó el profesor. «Tú inyéctame», le ordenó. «Te va a doler». «Con esa me inyectan, de por sí».

Las extremas condiciones de miseria en que viven los indígenas, los hace enfrentar la muerte de los suyos con fría dureza y aparente indiferencia, co-

mo el día que al profesor le llevaron un bebé enfermo a la Escuela, con un problema estomacal —la mayoría de gente en la región, en aquellos años se enfermaba y moría por eso—. Le dio medicina y a la mamá le indicó los horarios en que debía suministrarla. Para ver el progreso de la recuperación, al otro día fue a verlos a su casa. Al llegar, encontró solo al bebé; la mamá había ido al río y el papá estaba jugando basquetbol. Cuando éste regresó, le dijo al profesor: «De por sí, ya se va a morir». El bebé, de aproximadamente un año de edad, no falleció; pudo recuperarse con el fármaco.

Tzotziles, tzeltales, tojolabales, choles, zoques y mames, quienes principalmente conformaban el EZLN, vivían las consecuencias más desgarradoras del capitalismo dependiente mexicano que, en su desarrollo, nunca los exterminó por completo; siempre los requirió masivamente, como mano de obra barata, en ausencia de una producción capitalista con niveles de industrialización tales que necesitara convertirlos permanentemente en asalariados o que engrosaran las filas del ejército industrial de reserva. En términos marxistas, quiere decir que, frente a un proceso productivo con una baja composición

orgánica de capital¹¹, dependiente de las cadenas de producción del capitalismo central, los ciclos de atracción y repulsión de la fuerza de trabajo son inestables, dando como resultado que amplios contingentes de personas no puedan ser integrados estructuralmente a sus procesos y resulten superfluas.

11 La composición orgánica del capital es una proporción, capital constante (c) entre capital variable (v): c/v . El capital constante es el capital invertido en medios de producción, mientras que el capital variable es el capital invertido en la fuerza de trabajo. De tal manera que, si el capital variable aumenta con respecto del constante, la proporción c/v disminuye. Un caso en el que ocurre esta disminución es en sectores económicos con bajos niveles tecnológicos.

Vanguardia y verticalismo de las FLN *vs* la potencia indígena del EZLN

ENTRE 1988 Y 1989, EN EL ENTONCES DISTRITO FEDERAL, se realizó una de las reuniones del Buró Político de las Fuerzas de Liberación Nacional. Dicho buró, en teoría, incorporaba en la toma de decisiones a otros militantes profesionales y no solo a los tres comandantes de la organización, que pertenecían a la Dirección Nacional —DN, conocida como «la de-ene»—; en esas reuniones llegaron a participar los responsables regionales y de las comisiones, entre ellas las de Finanzas, Prensa y Propaganda y la Militar, ésta, a cargo del subcomandante Marcos. Aunque en la práctica, quien tenía la última palabra en la orientación política y militar era Rodrigo.

Como se adelantó en el capítulo anterior, los tres principales dirigentes de las FLN fueron Germán, que en la jerarquía político-militar era el primer responsable, pero en lo hechos únicamente se dedicaba al trasiego de armas; Rodrigo, quien dirigía políticamente toda la organización; y, en tercer lugar, Elisa, cuyo papel era secundario. Ellos tenían el grado militar más alto, el de comandante. Por su parte, las reuniones de buró no eran abiertas, se reducían a los responsables de los denominados militantes *profesionales*, es decir, todos aquellos que habían comprometido su vida de tiempo completo a las tareas clandestinas de la organización en diferentes zonas geográficas del país, abandonando su fuente ordinaria de trabajo, ocultándose ante su familia y amigos, asumiendo otra identidad el tiempo necesario para preparar la revolución socialista.

En la reunión se pidió que primero informara la Comisión Militar, para lo cual Yolanda —pareja de Marcos y que asistió en su lugar— leyó un informe muy completo, tanto de los trabajos del área militar como el trabajo político y organizativo en las comunidades donde la guerrilla tenía influencia. Dicho informe contenía también una exigencia del Subcomandante Marcos a nombre de todos los compañeros del

EZLN, donde se pedía que se le informara todo lo hecho en el medio urbano, pues en las diferentes entidades del país donde la organización estaba asentada no se crecía sustantivamente. En particular, se tenía un déficit de reclutamiento de obreros. Había estudiantes, maestros, amas de casa, empleados, simpatizantes y colaboradores de otros estratos sociales; sin embargo, obreros, cuya fuerza completaba la estrategia revolucionaria clásica¹² por ser el sujeto revolucionario central, había muy pocos. En contraste, en las zonas rurales, relativamente, se crecía más.

A la DN no le pareció bien la solicitud de Marcos, ya que no tenía la

12 La estrategia clásica del marxismo fue formulada por el revolucionario ruso Vladimir Ilich Uliánov (cuyo seudónimo clandestino era Lenin). Establece una alianza entre obreros y campesinos, donde los primeros dirigen a los segundos ya que, al estar situados en el núcleo principal de la contradicción entre capital y trabajo, tendrían la capacidad objetiva de cambiar radicalmente el régimen precapitalista de producción del zarismo ruso —asentado en el campo (en ese entonces el 80% de la población pertenecían a la clase campesina)— en un régimen capitalista que ya comenzaba a emerger, pero no de forma revolucionaria. La tarea de la alianza obrero-campesina sería, entonces, dirigir ese proceso de transición al capitalismo de forma acelerada para, al mismo tiempo, dirigir la revolución socialista.

jerarquía político-militar para pedir cuentas. El clima de tensiones aumentaba, pues, para esos años, ya existían varios conflictos internos en la organización. El principal consistía en la poca atención escolar, alimentación deficiente y maltrato físico y/o verbal hacia los militantes indígenas chiapanecos que la Comisión Militar enviaba a las casas de seguridad de las FLN distribuidas en el país, para formarse política y académicamente.

En ese entorno saltaba una contradicción evidente a ojos de todos los militantes, pero de mayor preocupación para el Subcomandante: ¿cómo se iba a realizar un levantamiento armado, de carácter nacional, como pretendían las FLN, con la sola existencia del EZLN y un deficiente crecimiento en las ciudades, sin haber formado otros núcleos guerrilleros amplios? No había que ser un gran estratega para advertir la imposibilidad. Así, las diferencias políticas entre Marcos y el comandante Rodrigo fueron aumentando ante la «aparente» indiferencia del comandante Germán. El choque entre la Comisión Militar y la Dirección Nacional, a la postre resultaría en la subsunción deficiente de las FLN en el EZLN, e ideológicamente en la ruptura.

La herida mortal para las FLN se hizo en el histórico Congreso de 1993,

realizado en la Escuela Campesina que la organización fundó en El Prado Pacayal, donde se votó por el comienzo de la guerra. Ahí, Marcos logró que las FLN hicieran un giro de ciento ochenta grados congelando políticamente a los tres comandantes, quedando él al mando de la nueva dirección que emergió.

El plan original, que elaboró con un grupo de conspiradores, condensaba el profundo sentir de los campesinos neozapatistas y un bloque de militantes urbanos. Consistía, entre otros aspectos, en excluir a Germán y a Rodrigo de la organización, a causa del historial de injusticias de las que se les acusaba: maltrato, opacidad en la rendición de cuentas, prepotencia, privilegios, etcétera. El primero lograría reincorporarse, pero debajo del Subcomandante. Por su parte, Rodrigo fue el único derrotado; él mismo se aisló y terminó por desaparecer de *toda* escena ante aquel descalabro político.

Verticalismo y vanguardia de las FLN

Sin bien, las FLN se caracterizaron por ser diferentes en cuestiones políticas y militares respecto a otros grupos clandestinos de las décadas de los sesenta y setenta, como no realizar secuestros ni asaltos para hacerse de recursos o

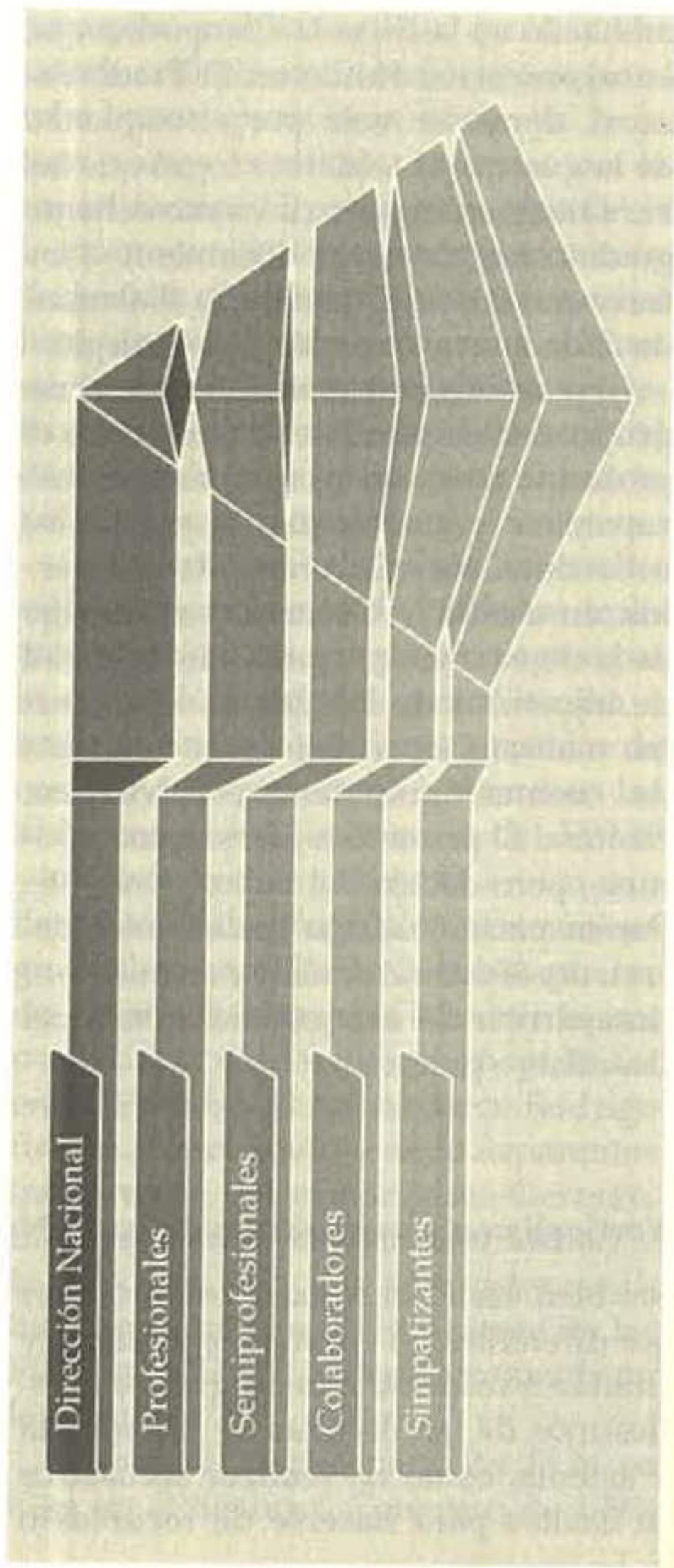
Dirección Nacional

Profesionales

Semiprofesionales

Colaboradores

Simpatizantes



mantener cierta tolerancia hacia diversas corrientes marxistas —las FLN nunca se anclaron a una herencia marxista excluyendo a otra; se definían genéricamente marxistas-leninistas, pero los militantes retomaban sin distingo tajante al guevarismo, al maoísmo, al trotskismo, etcétera—; a la larga, el verticalismo y el vanguardismo político terminaron por deteriorar el interior de su vida organizativa.

Hasta arriba de la pirámide se encontraba la DN —los tres comandantes—; abajo, seguían los profesionales y los semiprofesionales —estos tres estratos conformaban la vanguardia política, la parte más destacada de las FLN—; debajo de ellos se ubicaban los colaboradores; y, en la base, se encontraban los simpatizantes. La DN organizaba todo. Por ejemplo, si se necesitaba un manual de salud, le pedían a algún compañero —profesional, semiprofesional o colaborador— que lo elaborara. En el mismo sentido, la Comisión de Educación, conformada por maestros, llegó a realizar cuadernos de alfabetización por instrucciones de la dirección.

Los profesionales eran militantes clandestinos que se dedicaban de tiempo completo a tareas organizativas. Sobre todo, quedaban de responsables en casas de seguridad que se les ordenaba establecer en puntos de la República

mexicana, dividida por zonas: Norte, Centro, Golfo, Occidente y Sur —la última pertenecía a la Comisión Militar—. No recibían retribuciones económicas del tipo de un salario; las casas se sostenían con dinero o donaciones aportadas principalmente por los colaboradores y simpatizantes, y con el salario de algunos compañeros que salían a laborar como cualquier ciudadano ordinario. Profesionales, semiprofesionales y colaboradores, estaban obligados a usar seudónimo.

Los simpatizantes apoyaban irregularmente, de forma económica o en las actividades políticas, pero no se les daba a conocer la organización clandestina, ya que apenas eran candidatos para ser reclutados. Las FLN se acercaban sigilosamente a posibles interesados mediante revistas que se hacían desde sus cuatro agrupaciones intermedias, que no eran clandestinas: Asociación de Mujeres Asociación Civil —AMAC—, para el trabajo político con mujeres; Cultura y Solidaridad Magisterial Asociación Civil —CUSOMAC—, para maestros y estudiantes; Unión Nacional de Trabajadores —UNT¹³—, para obreros; Asociación Nacional Campe-

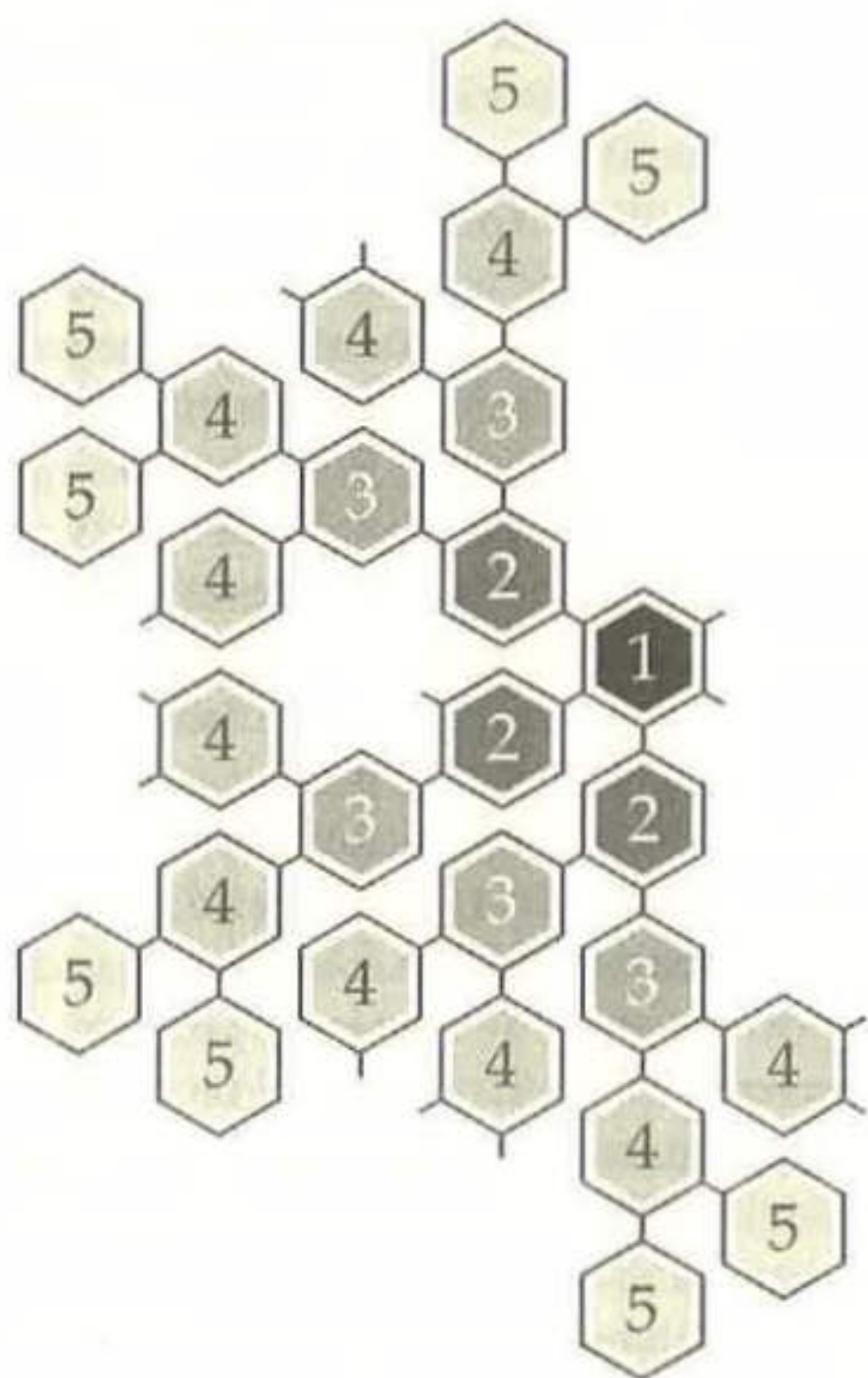
13 No debe confundirse con la Unión Nacional de Trabajadores fundada en 1997.

sina Independiente Emiliano Zapata —ANCIEZ—, para campesinos. Debido a que, en las ciudades, la fuerza principal de las FLN estaba conformada por profesores adscritos a la Secretaría de Educación Pública —SEP—, CUSOMAC era la organización intermedia que más actividades realizaba y permitía articular a la AMAC y a la UNT; mientras que la ANCIEZ se subordinaba al EZLN.

Las unidades básicas de la organización fueron las células clandestinas¹⁴. Aunque se procuraba constituir las con tres militantes, muchas veces se extendían a cinco personas, o incluso hasta diez, donde una fungía como responsable de las restantes. Dicho responsable podía ser un militante profesional que tenía bajo su mando una o varias células de colaboradores, pero también los colaboradores podían formar células con simpatizantes.

Los colaboradores y simpatizantes debían seguir al pie de la letra medidas de seguridad, entre ellas la selección de los integrantes de cada célula, de tal forma que sus miembros no se podían conocer entre sí. En concreto, si había compañeros de trabajo, o familiares, se procuraba asignarlos en células distin-

14 La denominación de «célula» designa la conformación de grupos pequeños organizados.



Estructura de las células clandestinas

- 1 Dirección Nacional
- 2 Profesional (Responsable regional)
- 3 Profesional
- 4 Colaborador
- 5 Simpatizante

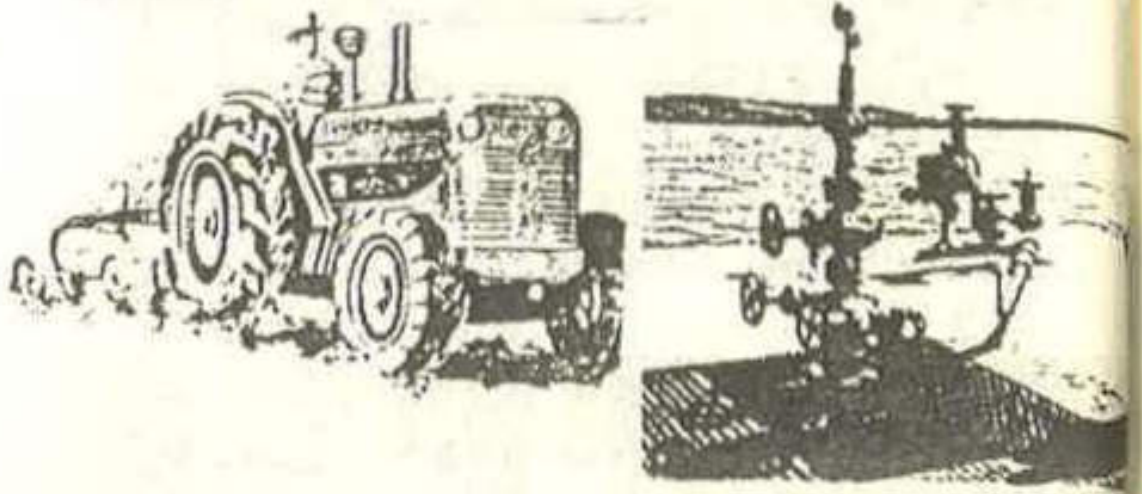
tas. Este tipo de normas de seguridad se conocía como *compartimentación*, práctica reglamentada estatutariamente que impedía conocer información personal de otros militantes, ya que —además— no se permitía hablar de situaciones de carácter personal, como dar a conocer nombres verdaderos, domicilios particulares y demás señas de la cotidianidad de cada uno. Únicamente la DN conocía los planes de conjunto que se iban realizando para la insurrección armada, mientras que la mayoría de participantes solo conocía el fragmento que les tocaba desarrollar. Así, si el Estado llegaba a capturar a algún militante, éste tendría muy poca información.

En las casas de seguridad se organizaban distintas actividades de carácter clandestino encaminadas a la lucha armada, desde el estudio político hasta prácticas militares simples o intermedias, según lo permitieran las condiciones del lugar. Por ejemplo, en la década de los ochenta se construyó un túnel en la casa de seguridad que la organización tenía en Cacalomacán, Estado de México, para cubrir la necesidad de las prácticas de tiro. Todas las actividades se regían por estrictas medidas de seguridad, como cuando se invitaba a simpatizantes o colaboradores a alguna de las casas; éstos no debían conocer la ubicación; se les recogía uno por

T I E R R A

*existe en la superficie
sub suelo*

Hablar de la tierra (significa hablar de toda la riqueza que tiene encima y de bajo de ella; o sea todos los recursos de los que se sirve el hombre para poder vivir.



Nuestra tierra es nuestra Patria, es --
nuestro país.

Nuestro país: México, tiene una extensión territorial de 1969367 Km² (un millón novecientos sesenta y nueve mil -
trecientos sesenta y siete kilometros de



uno, en puntos acordados, y eran conducidos con los ojos cerrados durante el trayecto. Para tal fin, a veces se empleaba automóviles con los que contaba la organización. Los militantes profesionales debían asegurarse de que, al recoger a los «invitados», nadie siguiera a éstos, que ningún conocido los hubiera visto y que estuvieran a solas al llegar por ellos. Ya en la casa de seguridad, nadie podía salir antes de terminar las acciones planeadas. Había detalles sutiles que se cuidaban, como no tener calendarios o propaganda de negocios cercanos, ni fotografías que pudieran dar a conocer datos que delataran la dirección del sitio donde se encontraban.

La vida cotidiana en estas casas se regía por un orden del día en el que participaban todos los militantes, rotando algunas tareas. Se incluía higiene personal, aseo de la casa, ejercicio, preparación de alimentos, recreación, estudio escolar, formación política. Entre los materiales de estudio se contaba con cuadernillos, unos para trabajo político con los campesinos, otros para los obreros y para la militancia en general. Algunos títulos eran: *¿Por qué luchamos?*, que originalmente incluía diez demandas: tierra, techo, trabajo, alimentación, salud, educación, libertad, democracia, independencia y paz; *Nuestras posiciones políticas básicas*, *Nuestra historia*, *Nada es gratuito en la historia*, entre otros. Tam-

MILITANCIA PRACTICA

MILITANCIA PRACTICA

BUZONES Y SEÑALES: SEGURIDAD Y
COMUNICACION EN LA GUERRILLA -
URBANA.

Parte I: LOS BUZONES.

La lucha en las ciudades presenta una serie de características peculiares: gran capacidad de movilización del enemigo, mayores posibilidades de infiltración, una mayor clandestinidad y férreas medidas de seguridad. Pero también la ciudad tiene muchas facetas que la imaginación revolucionaria debe saber aprovechar al máximo.

Una de estas facetas se refiere a los muchos lugares que la ciudad tiene para ser utilizados como BUZONES. Por buzones entendemos los lugares donde podemos dejar y recoger comunicaciones y objetos. Estos BUZONES pueden ser de dos tipos: sitios o lugares en donde el que deposita la comunicación u objeto no sabe quién lo recoge, si éste último sabe quién lo pone, por lo tanto la información es general o un informe

bién se disponía de diversos libros de marxismo. La organización logró contar con una vasta biblioteca colectada a través de los años.

El medio vertical permitía la operatividad eficiente, ya que *toda* la organización podía girar relativamente fácil, según la línea central que dictara la DN. Prácticamente no había que dirimir diferencias políticas, pues éstas se diluían durante el proceso de reclutamiento, donde se lograba comprometer a las personas para que asumieran las jerarquías de mando que se anunciaban en bien de un interés común y superior, en virtud de un cambio social profundo, anticapitalista. Dicha estructura vertical generó un entorno profundamente antidemocrático, el cual propició incontables abusos, quizá no tan agudos como en otras organizaciones clandestinas, tal es el caso de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Ana-norte —militante de quien hablaremos posteriormente—, comentaba que en la Liga estaba prohibido ir al cine, al salón de baile, viajar en avión o comer con cubiertos, pues eran prácticas catalogadas como burguesas y algunas ameritaban ajusticiamiento para quien no las acatara¹⁵.

15 Ahora se sabe que dichas prácticas se dieron, en parte, por la infiltración que el Estado mexicano hizo en aquella organización.

MILITANCIA PRACTICA



EL PLAN DE RETIRADA

Por el Cro. Javier

¿Cómo pueda el enemigo ubicar una casa de seguridad? Primero, porque se lo informe quien conoce la casa, es decir, un miembro de la organización, segundo, de forma indirecta, cuando el enemigo tiene una pista que por algún error nuestro lo conduce a una casa de seguridad.

¿En qué momento se aplica el plan de retirada? Cuando objetivamente pensamos que hay riesgo de peligro; en ese momento debe iniciarse el plan.

En las FLN, quien se hizo famoso por ser el principal dirigente con prácticas autoritarias y prepotentes, fue el comandante Germán. Se mantenía viajando por toda la República, pasaba a todas las casas de seguridad debido a que trasegaba armas para la organización. Su personalidad, de por sí, albergaba un estilo tosco. Discriminaba a los indígenas; los consideraba sirvientes, era común que se dirigiera a ellos gritándoles y manoteando al aire. Solía decir: «Los indígenas no saben nada, son torpes, hay que enseñarles todo», pero se contenía con otros miembros, sobre todo con quienes provenían de estratos medios o universitarios.

Un entorno así, construido durante años, devino en la deserción de varios militantes urbanos y poco crecimiento en las ciudades. La promesa de un mundo mejor no les fue suficiente para soportar la lógica vertical y vanguardista de las FLN. En cambio, quienes permanecían desarrollaban un fuerte compromiso ideológico que les impedía desertar, aunque cabe aclarar que no siempre se trataba de un convencimiento político pues, además de la opresión y la explotación, la vida mediocre que ofrecía la sociedad capitalista propició otras formas de adhesión.

Por su parte, en las comunidades indígenas de Chiapas, la dicotomía entre

permanecer o abandonar la organización en el referido entorno vertical, se superó¹⁶. El enorme peso numérico alcanzado previo al levantamiento les había permitido forjar una equilibrada cohesión. Tal fuerza en potencia se hacía sentir en la política de la organización, que no podía simplemente deshacerse de los indígenas inconformes ni omitir los abusos cometidos contra ellos.

La dirección del EZLN

A mediados de los ochenta, en la zona de operaciones del EZLN, no solo se encontraba Marcos; también estaba la tercera al mando de las FLN, la comandante Elisa. Ambos se situaban en sus respectivos campamentos guerrilleros asentados en la Selva de Chiapas, donde los militantes urbanos profesionales podían pedir realizar el servicio militar. Era fundamental la formación no solamente política, sino también la militar, obedeciendo los principios de la organización. El objetivo era que cada militante tuviera una formación com-

16 Cabe aquí usar el concepto hegeliano de superación, «que mantiene y conserva lo superado»; es decir, el verticalismo y el vanguardismo cambiaron su sentido, sin desaparecer.

pleta en ambas cuestiones ante la lucha que se estaba preparando contra el Estado y su ejército.

Con Elisa, la disciplina militar estaba muy relajada. Si bien debía regirse con las mismas reglas de los demás campamentos, algunos de los militantes urbanos que ahí llegaban comentaban que a la Comandanta le faltaba formación militar para que sus órdenes se ejecutaran al pie de la letra. Incluso se les permitía ingresar con equipo de enseres de aseo personal seleccionados libremente. Esto no quiere decir que, con ella, la experiencia guerrillera fuera agradable, ya que, aun con esas «libertades», el medio adverso de la Selva Lacandona impedía cualquier tipo de deleite.

En el campamento del Subcomandante, por el contrario, se fomentaba la máxima disciplina militar: levantarse entre las seis y media y siete de la mañana; a las siete, ejercicios básicos; a las ocho, el desayuno y trabajos diversos; al mediodía, orden cerrado, es decir, ejercicio militar, prácticas de tiro, combate cuerpo a cuerpo, limpia de armas, etcétera; el resto del día se dedicaban a arreglar techos y otras labores para mantener el campamento; y, para terminar, estudio político, recreación y una sesión colectiva que evaluaba las actividades realizadas. Siempre faltaba tiempo, el trabajo era interminable y extenuante.

Los equipos de aseo personal se les confinaban a los urbanos y se les daba lo básico, lo que todo insurgente portaba. Los indígenas no podían evitar burlarse de aquella situación. A sus ojos, algunos de los militantes de la ciudad parecían ir a una excursión, y no a formarse como guerrilleros. No está por demás mencionar que en los campamentos no había discriminación de género; mujeres y hombres participaban por igual en todas las tareas.

La fuerza política de Elisa era mucho menor que la de Marcos. Esto repercutiría en su trabajo militar, que fue casi invisible. A finales de los ochenta, ya había salido de la zona de operaciones para reubicarse en el medio urbano. Anteriormente, en 1974, Elisa, siendo muy joven, había participado en uno de los primeros enfrentamientos de las FLN contra el Estado mexicano, en Nepantla, Estado de México, donde sobrevivió, lo cual le confirió fama al interior de la organización y fue considerada heroína.

Bajo estas condiciones, con una DN a varios kilómetros de distancia, echando a andar su ingenio organizativo sin ser obstaculizado por las FLN, Marcos detentaría la dirección absoluta del EZLN.

La potencia indígena

El polo indígena había crecido a tal grado que, al apropiarse del EZLN, paulatinamente se generaron las condiciones para superar a las FLN, reconfigurando su verticalismo y vanguardismo. Las señales fueron claras. Por ejemplo, si bien los militantes urbanos soportaban por algún tiempo los abusos, maltratos de diversos dirigentes y poca tolerancia a la disidencia política, los indígenas no lo hacían; preferían retornar a su lugar de origen, aunque les estuviera prohibido, pues el mandato era realizar el trabajo encomendado en cualquier lugar del país.

A finales de los ochenta, el EZLN ya tenía varios años enviando milicianos e insurgentes chiapanecos a las casas de seguridad de las ciudades, a fin de formarlos en diversas áreas de utilidad para sus comunidades, sobre todo militarmente —esas casas cayeron durante la represión de 1995—. Sin embargo, nada de eso ocurría, o era de tal deficiencia que los indígenas informaban a Marcos todas las vejaciones de que eran objeto en aquellos lugares: maltratos, mala alimentación y poca educación recibida.

Se hizo conocido el caso de una indígena que escapó de una casa de seguridad en la ciudad, donde su responsable mestiza le asignaba tareas que limita-

ban su crecimiento académico, político o militar, pues únicamente se le ordenaba realizar labores domésticas que incluían el cuidado de los hijos de aquellos responsables¹⁷. Asimismo, en la casa de seguridad de Cacalomacán, los indígenas se quejaron de que, en ocasiones, se alimentaban con cáscaras de papa, verdura y frutas muy viejas; cuando, irónicamente, ahí mismo sembraban hortalizas y criaban guajolotes. Lucha, una de las militantes más antiguas de las FLN y responsable de la casa, comentó que, por carecer de recursos, resolvía esa situación acudiendo al mercado de Toluca, a pedir los sobrantes de verdura y fruta en los puestos.

Dos militancias encontradas

Si en las casas de seguridad de las ciudades se ejercía cierto dominio contra los insurgentes neozapatistas que llegaban, la relación se invertía en los campamentos guerrilleros. Eduardo, de extracción urbana, pero parte de la dirección del EZLN —era «el armero» de la

¹⁷ Aunque estatutariamente a los militantes profesionales les estaba prohibido tener hijos, eso no impidió que varios no respetaran la regla.

organización—, en las prácticas de combate cuerpo a cuerpo donde se enfrentaban los indígenas contra los militantes que realizaban su servicio, siempre gritaba a los primeros: «chíngatelo, chíngatelo», para que aprendieran a luchar los segundos. Los indígenas ya estaban muy fuertes para dichas acciones y optaban por no lastimar a sus contrincantes, que, por lo demás, les tenían ese respeto impuesto culturalmente para con la gente mestiza de la ciudad. A ojos de los urbanos, el armero cometía un exceso. Fue así que algunos lo rebautizaron como el «Anticompañero».

En otra ocasión, llevaron a una militante a realizar prácticas de exploración en la selva. Con la mochila de treinta kilos de peso y la dureza de caminar en ese entorno, no pudo seguir el paso del mando indígena que la guiaba ya que parecía venado en su avance, por lo que se retrasó tanto que se extravió. Al llegar al campamento, regañaron al insurgente, lo castigaron por su imprudencia y tuvieron que mandar una escuadra militar de búsqueda para localizar a la compañera.

Estas anécdotas permiten visualizar la diferenciación interna que había surgido de las FLN: el EZLN. En un organismo cerrado y repleto de candados, ¿cómo iban a sospechar las FLN que su interior se bifurcaría? Su historia cuenta que sus primeras incursiones en la

selva chiapaneca datan de 1972, con el «Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata» que comandó el primer responsable de la organización, Pedro (o Manuel), cuyo nombre oficial es Cesar Yáñez, uno de los desaparecidos de la Guerra Sucia en México. Pero fue hasta el 17 de noviembre de 1983 que otro núcleo guerrillero fundó el EZLN. Conforme ese ejército creció, las FLN fueron girando en torno a él. Eso colocó en otra dinámica a la militancia urbana, que, con todas las limitantes, ayudó a formar la guerrilla, mediante el envío de uniformes, botas, alimento, etcétera.

Por si fuera poco, los insurgentes neozapatistas desarrollaban una resistencia sobrehumana. Entre algunos milicianos, indígenas también, que no lograban aguantar la estancia en los campamentos, se decía que los guerrilleros eran como demonios, por sus admirables cualidades.

De por sí, la resistencia que desarrollan los campesinos es extrema. Uno de los casos más inauditos que le tocó presenciar al profesor Andrés, no fue en los campamentos, sino el día que le llevaron a un miliciano en muy mal estado porque se había rebanado accidentalmente el muslo con su propio machete, trabajando en el campo. Recuer-

da que llegaron a la Escuela alrededor de las cinco de la tarde, el machetazo se lo había dado a eso de las doce del día, sus compañeros le hicieron un torniquete, ¡y siguió trabajando cinco horas más! Lo acostaron en una mesa y cuando le retiró el vendaje que llevaba puesto en la herida, inmediatamente brotó una fuente de sangre que se elevó más de medio metro. Pensó que se iba a desangrar. El muchacho necesitaba sutura, pero no contaban con el material médico necesario para realizarla, ni el profesor sabía cómo. Así que lavó y desinfectó la herida, le aplicó un torniquete arriba del corte y, por turnos, puso a los milicianos a que le apretaran con fuerza los extremos de carne separados para juntarlos, pues los vendajes se despegaban al momento que dejaban de presionar y volvía a brotar la sangre. Pasaron varias horas hasta que por fin se detuvo la hemorragia y lo condujeron con extremo cuidado a su casa, montado en un caballo, a paso lento, cuidando no maltratar la herida. Andrés le fue a hacer curaciones al otro día. Seguía descolorido, por la sangre que había perdido. Cuatro días después regresó a verlo. No lo encontró, se había ido por cuenta propia, a Ocosingo, ¡a caballo!

La violencia político-cultural de las FLN-EZLN en las comunidades indígenas

La llegada de las FLN-EZLN no significó un suave acercamiento etnológico con las comunidades para redescubrir su miseria o proponer una política de integración capitalista por medio del Instituto Nacional Indigenista —INI—. ¡No! Una vez que lograron abrir el trabajo político de forma masiva, *lo trastocaron todo*. Realizaron diversas mejoras que la mediocre política del Estado mexicano y sus instituciones no habían podido llevar a cabo durante todo el siglo. Los misterios revelados radicaban en *hacer* una política anticapitalista, real y efectiva.

Entre los numerosos cambios culturales profundos que hizo el EZLN, nos interesa destacar uno: atentó violentamente contra la estructura patriarcal de las comunidades. El empoderamiento que los indígenas sentían al pertenecer al EZLN también ocasionó una nueva dinámica en las relaciones de género, entre hombres y mujeres insurgentes. A éstas, si sus parejas las golpeaban, gritaban o maltrataban, los mandos militares les castigaban al marido, pues también solía ser un insurgente. Si no cambiaban dichas costumbres, las parejas se separaban. Por su-

puesto, esto no se veía bien en sus comunidades de origen.

Se sabe que, en varias etnias, las mujeres no tenían permitido hablar en reuniones públicas ni con desconocidos, tampoco usar calzado; eran «privilegios» del hombre. Contraviniendo la costumbre, en una reunión que organizaron los insurgentes, en algún poblado, pidieron que los habitantes tomaran la palabra. Una mujer se paró y denunció a su marido frente a todos los asistentes, porque ahí mismo no la dejaba expresarse, siendo que ella deseaba hacerlo.

Un caso más fuerte se dio cuando estando en San Juan¹⁸, Marcos, en compañía de un grupo de insurgentes, realizaba pruebas con un cañón que habían construido, posiblemente de utilería para alguna exhibición o enseñanza. Muy cerca de ahí quedaba un río y unas compañeras pidieron permiso para ir a bañarse. Al regresar, acusaron a un vecino que las había acosado verbalmente. Marcos preguntó quién había sido y mandó una escolta por él. Cuando llegó le puso una regañiza tan fuerte, que aquel sujeto temblaba de miedo; aunque no pertenecía a la organización, sa-

¹⁸ Por medidas de seguridad, los insurgentes renombraban todos los poblados, así que probablemente ese no era su nombre usual.

bía de su existencia, como muchos habitantes de la zona. El Subcomandante lo interrogó: «¿Les dijiste o no les dijiste? Te están acusando». El hombre aceptó y Marcos elevó el tono: «Híncate y pídeles perdón, o aquí te fusilamos». Evidentemente, todos sabían que aquellas declaraciones eran excesivas, pero al provenir no solo de un mando militar, sino del mismísimo Subcomandante, se imponían desproporcionadamente. Al final, el señor, casi llorando, se comprometió a cooperar en especie para el EZLN y pidió perdón a las insurgentes.

Con una fuerza armada fusionada con las comunidades, la estructura social y política de los indígenas también mutó. Los responsables milicianos de cada comunidad ante el EZLN comenzaron a desplazar o a identificarse con los responsables que la comunidad nombraba según sus costumbres. Fue así que la dirección guerrillera tomó el control político de los poblados y se creó de una cadena de mando donde Marcos quedaba hasta arriba de la pirámide.

El principal dirigente guerrillero y su segundo al mando, el subcomandante Daniel, tenían una influencia que rebasaba lo meramente militar. Del primero, los insurgentes imitaban el estilo de hablar, de caminar, de comportarse. A Marcos, eso parecía agradarle;

o tocaban la guitarra porque Daniel lo hacía. Con el tercer subcomandante, Pedro, no ocurría lo mismo; se le consideraba muy despistado y con características en su personalidad que no seducían a sus subordinados. Podemos ilustrarlo, en una práctica de exploración, un grupo de guerrilleros salió a recorrer la selva y tras descansar, a punto de iniciar el regreso, ante la extrañeza de toda la tropa, Pedro se dispuso a tomar un camino que a todas luces no era el correcto, error grave si consideramos que de prácticas militares se trataba, por lo que, cuando un insurgente se lo hizo saber, asintió su yerro.

La fiesta y el baile, gesto de agradecimiento indígena

Los insurgentes neozapatistas, además de su entrenamiento militar, se la pasaban haciendo trabajo político en varios poblados, lo cual devino en la adhesión de comunidades enteras que participaban fervientemente en las filas del EZLN, ya fuera como milicianos o insurgentes.

La cohesión y eficiencia política de los involucrados era impresionante. Baste citar un caso para dimensionar el profundo cuidado de los indígenas para con el EZLN. En la escuela de El Pra-

do, un día, una niña de aproximadamente nueve años de edad llegó para avisar a los profesores encargados, Andrés y Martha, que su hermano llegaría de visita familiar. Les pidió no dirigirse a él como «compañero» porque ella suponía que no pertenecía a la organización y el mote se empleaba solo entre militantes. Toda la familia de aquella niña era neozapatista, pero entre ellos, que vivían en localidades distintas, no lo supieron sino hasta después de 1994; antes, guardaron celosamente el secreto. En esas condiciones era imposible que se colara un solo alfiler sin que la comunidad o sus mandos militares lo supieran; mucho menos en eventos de la organización, como fue el Congreso de 1993.

El crecimiento y efectividad del EZLN auguraba su autosuficiencia organizativa. Otra prueba de ello fue que, a mediados de los ochenta, ya enviaban costales de café, arroz y frijol a una casa de seguridad de la Ciudad de México. Por su lado, las FLN no estaban de adorno, también se encargaban de proveerles armas y vestimenta militar. Esa articulación interna en la división de tareas se mantuvo hasta que en el Congreso Nacional de 1993 se reajustó la relación y, después, con los acontecimientos que resultaron del levantamiento de 1994, las FLN quedaron su-

bordinadas por completo al Ejército Zapatista. Empero, antes de consumarse la escisión, el trabajo en las ciudades se concentró en mantener las casas de seguridad y el trasiego de armas, mientras, en el sur, se desarrolló el aparato militar.

En agradecimiento a la labor organizativa que los indígenas palpaban en los insurgentes del EZLN —más que en las FLN—, cada que éstos arribaban a realizar su trabajo político a las comunidades, les organizaban fiesta y baile, lo que se volvió un tipo de costumbre. La gran mayoría de insurgentes provenía de las mismas comunidades y solo unos cuantos tenían su origen en las redes urbanas que las FLN había formado durante años, entre ellos los subcomandantes responsables del EZLN —Marcos, Daniel y Pedro—, algunos mandos medios y diversos militantes que fusionaron sus labores en la zona de operaciones de la guerrilla.

El incipiente indigenismo anticapitalista

Los militantes urbanos que realizaban estancias en los campamentos podían ver el enorme avance político y militar con las comunidades; se quedaban con la boca abierta al ver tanta gente

integrada al Ejército. Además, Marcos montaba fantásticas exhibiciones militares cuando se desarrollaban algunos eventos con la presencia de miembros de toda la organización; estas auténticas obras de teatro formarían parte del espectáculo neozapatista después de 1994. Los espectadores transmitían las impactantes experiencias en las células clandestinas de todo el país, lo que generaba gran ánimo y expectativa. Baste recordar uno de estos montajes realizado para el deleite de los militantes urbanos, donde los insurgentes prepararon maniobras guerrilleras en las orillas de un cerro, haciendo creer a los asistentes que se trataba de las profundidades de la selva.

En esos años, la reflexión de aquella numerosidad asentó en toda la militancia mestiza la idea de que la revolución empezaría en el campo, de manera similar a la Revolución cubana o a los procesos de las guerrillas latinoamericanas. Sin embargo, en lo general no se sospechaba del movimiento indígena que surgiría después de 1994. Hasta entonces no había ninguna política indígena por parte de las FLN, y en consecuencia tampoco del EZLN. En la organización ni siquiera se hablaba de los indígenas como algún tipo de sujeto revolucionario o revolucionarista; de

manera ordinaria, a los habitantes de los pueblos chiapanecos se les denominaba campesinos.

La organización, con su centro en la periferia, estaba desconectada de los debates entre clase y etnia¹⁹, exclusivos de

19 En 1985 se publicó *La cuestión étnico nacional*, de Héctor Díaz-Polanco. No es intención nuestra resumir el libro —imposible en un pie de página—, sino indicar que en la época estaba ascendiendo el debate sobre la cuestión entre *etnia* y *clase*. Algunos reducían la etnia a la clase, otros desvinculaban las categorías, había quien tomaba un enfoque relacional. El autor señala que, en los setenta, el indigenismo que impulsaba el Estado mexicano mediante el Instituto Nacional Indigenista hizo un giro importante. De buscar la integración homogeneizadora de las comunidades indígenas mediante las políticas de aculturamiento, postuló una política etnopopulista que consistía interesadamente en desvincular el carácter de clase de lo étnico. «La idea central es que la solución de la cuestión étnica se reduce a la implantación de políticas o acciones especiales, limitadas a la problemática indígena. Así, como hemos visto, desde posiciones «críticas» del anterior indigenismo oficial, el etnopopulismo se aplicó a construir un nuevo sistema indigenista que, como cualquier otro, delimita lo étnico como un espacio separado, desgajado de la problemática nacional, y que deriva en «acciones» —estatales— restringidas; de este modo, a lo sumo, se pasa de indigenismo tradicional a remozadas formas de neoindigenismo, cuya novedad se reduce casi siempre a un discursoseudoradical y declarativo». (Héctor Díaz-Polanco, *La cuestión étnico*

los ambientes universitarios y centros de poder político. Estos debates emergieron en la coyuntura mundial que el marxista húngaro István Mészáros llamó «crisis estructural del capital» o el profesor Carlos Pérez ha esbozado como «el surgimiento de la sociedad burocrática», refiriéndose a que se abre la posibilidad de un nuevo dominio de clase propiciado por el postfordismo. Más allá de las diferencias profundas entre estos y otros autores, lo que nos importa señalar son los drásticos cambios que viene experimentando el capitalismo mundial a partir de la década de los setenta y que la intelectualidad, así como las militancias de izquierda anticapitalista, progresistas o de derecha, van a estar suscribiendo o criti-

nacional, México, Fontamara, 1998, pp. 68-69). El etnopopulismo se puede enmarcar en un tipo de autonomismo que no logra superar la dicotomía entre clase y etnia, atendiendo exclusivamente lo segundo; además advierte uno de los problemas a resolver, no solo a nivel teórico sino en la lucha política. En 1976, Stavenhagen también ya había indicado el problema. (Vid. Rodolfo Stavenhagen, *Problemas étnicos y campesinos*, México, INI, 1990). Con nueve años de distancia entre un libro y el otro, no es complicado establecer que ese era el contexto intelectual de aquellas décadas.

cando: neoliberalismo, toyotismo, posmodernismo, financiarización de la economía²⁰, etcétera.

La monumental reestructuración del capitalismo de aquellos años hizo posible que el poder fuera incrustando el discurso de la diferencia: minorías étnicas, sexuales y culturales; nuevos

20 La crítica marxista de todas estas cuestiones no surgió de inmediato ni ordenadamente. En un primer momento, la necesidad de respuesta volcó a los teóricos marxistas a la crítica de la posmodernidad. *Contra el postmodernismo*, de Alex Callinicos, publicado en 1989; y *Las ilusiones del posmodernismo*, de Terry Eagleton, dado a conocer en 1996, son muestra de ello. En un segundo momento se abordó la crítica contra el neoliberalismo; la ya clásica *Breve historia del Neoliberalismo*, de David Harvey, en 2005, resume esos esfuerzos. El tercer momento — casi en paralelo con el segundo — se da con el estudio del fenómeno del toyotismo; la fuerza argumental del libro *Los sentidos del trabajo: ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*, de Ricardo Antunes, en 2005 recupera para nuestros tiempos uno de los conceptos centrales en el marxismo y su nueva morfología: el trabajo. Un cuarto momento surge después de la crisis financiera mundial de 2008-2009; prácticamente todos los marxismos aportaron diversos elementos para comprenderla, entre ellos Michel Husson y François Chesnais. Por supuesto, estos autores no fueron los únicos marxistas que intervinieron en los debates de los cuatro momentos; los mencionamos a manera de ejemplo y porque destacaron en su área.

sujetos sociales; alteridad, etcétera. La diversidad dejó de ser un problema para el capitalismo homogeneizador de una época fordista que se agotaba. En un mundo altamente tecnológico, fragmentado en procesos productivos encadenados por todo el globo, las clases dominantes se dispusieron a regular y contener la diversidad que ahora requería su mundo²¹. El mal llamado discurso posmoderno correspondió con tales fines.

Aquí, nos hemos encontrado con un gran problema: si quienes nutrían la guerrilla eran indígenas, ¿convertía automáticamente al EZLN en una guerrilla indigenista? No podemos dar por hecho algo, por obvio que parezca²²,

21 En 1992, la Universidad de Princeton publicó un pequeño volumen cuyo título en español es *El multiculturalismo y «la política del reconocimiento»*. Contiene un ensayo del filósofo Charles Taylor, acompañado de cuatro comentaristas, Michael Walzer, Susan Wolf, Amy Gutmann y Steven C. Rockefeller. Como seguramente ocurrió con otras publicaciones financiadas por los centros de poder imperial, esta que mencionamos exhibe a todas luces lo que se discutía en aquellos años y el interés de la élite intelectual y política de Estados Unidos sobre la diversidad.

22 Por ejemplo, la llamada Comuna de Morelos impulsada por los zapatistas en 1915, no se inscribe dentro del movimiento indígena a pesar de que la mayoría de campesinos que

ya que esta presuposición podría ser el resultado de un análisis que aplica una invención construida posteriormente —en este caso la política indígena anticapitalista del EZLN— a un momento que no la contiene; es decir, cometer simple y llanamente un anacronismo. Anacronismo que también puede ser conveniente, pues, mientras no se conozca su origen, no compromete a quienes inventaron algunos rasgos indígenas de la política neozapatista, si es que hay un compromiso que ocultar de por medio; también, se podría tratar de la complejidad intrínseca del análisis histórico; o, por qué no, la ineptitud de la que nadie está exento —menos la academia—. Al mejor cazador se la ha ido la liebre. No descartamos una mezcla de todos estos elementos para evadir la solución del problema.

Inmediatamente surge otro cuestionamiento: ¿quiénes y por qué inventaron dicha política indígena?²³ Asumir que fueron los indígenas porque cons-

la materializaron fueron indígenas. Es situado como un movimiento anticapitalista y radical de la clase campesina.

23 Al formular así la pregunta, estamos asumiendo que la política indígena del EZLN fue una invención posterior a 1994. En *La invención de América*, Edmundo O'Gorman nos ha puesto en alerta: «En esta obra, pese a afirmaciones que hoy considero deben ser

tituían al EZLN podría ser mera apariencia, más cuando la historia nos echa en cara las numerosas veces en que las vanguardias marxistas han hablado en nombre del proletariado y, a sus espaldas, han impuesto regímenes burocráticos, suplantando su voluntad.

Responder estas dos complicadas preguntas rebasa los alcances de nuestra obra. No obstante, hemos formulado algunas conjeturas susceptibles de ayudar a resolverlas, no sin antes advertir que carecen de la suficiente fuerza argumentativa. Antes de expresarlas, es imprescindible revisar otros aspectos que se desarrollan en los apartados posteriores y que nos facilitarán establecer una idea más clara de lo que sucedió.

Regresando a nuestras crónicas, en la correlación interna de fuerzas entre el EZLN y las FLN que hemos esbozado y seguiremos desdoblado, cada dirigente —Marcos y Rodrigo— realizaba su propia orientación política hasta donde su influencia entre los militantes lo permitía. A estas alturas de la historia, la fuerza en potencia que representaban

revisadas, puse en claro, para mí por lo menos, la necesidad de considerar la historia dentro de una perspectiva ontológica, es decir, como un proceso productor de entidades históricas y no ya, según es habitual, como un proceso que da por supuesto, como algo previo, al ser de dichas entidades».

los campesinos-indígenas al interior de la organización, colocaba a Marcos con sobrada ventaja sobre Rodrigo, quien, teniendo a la mano las redes urbanas de las FLN, no fue capaz de disponer de éstas. Tal correlación desigual de fuerzas será el primer soporte que posibilitará la invención futura de la política indígena neozapatista, independiente de otras fuerzas internas.

El medio militar-vertical-autocrático-centralizado de las FLN-EZLN agravó las profundas diferencias entre ambos dirigentes, por lo que no se aprovechó la diferencia interna como alianza entre las redes urbanas e indígenas. Al contrario, fue la base para consumar una tragedia posterior a 1994. Rodrigo o Marcos, como militares, no permitían realizar acciones fuera de su control; eran sumamente impositivos y centralistas en sus decisiones, se hacía de facto lo que ellos decían y, si algo no les parecía, simplemente no se llevaba a cabo. El problema con Rodrigo fue que no supo maniobrar en el medio vertical, a pesar de que la mayoría de los militantes de las redes urbanas lo seguían ciegamente; en vez de respaldarse en sus subordinados, los cancelaba. En cambio, Marcos sí tuvo la capacidad de maniobra, aunque sin romper ni un milímetro con la jerarquía de mando. Ese patológico control en la orientación

ideológica-organizativa propició que, en algún momento, Rodrigo pretendiera impartir absolutamente todas las clases que ofrecía la Escuela de Cuadros, que la organización fundó entre 1984 y 1985 con la intención de formar ideológicamente a los militantes.

La fundación de la primera escuela neozapatista

EN ALGÚN MOMENTO, quizá en 1988, la Comisión Militar, al mando de Marcos, solicitó a la DN —o sea, a Rodrigo— que los insurgentes ya no salieran de Chiapas para formarse ideológica y políticamente. Aunque no se verbalizó, dos eran los motivos principales: el maltrato que sufrían algunos indígenas en las casas de seguridad; y, porque al regresar, otros tantos ya no querían estar en los campamentos guerrilleros ni en sus comunidades debido a que experimentaban el contraste entre el estilo de vida de los militantes urbanos y el suyo, con infinidad de carencias.

Como en teoría los insurgentes ya no saldrían de Chiapas —aunque en la

práctica no sucedería del todo—, Marcos pidió entonces que la Escuela de Cuadros de la organización también se hiciera cargo de la formación política en la entidad. Su propuesta se aceptó y se definió que se realizara en San Cristóbal de las Casas. El desafío era enorme debido a la monumental exclusión académica del capitalismo mexicano en la región indígena. Urgía la enseñanza de matemáticas y física, ya que la preparación militar requería conocer el Teorema de Pitágoras, ángulos, fórmulas sobre el movimiento de proyectiles, la velocidad de la luz y el sonido, etcétera. Asimismo, las barreras del idioma aumentaban las complicaciones que la organización debía resolver.

La imposición de la Escuela

Las FLN contaban con gran fuerza magisterial, cuantitativamente mucho más amplia que su frente obrero, por lo que entre los militantes urbanos había varios profesores que participaban en la Comisión de Educación impartiendo clases los fines de semana en una casa de seguridad conocida como «La Escuelita», ubicada en la Ciudad de México. Organizaban talleres, así como actividades para adquirir recursos econó-

micos; además, habían empezado una publicación periódica, el *Notifrente Magisterial*.

Al enterarse que se abriría una Escuela de Cuadros en la zona de operaciones, el profesor Andrés se ofreció de inmediato para ser trasladado a ese lugar. Su entusiasmo fue coartado inmediatamente por Rodrigo, quien le expresó que no había planes para estar de fijo allá, sino que los maestros irían y regresarían. Andrés insistió en que, si había cambio de planes, estaba dispuesto a desplazarse. Poco tiempo después, Rodrigo, convenientemente cambiaría el acuerdo inicial e impuso la creación de una escuela que estuviera situada en territorio neozapatista. Fue que las FLN se prepararon para llevarla a cabo.

Marcos desconocía tal cambio. El proyecto original de la Escuela de Cuadros se había trastocado, de modo que, al enterarse, no le pareció. Aceptar una escuela controlada por la dirección de las FLN le abría injerencia directa en el EZLN, la cual tenían, pero a distancia. Fue así que, en uso de la verticalidad organizativa, la DN impuso la fundación de la Escuela y Marcos no tuvo más opción que acatar la orden. Sin embargo, «del dicho al hecho hay mucho trecho» y el arbitrio aún podría ser esquivado por el Subcomandante. Hasta enton-

ces la única «influencia» directa de las FLN en el EZLN había sido mediante la tercera responsable de la organización y fundadora del Ejército, la comandante Elisa, quien dirigió uno de los campamentos guerrilleros; empero, para entonces, ya no estaba en la selva. La Escuela fue una más de las discordias entre Marcos y Rodrigo.

Se debe mencionar que la DN estaba desconectada orgánicamente de las comunidades indígenas; no conocía la realidad chiapaneca ni lo que se hacía en los campamentos en su total dimensión, más que por medio de planes e informes. Las tensiones con Rodrigo, el primer responsable de facto de la organización, seguían aumentando.

Escuela guerrillera

Como era de esperar, el único profesor que se apuntó para levantar la escuela fue Andrés. Frente a una realidad adversa, que era todo menos fantástica, nadie más estaba dispuesto a vivir en la zona de operaciones de la guerrilla, ni siquiera los que habían asistido al campamento laxo de Elisa. En general, todos sabían lo duro de vivir en esas condiciones.

Así, el proyecto de la escuela inicialmente recaía en un solo profesor con

la promesa de ser «apoyado» directamente por las redes urbanas de las FLN, ubicadas a kilómetros de distancia y con sus propias preocupaciones. En ese contexto, Marcos no tendría ningún problema en anularlo, aparentemente.

El profesor Andrés provenía de la sierra de Puebla. De los trece a los diecinueve años de edad, estudió en la entonces Normal Rural «Basilio Badillo» de Zaragoza —ahora extinta—, donde se formó en un entorno muy politizado, pues era zona de influencia de Lucio Cabañas. Las condiciones de vida de los indígenas no le eran ajenas, dado su origen rural, pero sí lo eran para muchos militantes urbanos. Al egresar, trabajó por un tiempo en las comunidades rurales de su entidad, aunque sus experiencias serían superadas por la realidad que viviría más adelante.

En 1987 ya había estado en un campamento neozapatista, lo que le permitía valorar qué podría llevarse a cabo en la guerrilla en cuanto a formación escolar, con diversas situaciones, donde había desde compañeros analfabetas hasta algunos con conocimientos de educación secundaria.

Cabe hacer un paréntesis. El profesor había llegado al campamento gracias a la sugerencia de Valdemar, uno de los mejores cuadros políticos de las FLN —que por alguna razón fue expulsa-

do de la organización—; él había estado previamente en el campamento de Elisa. Como agitador político, logró incorporar un buen número de profesores, de la zona donde trabajaba, a las FLN. Él y Andrés, durante tres días, a principios de la década de 1980, lograron elaborar un primer catálogo con la enorme cantidad de libros que tenía la organización, lo que dio paso para fundar la biblioteca de las Efe Ele Ene, a cargo de los profesores pertenecientes a la Comisión de Educación.

La llegada de Andrés a la zona de operaciones de la guerrilla no implicó el comienzo inmediato de labores de la escuela, pues el intento de levantamiento armado en Las Tazas las retrasó. La solución, por el momento, consistiría en impartir clases en uno de los campamentos guerrilleros.

Posiblemente el plan de Marcos consistía en desgastar al profesor para deshacerse de «la gente de Rodrigo». Nada más lejano a la realidad. El profesor participaba por una profunda convicción política. Antes de incorporarse a las FLN ya había buscado la manera de organizarse, pero los grupos a los que se acercaba no eran lo suficientemente serios para él; por ejemplo, llegaban tarde a las citas que le agendaban o en las reuniones se la pasaban comiendo, bebiendo alcohol y platicando sin hacer un estudio serio. En cambio, la alterna-

tiva de las Efe Ele Ene se amoldaba a sus perspectivas de lucha; en lo general, sus militantes mostraban seriedad y disciplina. Sin importarle bajo qué siglas desarrollaría su actividad, le bastaba saber que se trataba de una organización político-militar anticapitalista que luchaba por un cambio radical para el país, no reformista ni gremialista.

El profesor se dedicó de lleno a la labor escolar en todos los horarios posibles. Tal era el agotamiento que llegaban momentos en que por las tardes, de súbito, cabeceaba de sueño encima de los cuadernos de los insurgentes, a quienes les revisaba las tareas. La suya era una actividad sumamente demandante. En ocasiones, al campamento llegaban hasta ochenta insurgentes. Daba todo tipo de asignaturas, de todos los grados, y lidiaba con las infinitas dificultades de impartir clases a los campesinos-indígenas dado que, entre otras cosas, a varios no les gustaba tomarlas, incluidos algunos mandos medios del EZLN que se solían escapar de la formación académica, a tal punto que Marcos les llamaba la atención.

El profesor no sabía a ciencia cierta cómo ocupaban los conocimientos aprendidos. Esa tarea no le tocaba a él, sino a los mandos insurgentes. La materia principal que impartía era matemáticas, ahí se concentraba la mayor parte de sus esfuerzos.

Burocracia de las FLN

Al poco tiempo, Paula, la responsable nacional de la Comisión de Educación de las FLN mandó instrucciones para Andrés sobre cuestiones administrativas, como si se tratara de una escuela regular adscrita a la SEP. Marcos, al entregarle la correspondencia, le dijo en tono burlón: «Te mandan esta documentación. Que tienes que entregar informes mensuales y calificaciones semanales de cada alumno, con dos copias». El Subcomandante señalaba que la Comisión de Educación no conocía las condiciones que se vivían en un campamento y añadía que, en las mismas ciudades, se les olvidaba cómo vive la gente pobre e indígena.

La situación era tal que resultaba imposible conseguir papel para los informes solicitados, pues en las comunidades escaseaban no solo ese tipo de cosas, sino lo más básico para la sobrevivencia, como el alimento. Ante lo cual, Andrés le comentó a Marcos que su trabajo era académico, no administrativo: «Me salí de la SEP porque queremos que ya todo esto cambie, no para seguir entregando papeles: informe semanal, mensual, anual y con dos copias; y todavía más: entrega de boletas de calificaciones». El burocratismo quería instalarse prematuramente en la guerrilla neozapatista.

Al parecer, la mayoría de militantes urbanos estaba completamente desconectada de la cruda realidad de los indígenas y sus necesidades; o era que, en palabras del profesor, «el baño caliente y la cama tibia hacía que se les olvidaran».

Andrés hizo caso omiso a la burocracia organizativa; en esa rebeldía tampoco participó en la ceremonia de juramento que hacían todos los militantes cuando se incorporaban a las filas del Ejército Zapatista. En parte, porque era consciente de un problema en su columna vertebral que lo limitaba físicamente para desempeñar diversas tareas de forma cabal, como cualquier otro guerrillero. Por esa razón tenía dispensado el entrenamiento militar —que aun así realizaba— y tareas que lo pudieran lesionar, entre éstas, acarreo de agua y leña. Aun así, los mandos y compañeros de tropa no perdían la oportunidad de persuadirlo a realizar el juramento como insurgente neozapatista. Él pensaba que esas ceremonias eran cuestiones protocolarias, que en determinado momento legitiman un control a modo en las organizaciones piramidales, de los superiores sobre los subordinados. Se decía que el juramento zapatista era para fomentar y enseñar el honor, así como otros valores. Para el profesor eso no era necesario,

siempre que las acciones determinaran las conductas. A sus ojos, una promesa o juramento no sustituían las convicciones.

Después de un duro periodo de prueba, a finales de 1989 por fin se estableció la Escuela Campesina en un terreno de la comunidad de El Prado Pacayal, en Ocosingo y, como es común en el drama de la historia, las adversidades aumentaron.

La Escuela Campesina Técnica y Ecológica

LA INSTALACIÓN DE LA ESCUELA que se había suspendido por la conspiración en Las Tazas, y que narramos en «La conspiración indígena de 1989», se llevó a cabo poco tiempo después, a finales del mismo año. Establecida en El Prado Pacayal, Ocosingo, por acuerdo de los tzeltales que ahí habitaban, no se sujetó a las condiciones de Rodrigo, sino de Marcos, y respondió a las necesidades directas de la guerrilla neozapatista.

En aquella localidad ya existía una escuela pública, prácticamente en condiciones de abandono por el Estado. La atendía un maestro bilingüe. Ésta se reubicó en el centro del poblado, al lado de la iglesia, cediendo espacio para la Escuela Campesina Técnica y Ecoló-

gica, nombre que la organización le otorgó. Sus instalaciones eran precarias. Apenas disponía de un salón grande construido con madera y techo de lámina. El cuarto, la cocina y una bodega eran de bajareque con techo de zacate. Contaba también con una cancha de basquetbol de piso de tierra y su tablero hechizo de madera. No tenía servicio de electricidad ni drenaje, solo una llave que suministraba agua potable.

Para arrancar las clases, Marcos trató el asunto de la Escuela en una de las reuniones regionales ordinarias del EZLN. En ella se convino que cada comunidad neozapatista mandaría a uno o dos estudiantes y se comprometerían con su respectiva manutención. Los alumnos llegarían los domingos por la tarde y regresarían los viernes, al terminar las clases. La idea era que al finalizar un curso de agricultura que se pensaba impartir, aplicaran los conocimientos en sus lugares de origen; es decir, se trataba de que los conocimientos aprendidos y la producción de hortalizas beneficiara a los campesinos y por ende al EZLN, que crecía aceleradamente nutriéndose con pobladores de la región que se sumaban a la guerrilla. Con esos acuerdos operativos ya solo había que esperar a que las comunidades seleccionaran a sus estudiantes para que

la Escuela realmente pudiera comenzar a funcionar.

Sin embargo, cuando se iniciaron las actividades, la organización no había definido cabalmente su funcionamiento. Se suponía que los militantes, acostumbrados a que todo se dictaba por órdenes superiores, darían seguimiento a una planeación preelaborada por mandos altos de la organización donde se contemplarían diversos aspectos a resolver, por ejemplo, el tema de la alimentación para los profesores, pues en octubre se incorporaría la pareja de Andrés: Martha —también maestra, de formación normalista—. En cuanto a los contenidos académicos que se impartirían, la Comisión de Educación se había comprometido a recabar y enviar todo tipo de materiales escolares entre sus compañeros profesores. No obstante, fue de una deficiencia tal que no resolvió los problemas emergentes.

La realidad fue muy distinta debido a que, por un lado, la imposición de la escuela se hizo desde la zona centro, por una DN que no conocía a fondo la problemática chiapaneca y, por el otro lado, con un EZLN concentrado en la tarea de conformar el ejército insurgente lo más pronto posible, dadas las exigencias del proceso que se vivía en las cañadas. En consecuencia, más allá de ideas sueltas, nunca se formaliza-

ron planes para la escuela. Así, en un inicio, el profesor Andrés fue instalado ahí a su suerte, a esperar la llegada de alumnos, mientras el ejército insurgente tenía su propia rutina militar en los campamentos y la militancia urbana se encontraba a cientos de kilómetros de distancia.

En cuanto a los alimentos del docente, la comunidad había acordado proporcionárselo y cumplía día tras día. Café y tostadas por la mañana, café y tostadas por la tarde —el «café» que tomaban en la comunidad estaba hecho con polvo de tostadas, no con semillas del cafeto—. En algunas ocasiones una vecina le compartía plátanos de su consumo familiar. Las familias indígenas solían tener café, gallinas o puercos, pero nunca eran de autoconsumo, sino para vender. Además del maíz que sembraban y usaban para hacer las tostadas, también llegaban a consumir frijol.

En el poblado había terreno suficiente para, en caso necesario, sembrar hortalizas y de ahí obtener comida. Pero como la cosecha duraba al menos tres meses, no fue posible resolver la necesidad de manera inmediata, como se requería.

En medio de esas carencias, un día llegaron de visita el segundo comandante de la organización, Rodrigo y Gabriela —su pareja—, para inspeccionar cómo funcionaba la Escuela. Quedaron

sorprendidos al observar la extrema delgadez del maestro, posiblemente con un grado de desnutrición avanzado. Le cuestionaron por qué estaba así, por qué no se alimentaba bien, por qué la comunidad no lo alimentaba como les habían informado. Una vez más se comprobaba que la DN ignoraba las condiciones de las comunidades indígenas, quienes han sobrevivido así, por siglos, en condiciones inhumanas. La visita, además, tenía como objetivo avisar la llegada de Nelson, un ingeniero agrónomo que «levantaría realmente la Escuela», como refirieron.

Tiempo después Marcos comentaría que le habían puesto una «regañiza» por la desnutrición del docente. Y queriéndolo o no, dio la orden para que, de una casa de seguridad ubicada cerca de El Prado, se le proporcionara alimento del que disponían. La compañera del profesor, la maestra Martha, se instaló en la Escuela después; llegó en el mes de octubre de 1989.

Al cabo de un tiempo la situación mejoró un poco; las comunidades proveerían a la Escuela de arroz, azúcar y frijol, comestibles que integraban la ingesta de los alumnos milicianos e insurgentes, y también de los profesores. La comunidad escolar se mantenía en las mismas condiciones alimenticias que los pueblos.

Nelson

Nelson formaba parte de una célula clandestina de la Comarca Lagunera, era un militante urbano egresado de la Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro. El ingeniero residía de lunes a viernes en El Prado Pacayal y pasaba los fines de semana en San Cristóbal de las Casas. Se le había conseguido un salario que le otorgaba la asociación civil Desarrollo Económico y Social de los Mexicanos Indígenas (DESMI). Andrés y Martha pensaron que la economía de la Escuela mejoraría un poco con ese ingreso, suponían que el recurso sería de uso colectivo como se manejaba en la organización, pero no fue así. Al profesor se le informó después que Nelson, para aceptar el trabajo que se le encomendaba, había impuesto sus propias condiciones, aprobadas por la DN; a saber, recibir un salario para sus gastos personales y no para la vida colectiva de la incipiente escuela.

El hecho de que en la región hubiera un compañero con la profesión de ingeniero agrónomo era, por decir lo menos, una esperanza para los campesinos de las comunidades neozapatistas, no solo porque las clases de agronomía se harían realidad, sino porque pensaban que ayudaría a resolver problemas que se les presentaban cotidianamente. Quién sabe cuántas esperanzas ideal-

zadas se formaron en torno al supuesto apoyo que brindaría.

Al poco tiempo comenzaron a llegar los milicianos que enviaban las comunidades. Eran muchachos con muy buen comportamiento escolar, tomaban apuntes y salían a las prácticas en el entorno. Esas cualidades hacían pensar en un inicio prometedor, a pesar de todas las desventajas materiales que existían. Desafortunadamente los planes agrícolas fracasaron, por un lado, porque el ingeniero se iba los fines de semana y, por otro, porque tampoco tenía tacto político y no lograba conectar con las necesidades de la población. Prueba de ello fueron los distintos incidentes que le tocó encabezar.

Una ocasión, los estudiantes sembraron maíz en dos hectáreas de un terreno de quince que la comunidad había donado para la Escuela. Al cabo de un rato los alumnos presentaron mareos, náuseas y vomito, pues la semilla sembrada estaba tratada con fungicidas para contrarrestar las plagas y hongos. ¡Se habían intoxicado por no usar protección! Nelson no había explicado previamente los riesgos de trabajar así, por lo que no tomaron las medidas preventivas necesarias.

También, no tardó en hacer comentarios en contra de la política de los mandos neozapatistas. Dadas las inauditas

condiciones de pobreza en que vivían los indígenas, quizá, al ver aquellas terribles escenas, el ingeniero se desesperaba y cuestionó sobre el hacer del EZLN para solucionar problemas de primera necesidad. Decía a los estudiantes: «Exijan a los zapatistas, tienen que darles mejores condiciones aquí, en la Escuela». Los recursos que tenía el EZLN eran limitados y estaban enfocados para la guerra, no se trataba de una asociación civil ni de una organización asistencial que gestionara apoyos del gobierno para repartir entre los más pobres, su objetivo era iniciar un levantamiento armado nacional con la intención de tomar el poder y conquistar una sociedad socialista.

Sabiendo que la Escuela contaba con un ingeniero, las comunidades querían que fuera a resolver problemas concretos. Pero no era algo que hiciera, a veces optaba por decirles que pidieran apoyos al gobierno. Su postura política parecía más anclada a un ideal revolucionario del pasado que a la realidad que se le presentaba frente a sí. Estando en El Prado Pacayal, vivió la antesala de la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); llegó la noticia de la caída del Muro de Berlín. Ahí sentenció: «Yo lo único que sé es que ya se chingó el socialismo». Y se preguntó que, si era así, entonces qué

podría hacer la organización. «¿Para qué continuar con la formación de un ejército insurgente y todo el trabajo de las redes clandestinas?», lanzaba la interrogante en voz alta, de manera autorreflexiva, sin esperar respuesta.

La estancia del ingeniero fue muy corta. La DN calculó mal cuando consideró que podría quedarse más tiempo para conocer a fondo la problemática local y apoyar con mayor eficiencia en la resolución de algunos problemas agrícolas a corto plazo. Su caso expresa las dificultades que tuvieron las FLN en aquellos años para colocar a sus militantes en tareas organizativas en la zona de operaciones del EZLN. Se evidenciaba que la orientación política de Rodrigo no conectaba del todo con la realidad de las comunidades campesinas. Quienes sí lograban esa conexión en términos personales, se fueron colocando en el bloque que Marcos encabezaba, pero no de forma diáfana, sino en medio de diversas tensiones con la DN. El EZLN también comenzaba a figurar como alternativa política para un sector de militantes urbanos que no estaban de acuerdo con la orientación política de las FLN.

El enfrentamiento con la política asistencial del Estado

La creación de la Escuela Campesina como escuela para milicianos e insurgentes neozapatistas, se inscribe en los avances de la organización para preparar la revolución, pero no la excluía de afrontar el complicado escenario de necesidades colectivas de las comunidades que los gobiernos nunca solucionaron, como ofrecer una educación que ayudara a resolver problemáticas agrícolas de los campesinos. Por ello, y a fin de comprender un poco más las condiciones que hicieron realidad el funcionar de la Escuela y la radicalización de los campesinos chiapanecos, nos interesa dar un par de ejemplos que muestran el tipo de relación que el Estado tenía en la zona en aquellos años mediante sus programas de apoyo social.

Una ocasión, el gobierno envió costales de soya que los campesinos utilizaron como abono y para alimentar a los puercos, mas no para consumo humano, porque sabían muy bien el objetivo clientelar que subyacía. Esta clase de actitudes se hacían cada vez más comunes entre las poblaciones neozapatistas, que además de vivir por décadas engaños y represión de los diversos gobiernos que veían desfilar, a esas alturas de la historia ya habían recibido pláticas ele-

mentales de la teoría marxista del Estado capitalista, que los insurgentes impartían en las comunidades donde hacían trabajo político. Dichas pláticas marxistas conectaron con la voluntad de cambio de las comunidades indígenas.

El folleto *Nuestras posiciones políticas básicas* contenía esquemáticamente lo que estudiaba toda la militancia en la ciudad y el campo. El material lo proporcionaba la Escuela de Cuadros. A continuación reproducimos un fragmento que permitirá un mejor acercamiento a la ideología de la organización, donde además de apreciar la influencia directa del marxismo estructuralista de Althusser —y posiblemente los aportes de Poulantzas al estudio del Estado capitalista— que influyó prácticamente en todos los marxistas latinoamericanos, se pueden notar cómo apuntaron sus baterías contra el Estado mexicano, cuestión con la que se identificaron los indígenas:

TEMA 10: EL ESTADO BURGUÉS MEXICANO

Recordemos que el actual Estado Burgués Mexicano (EBM) es producto de la revolución mexicana 1910-1917. Quiere decir, es el instrumento de control político de la fracción de la burguesía triunfante en dicha revolución.

Al ser muy débil, la burguesía mexicana, para llevar adelante el desarrollo capitalista, el EBM tomó esa tarea de DIRECCIÓN ECONÓMICA, además de la DIRECCIÓN POLÍTICA. Así, poco a poco, fue concretando muchas funciones, actividades y empresas productivas. En nuestra lucha contra el capitalismo, es de gran importancia tener claridad con respecto al EBM, pues es directamente con quien nos tenemos que enfrentar.

Por lo dicho hasta aquí, podemos ver que el EBM está formado por cuatro partes principales:

- a. SU APARATO ECONÓMICO.
- b. SU APARATO JURÍDICO-POLÍTICO.
- c. SU APARATO REPRESIVO.
- d. SU APARATO IDEOLÓGICO.

En otra ocasión, llegaron dos promotores del gobierno —posibles espías— invitando a la comunidad a construir una granja porcina y avícola, para lo cual prometían cemento y láminas. Únicamente pedían a los indígenas encargarse de la mano de obra. Les llevarían un semental, con la condición de que aportaran nueve marranas y se comprometieran a comprar el alimento.

Ninguna comunidad tomó en serio sus fantasías. ¿Quién pondría dinero para el alimento de los animales?, ¿quién los iba a vacunar o curar si enfermaban? Además, ya realizaban la

crianza de animales sin necesidad de todos esos gastos. En realidad, los indígenas estaban enojados porque la propuesta les parecía una tomadura de pelo; decían: «Aquí ya comen los puercos y no necesitan casa las gallinas». Lo que en verdad requerían era un técnico que enseñara a vacunar y curar las enfermedades de los animales.

Ellos querían aprender a vacunar y cuidados específicos, pero los promotores no iban a eso. Como último recurso, les dijeron que si morían los animales salían ganando con la construcción, pues se les quedaba. Los pobladores, muy molestos, dieron por terminada la indeseada visita.

Un caso emblemático se dio cuando, de manera generalizada, la base neozapatista se organizó en grupos de dos o tres comunidades para gestionar recursos mediante el Crédito a la Palabra que el gobierno de Carlos Salinas de Gortari otorgaba a los campesinos mediante el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). La dirección del EZLN alertó diciendo que los préstamos serían impagables por los intereses, que no se solicitaran. Pero no hicieron caso. Dicho «crédito» consistía en recibir determinado número de cabezas de ganado que el gobierno adquiriría comprándoselas a los caciques de la zona. Una vez obtenidas, los indígenas se comprometían a cuidarlas y no dejarlas

morir. Además, mientras no liquidaran el pago, no podían disponer de ellas ni para su venta ni para comérselas. En los hechos, ¡le estaban cuidando el ganado a los terratenientes!

Para su mala fortuna, llegó la sequía y los animales comenzaron a morir, pues no había suficiente agua ni pastizales para que se alimentaran. Luego —encima de todo—, al cabo de un año, aumentaron los intereses del crédito en 7%. ¡Les llovía sobre mojado!, ¡estaban ahorcados! Pero sabían que el levantamiento armado se acercaba. Fue que todos decidieron no pagar nada y quedarse los animales, de los cuales se comieron algunos; ahí surgió el dicho: «Nos comeremos a la compañera vaca», pues, al quedarse con ellos, también se había convertido al neozapatismo. En ese entorno, volvía a retumbar la exclamación: «¡Aquí, hasta las piedras son zapatistas!».

El EZLN luchaba contra la lógica asistencial del Estado mexicano, ya que un par de migajas no resolvía la pobreza y, peor aún, cualquier observador mediano sabía del impacto político que tenía sobre la subjetividad colectiva generar una relación de ese tipo con el Estado: la legitimación de las relaciones de dominación de clase, parte del fundamento del régimen de partidos en México, que opera en todo su espectro.

Un nuevo momento en la Escuela

Marcos nunca vio con buenos ojos la Escuela. Según él, se trataba de un proyecto de Rodrigo. De inmediato, cuando se fue el Nelson, aprovechó para presionar al profesor Andrés, diciéndole: «Ora sí, maestríto, se te acabó tu escuela; te regresas para la ciudad o, si quieres, te regresas igual que antes, a los campamentos». A estas alturas resultaba imposible doblegar el ímpetu del profesor. Martha y él continuaron con el proyecto, a pesar de todas las dificultades.

Entre las actividades realizadas se sembró plátanos de varias clases, papaya y cítricos. Un miliciano enseñó a fabricar adobes cuando asistían ya pocos alumnos. También se consiguió el financiamiento de una asociación belga, cuya delegación, que estuvo de visita para inspeccionar cómo se trabajaba, quedó asombrada al ver el gran tamaño de los jitomates, acelgas y calabacitas que se habían cultivado a un costado de la Escuela. No está demás decir que eso era común, pues la primera tierra de siembra en la selva permite ese tipo de cosechas; las siguientes van mermando su calidad hasta que la tierra se agota y se debe cambiar el terreno de labranza. Roza, tumba y quema era la fórmula empleada.

En otra ocasión llegó un británico a enseñar la construcción de letrinas secas. De alguna manera que no es de nuestro conocimiento, las FLN-EZLN, por medio de DESMI, en donde tenía «infiltrados» un par de militantes, lograba recursos financieros para la Escuela, aunque realmente se redireccionaban al ejército guerrillero.

En un período posterior se empezó con la cría de gallinas y conejos; pero, para entonces las prioridades de la organización cambiarían radicalmente, debido al crecimiento del EZLN en todo Chiapas, por lo que las actividades de la Escuela fueron quedando en un segundo plano.

Hogar de refugiados

Aproximadamente a principios de 1990, el EZLN tuvo que rescatar varias personas que huyeron de su localidad, ubicada cerca de los límites con Tabasco²⁴, por un grave incidente. Testigos afirmaron que un par de indígenas en estado de ebriedad, envalentonados, dispararon al aire gritando abiertamente que eran zapatistas. Vecinos que no militaban en

24 Posiblemente cerca de Tapijulapa. La distancia es enorme, ronda los 200 kilómetros. De corroborarse, se mostraría —otra vez más— la capacidad de movilización del EZLN.

la organización, los denunciaron, por lo que el Ejército Mexicano reprimió a la comunidad y un gran número de personas tuvieron que huir al monte.

Una de las prácticas usuales del Ejército Mexicano consistía en cometer diversos abusos contra los indígenas. Con el pretexto de buscar armas y droga entraban en sus casas, robaban sus cosas y violaban a las mujeres²⁵. La preocupa-

25 En un artículo de 1976 publicado en la *Revista Proceso*, Rodolfo Stavenhagen da una de las razones del constante uso de la fuerza del Estado contra los indígenas: "Gran parte de estas tierras de Chiapas son terrenos nacionales, y hasta hace poco consistían en selvas impenetrables sin uso económico (salvo una que otra explotación maderera). Desde hace algunos años se han ido introduciendo a las zonas los finqueros de otras regiones del Estado, entre ellos funcionarios y políticos. Sin mayor derecho jurídico sobre la tierra, y sin que las autoridades agrarias correspondientes se interesaran por el proceso, estos nuevos terratenientes fueron apropiándose de amplias extensiones de tierras nacionales. Para esto, contrataban la mano de obra de campesinos indígenas de la sierra, quienes realizaban los desmontes por cuenta de los nuevos señores de la tierra. Una vez desmontada ésta, los latifundistas introducían ganado o realizaban cultivos (siempre con mano de obra indígena), mientras que los indios formaban sus colonias y también trabajaban la tierra para su propia subsistencia." Rodolfo Stavenhagen, "Genocidio en Chiapas", en *Problemas étnicos y campesinos*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1990, pp. 42,43.

ción para las familias que huían aumentaba, pues el gobierno mexicano empezaba a sospechar de la existencia de la guerrilla neozapatista.

Después de rescatar a esos indígenas en el monte, la organización los instaló en la Escuela. Eran los primeros refugiados de la guerra que se anunciaba. Para darles alojamiento, se tuvieron que suspender las clases que tomaban los milicianos ahí, las cuales se reanudarían hasta que las familias fueran reubicadas, pues tampoco podían quedarse en el centro de estudios por tiempo indefinido.

Las condiciones para dichas familias desplazadas eran sumamente difíciles al haber abandonado sus hogares que, aunque pobres, les procuraban cierta estabilidad; ahora sufrían la represión del Estado. Las comunidades neozapatistas, por acuerdo, proporcionarían alimentación para los desplazados y de inmediato les comenzaron a llevar arroz, frijol y azúcar. Mientras se resolvía su situación, la Escuela sería su albergue. Y aun cuando el alimento se racionaba, no era suficiente; como por arte de magia se terminaba demasiado pronto. Los profesores descubrieron que los refugiados se levantaban alrededor de las dos de la madrugada, cuando todos ya dormían, a prepararse —a escondidas— otra ración de comida. Así, por ese tipo de situaciones urgía la pronta

reubicación de los refugiados, que se fue haciendo poco a poco.

También comenzaron a surgir fricciones de carácter personal. Por ejemplo, en una de las familias que se quedaron en la Escuela iba un curandero —chamán—, el cual comenzó a ofrecer sus servicios a algunos vecinos sin avisar previamente a la comunidad. Eso desató la inconformidad del curandero local, quien presionó para que aquél ya no ejerciera su actividad. De todo ese periplo, al final solo quedó una familia. Y con espacio en la Escuela otra vez, había la posibilidad de retomar las clases; sin embargo, en un entorno adverso y repleto de carencias, continuaban presentándose problemas.

El último grupo de milicianos que asistió a clases, se marchó por un «altercado con las cucarachas». Una mañana, en el desayuno, el profesor notó que todos permanecían callados, sin tocar su plato de comida. «¿Qué pasa?, ¿ora no tienen hambre?», les preguntó. Un chico respondió: «No estamos acostumbrados a comer camarones». Andrés pensó que bromeaba, hasta que vio que todos los platos estaban llenos, pero no de camarones, sino de cucarachas revueltas con frijoles. Ocurrió que la encargada de la cocina puso a cocer los frijoles desde la noche anterior y dejó la olla destapada, por lo que se atascó de los insectos. En aquel medio selváti-

co es común que, en época de celo, las cucarachas salgan por millares en los techos de zacate.

El caso es que dichos milicianos dijeron que era más importante el trabajo en sus comunidades para el Ejército Zapatista, y se retiraron. Luego comenzaron a llegar a estudiar insurgentes en grupos que se rotaban constantemente. Ellos mismos pedían ir a la Escuela, lo que implicó mayor desplazamiento en las filas de la guerrilla, cuestión que ya, de por sí, iba en ascenso. Mientras más grande era la organización, los problemas aumentaban en diversas direcciones; ahora se trataba de la inmensa movilidad que generaban las personas involucradas en el EZLN, que por aquellos años alcanzó a sumar diez mil milicianos, conformando, así, su primera división militar.

Entre milicianos, refugiados e insurgentes concentrados en la comunidad de El Prado Pacayal, se generaba mayor afluencia de personas. Fue así que, para entonces, ya pasaba más gente extraña: chapines —comerciantes guatemaltecos—, supuestos promotores y otros desconocidos «sin rumbo» que solo estaban de paso —decían—. Perfectamente se conocía que, detrás de tal gente «de paso», estaba la mano del Estado en busca de los guerrilleros.

La incursión del Ejército Mexicano

Puesto que ya era muy difícil ocultar las dimensiones numéricas de la organización, el Ejército Mexicano aumentó sus incursiones en las comunidades.

Una mañana, muy temprano, llegaron los soldados a El Prado. Atravesaron la montaña de la cañada vecina al poblado, burlando las postas de vigilancia neozapatista que no los esperaban por ese lado; siempre los veían llegar por la carretera, para entonces de terracería. ¡Esa vez los sorprendieron! Aquella mañana la encargada de la radiocomunicación, quien iba saliendo del pueblo, los topó en la entrada y, asombrada, regresó inmediatamente para informar a las autoridades responsables de la comunidad sobre la presencia del Ejército Mexicano.

Para cuando los encargados neozapatistas se enteraron, los soldados ya estaban acampando junto a la iglesia. El primer responsable de la comunidad habló con el oficial al mando para preguntar el motivo de la «visita». Éste le comunicó: «Venimos buscando guerrilleros», a lo que el indígena contestó: «No sabemos qué es ese trabajo». El militar comenzó a describir a los guerrilleros: «Son extranjeros, güeros, altos, barbones y visten de verde olivo». El responsable comentaría después

que, aunque no perdió el control de la situación, le entró temor porque pensaba que aquel militar podía mirar las imágenes de Marcos y Pedro que pasaban por su mente, pues tenían esas características físicas.

El peligro para los neozapatistas era que, en la cordillera que separa la cañada, donde se encuentra El Prado Pacayal; y la otra, donde están Las Tacitas, se ubicaba el campamento guerrillero de reclutas. Desde la Escuela Campesina Técnica y Ecológica se podía ver aquellas montañas, aunque para subir las se tenía que rodear. El subcomandante Daniel debía estar en dicho campamento, aunque muy pocas veces se le encontraba ahí porque se la pasaba en otro sitio —con su pareja—, en San Cristóbal de las Casas, desde donde podía dictar instrucciones.

La comunidad neozapatista tenía que ganar tiempo para que los insurgentes desmantelaran el campamento; estaban a contrarreloj. Los soldados comenzaron a movilizarse de inmediato por la zona, así que, en el tiempo que permanecieron ahí, los indígenas los guiaron por sitios previamente escogidos para evitar que lo encontraran. Aquello fue posible dada la enorme capacidad organizativa que se fomentó entre mujeres, hombres, niñas y niños que recibían entrenamiento militar.

En el *tour*, una de las paradas fue en Las Tacitas. Ahí les hicieron fiesta, les dieron de comer, hubo baile y los emborracharon. Aprovecharon su estado de ebriedad para, posteriormente, por la noche, esconderles sus armas con el objetivo de tener la situación bajo control ante cualquier eventualidad. En la mañana se las devolvieron para no crear un conflicto que hubiera resultado contraproducente. Al ver tal «generosidad», un oficial militar comentó: «Ustedes no son malos, como nos han dicho; nos hubieran matado».

Mientras tanto, en la Escuela tenían otro gran problema. Había montañas de material de lectura: documentos internos de las FLN-EZLN, enormes paquetes de la revista cubana *Bohemia* y libros de marxismo que podían comprometerlos en caso de cateo. Andrés y Martha esperaron a que cayera la noche para deshacerse de todo. Ese día no durmieron, amanecieron quemando hoja por hoja —sí, hoja por hoja, literalmente— en el fogón de la cocina, para no hacer mucho humo y no despertar sospechas en los soldados. Si bien, la Escuela no estaba cerca de la iglesia, donde acampaban los militares, estos sí realizaban rondines varias veces con la luz del día, y también por la noche.

Fue hasta dos días después de la llegada del Ejército Mexicano cuando se

presentó un insurgente con una orden del subcomandante Daniel para los maestros, diciéndoles que estaban en alerta roja, que quemaran los materiales —lo cual ya habían hecho—, se mantuvieran alertas y en disposición de lo que pudiera suceder.

La última noche que estuvieron los soldados, una sección se desprendió del grupo principal y se adelantó para salir del pueblo sin que se percataran los indígenas que vigilaban. Pasaron en silencio por algunas casas vecinas; y, por los terrenos de la Escuela, pero por fuera de sus instalaciones. Andrés se dio cuenta, pues escuchó por la madrugada a los perros ladrar y el suave ruido de las botas militares pasar, aunque fue hasta el amanecer que lo corroboró, tras ver las hortalizas pisoteadas.

Hacia una nueva formación cultural

El trayecto de la Escuela atravesó distintos periodos. Su funcionamiento se fue ajustando a las diversas condiciones y necesidades que se iban presentando. Podemos distinguir tres momentos. Su complicado inicio como escuela para los guerrilleros, realizada en los campamentos; luego, cuando se asentó en El Prado Pacayal, funcionaba como escuela para campesinos, buscando apo-

yar en las problemáticas agrícolas; finalmente, hasta antes de su disolución, fue una escuela para los insurgentes neozapatistas.

La Escuela Campesina Técnica y Ecológica sentó el precedente que auguraba un entorno de transformaciones políticas y culturales; apoyaba las distintas actividades realizadas en las comunidades neozapatistas o en los campamentos guerrilleros, como las celebraciones de los aniversarios de las FLN y el EZLN; preparaba bailables para las fiestas —casi siempre *Jesusita en Chihuahua*— y lecturas en voz alta de poemas de José Martí y poesía revolucionaria diversa.

El profesor Andrés impartió un curso de dibujo en un campamento y hasta dio un taller de teatro por el interés que poco a poco iba creando el nuevo contexto cultural que todos ahí estaban co-creando. Recordemos que los insurgentes hacían estancias en La Escuelita, casa de seguridad ubicada en la Ciudad de México, donde se preparaban académicamente; y a su regreso experimentaban el avance de sus conocimientos, ya que los contrastaban con quienes no habían tenido acceso a la educación. El estudio despertó diversas inquietudes que hicieron que los indígenas neozapatistas se interesaran más y lo exigieran.

Tal contexto le permitió a una maestra que cubrió a Andrés, durante un periodo en que éste se ausentó por cumplir otras tareas políticas, intentar impartir clases de sexualidad. Aunque no tuvo éxito, ya que los insurgentes no podían evitar reírse picarescamente por los temas expuestos que rompían con los tabúes impuestos en sus estructuras socioculturales.

Había días que en los campamentos estaba planificada, por la noche, sesión de música, donde los insurgentes ensayaban canciones como *La tumba de Villa* o *La tumba de Zapata*, *Misa campesina*, *El Cristo de Palacagüina*, entre otras. En una ocasión se presentó una obra de teatro muy grande, dirigida por Marcos. Contaba la historia de cuando los guerrilleros, bajo el mando de Fidel Castro, llegaron a Cuba y perdieron a muchos en la famosa derrota de Alegría de Pío. La figura del Che Guevara fue central en el imaginario que las FLN-EZLN transmitieron a las comunidades indígenas.

Será difícil medir el impacto que tuvo la Escuela en la vida de los campesinos; apenas era una semilla sembrada por el EZLN. En la recta final, sus actividades fueron disminuyendo, hasta que en el Congreso Nacional en 1993 se cancelaron por completo y el proyecto se dio por terminado. Aquel Congreso histórico se realizó precisamente en sus instalaciones.

El Precongreso de «La Caravana» y los preparativos de la guerra

DIVERSAS COMUNIDADES NEOZAPATISTAS conocieron del fallido levantamiento armado prematuro que se había confabulado en la región de Las Tazas, lo cual provocó que la amenaza de iniciar la guerra, con o sin el permiso de la dirección del EZLN, se hiciera cada vez más latente. Al fin y al cabo, en los hechos, las comunidades estaban armadas y entrenadas militarmente, pues eran las que nutrían las filas del ejército guerrillero.

En ese contexto, Marcos había investigado y contenido los ánimos en algunas comunidades. En El Prado Pacayal, por ejemplo, mandó llamar a un miliciano para interrogarlo. «¿Así que ya se van a levantar?», le dijo y procedió

a repetir el sermón que anteriormente había dado a los conspiradores de Las Tazas; la lucha no era solo por tierra, sino también por trabajo, techo, alimentación, salud, educación, independencia, democracia y justicia. Luego presionó al miliciano para que dijera todo lo que sabía y éste delató a quienes estaban organizando el levantamiento, al margen del EZLN. Según él, los pobladores manifestaban que aquellos grupos de conspiradores agitaban a las comunidades con frases como «Los zapatistas son pura lengua, no van a hacer nada, ya hay que empezar nosotros».

La organización estimaba que tres cuartas partes de Chiapas estaba de su lado y comunidades enteras se seguían uniendo. Así, el levantamiento armado ya no podría contenerse por mucho tiempo más.

Esa realidad chocaba de lleno con la concepción del segundo al mando de las FLN, el comandante Rodrigo, que en los hechos era en quien recaía toda la orientación política de las FLN —como hemos reiterado—. Rodrigo siempre había sostenido que el levantamiento armado no podía iniciar si primero no se fundaba el partido político que dirigiera la acción militar, así que no estaba de acuerdo con un inicio próximo de la guerra. Fiel a las recetas del marxismo

clásico, su idea central consistía en armar una estructura partidaria, de vanguardia, para que la Dirección Nacional liderara la revolución desde ahí.

Marcos, en cambio, por un lado, si bien no se negaba a la formación del partido, se enfrentaba a una realidad que le pisaba los talones; y, por otro, a una DN que desconocía el contexto incontenible de las comunidades indígenas, pero que planeaba sobre el devenir político de la organización a cientos de kilómetros de distancia. Eso, geográficamente le confería ventaja al Subcomandante, pues, en aquel entonces, el tiempo de traslado para llegar de la Ciudad de México a San Cristóbal de las Casas rebasaba las veinte horas; y, arribar a los campamentos guerrilleros implicaba sumar otras tantas horas, incluso días de espera en las casas de seguridad antes de partir a la selva, donde se ubicaban.

La salida política que dieron las FLN-EZLN a ese complicado escenario fue proponer un Congreso Nacional para fundar un partido político que modificaría toda la estructura de la organización, el cual se realizaría en Chiapas, en enero de 1993, en las instalaciones de la Escuela Campesina Técnica y Ecológica.

El plan de Rodrigo

En los campamentos, Marcos no contaba con muchos militantes de origen urbano. Prácticamente solo tenía a su mano derecha, el subcomandante Daniel, que radicaba en Chiapas. En ese sentido no tenía muchos aliados que le informaran sobre los planes que hacía la DN; Rodrigo siempre le negó esa información por su condición de subordinado. Para contrarrestar esa situación, Marcos comisionó a Andrés, quien mantenía buenas relaciones de compañerismo con la militancia urbana en general, para viajar al centro del país y averiguar qué actividades realizaban en torno a los preparativos para el Congreso.

El profesor partió rumbo a la Ciudad de México. A su llegada, entre los militantes que conocía pudo indagar lo que estaban tramando. Se enteró que tenían reuniones para seleccionar la dirección de la estructura partidaria que se fundaría durante el Congreso. El comandante Rodrigo y los suyos ocuparían todos y cada uno de los cargos principales; ni siquiera Lucha, la militante más veterana de las FLN, figuraba en la planilla.

Una vez que obtuvo la información, Andrés regresó a Chiapas para poner al tanto a Marcos de lo que fraguaba Rodrigo.

El contraplán de Marcos

El orden cronológico de los acontecimientos siguientes se funden en la memoria como un solo amasijo de infinidad de eventos que ocurrieron en esas épocas precipitadas de la historia, en el año de 1992. En un esfuerzo por reconstruirlos, los narramos en el siguiente orden.

Estando en un campamento donde daba clases, el profesor Andrés recibió por radio una orden: debía presentarse, junto con Martha, en San Cristóbal, donde lo esperaba Marcos. En la casa donde los citaron, tuvieron que esperar en un rincón mientras la DN terminaba una de sus juntas. Ahí, Rodrigo se encontraba discutiendo acaloradamente con Marcos. Cuando por fin atendieron a los profesores, Rodrigo les metió un auténtico rapapolvo.

Primero arremetieron contra la maestra Martha; la acusaron: «¡Han cometido muchos errores; Martha nos engañó, de todo el dinero de su retiro nos dio una miseria, nos tuvo que haber dado más!» El reclamo fue porque años antes, en 1989, Rodrigo le había ordenado a la profesora renunciar a su plaza de maestra, adscrita a la Secretaría de Educación Pública, a fin de cobrar el retiro y dárselo a la organización. En realidad, para entonces Rodrigo andaba ávido de dinero, pues no le cuadraban

las cuentas de la organización a su compañera Gabriela, quien era la tesorera y ambos sentían la presión de Marcos, que les exigía rendir un informe. Ocurrió que Martha no renunció, pidió un permiso con el que tuvo acceso a cierta cantidad de dinero que entregó en su totalidad.

Luego, Rodrigo dijo a los dos: «Ya no tienen derecho a nada, ni a ver a sus hijos, van a estar castigados en una casa de seguridad». A lo que Andrés contestó: «¿Por qué no los puedo ver yo?», añadiendo que era una injusticia. El comandante respondió tajante: «Tú eres un soplón, le dijiste todos nuestros planes a Marcos». La distancia y actividades interminables de por sí dificultaban que le otorgaran permiso a la pareja de profesores para poder ver a sus hijos, lo cual contrastaba con los privilegios que había entre los altos y medios mandos, quienes visitaban constantemente a sus familiares.

Al terminar el regaño, llegó el subcomandante Daniel diciéndole a Andrés: «Oye, maestríto, ¿qué tal la regañada?» Con evidente molestia, contestó: «¿Cómo supo Rodrigo que yo traje toda la información a Marcos? ¡Y ahora me dicen que yo vine de soplón!» Lo que ocurrió fue que, en una más de sus disputas, en la discusión previa, Marcos le reclamó a Rodrigo por qué solamente los urbanos del centro del país

formarían parte de la nueva estructura partidaria y este último le preguntó cómo se había enterado. El Subcomandante delató al profesor sin aclarar que él lo había enviado. Tiempo después, Marcos le diría a Andrés que había sido Daniel quien lo había delatado, aunque pudo haberlo hecho para encubrirse.

Por lo pronto, utilizando al profesor, Marcos confirmó lo que ya imaginaba y entonces tomó la delantera. Ahora sería Rodrigo quien no sabría lo que su contrincante preparaba.

El Precongreso

Si bien, en la correlación de fuerzas entre el EZLN y las FLN tenían claras y sobradas ventajas los primeros, eso no cancelaba la influencia de los segundos; la concepción de la DN sobre la estructura del EZLN representaba un lastre para Marcos. Así que preparó sus cartas, y tal como Rodrigo hacía sus reuniones a espaldas de él, el Subcomandante y su gente prepararon un Precongreso, donde conspiraron un contraplán que les permitió predefinir quiénes iban a quedar al frente de la nueva estructura organizativa que resultaría del Congreso. A esos conspiradores los nombró «La Caravana», por un programa de televisión que se transmitía en aquellos años.

El Precongreso lo realizaron en una semana de intensas reuniones en San Cristóbal de las Casas. Ahí asistían los tres principales mandos político-militares del EZLN —Marcos, Daniel y Pedro—, capitanes y tenientes. También fue convocada Lucha, Frank —que era un militante extraído de las comunidades chiapanecas—, Andrés, Eduardo —el armero de la organización—, Vicente —el compañero de Elisa—, entre algunos otros militantes. De los acuerdos a los que llegaron, resalta la decisión de excluir a los dos primeros mandos de las FLN por su largo historial de injusticias en contra de decenas de militantes y la opacidad en el manejo del dinero de la organización del que disponían. Pudiéndose proponer la exclusión de la comandanta Elisa, no se planteó, seguramente porque era la pareja de Vicente, que era gente de Marcos.

Puesto que en el Congreso Nacional se iba a formar el partido de tipo marxista, en las reuniones definieron toda la estructura y quiénes ocuparían los cargos. Marcos preguntó quién ocuparía el puesto de secretario general. El profesor Andrés se adelantó, contestándole que quién más sino él. El Subcomandante se molestó: «No digas pendejadas», seguramente por lo contradictorio: ¿un secretario autonombreado?, ¿de un partido marxista?, ¿sin, siquiera, simular votaciones? Les pidió a

todos: «Mañana, traigan propuestas». Al otro día escuchó las opiniones —no votaciones—; pero, siendo que ahí estaban todos, alineados con él, se quedó como secretario general. Decía: «¿A poco van a votar por Daniel?, ¿a poco van a votar por Germán?, ¿a poco van a votar por Pedrín?». Mostrando su superioridad política, intelectual y militar, así expresó que no había nadie con sus capacidades, por desgracia y aunque arrogante, no era mentira.

Marcos era un tipo excepcional. Pasaba horas estudiando y organizando el aparato militar con férrea disciplina, preparándose muy en serio para la revolución. Sus intervenciones discursivas mostraban su *nulo* dogmatismo. No tenía pudor, ni espanto, en argumentar lo ideológicamente necesario, en vez de recurrir a la herencia de una u otra corriente —guevarista, maoísta, trotskista, althusseriana, etcétera—. Curiosamente, a pesar de ser amigable, no se le notaba cercanía ideológico-política estrecha con nadie. El subcomandante Daniel lo quería alcanzar, se esforzaba, pero nunca pudo. Eduardo quizá era de la gente más cercana a él en dichas capacidades. Entre los insurgentes indígenas, mandos subordinados a él, se apreciaba una relación meramente militar, aunque también los formaba políticamente. Lucha decía que antes de entrar en las FLN, Marcos se había for-

mado militarmente en Nicaragua y también que había militado en una organización, en Estados Unidos.

Cabe hacer notar que las propuestas y acuerdos siempre estuvieron subordinadas a la aprobación del Subcomandante. Todos los mandos militares, forjados en un entorno vertical, imponían sus planes y se tenían que ejecutar como ellos decían —en el caso de Germán, hasta por ridículos caprichos— y en obediencia a la jerarquía establecida militarmente. Marcos no tenía por qué ser la excepción, y no la era. Tal verticalismo ocasionaba tensiones entre algunos militantes que lograban algún peso político o intelectual; por ejemplo, el entonces compañero de la comandante Elisa —tercera al mando de la organización—, Vicente, conocido como el «Güero», siendo gente de Marcos y encargado de la Comisión de Prensa y Propaganda, constantemente tenía acaloradas discusiones con Rodrigo, las cuales se llegaron a externar en una de las revistas internas.

A ojos de algunos militantes, sobre todo los más afines a Marcos, Rodrigo se la pasaba bloqueando las iniciativas de las comisiones de las FLN, e imponía el qué y el cómo se iban a realizar las tareas organizativas. Marcos tampoco permitía que se llevaran a cabo acciones políticas al margen de su aprobación;

las controlaba todas, sistemáticamente. La militancia asumía ese entorno militar, antidemocrático y vertical, como sacrificio necesario para poder contar con una organización disciplinada que les permitiera alcanzar un horizonte comunista, anticapitalista, pues una vez alcanzado ya no habría lucha de clases y sí libertad, democracia y justicia, aunque esos preceptos se percibían como promesas cada vez más lejanas.

Durante el periodo que rodeó al Precongreso, cada dirigente preparó sus piezas para el tablero de ajedrez donde se iban a enfrentar dos orientaciones políticas contrapuestas, y que hasta entonces no lo habían hecho, al menos no abiertamente, pero veladamente se podían notar. Años atrás, cuando el profesor comenzó su trabajo en la zona de operaciones de la guerrilla, Rosita, militante afín a Rodrigo, que también se encontraba en Chiapas, le hizo un comentario que le pareció sumamente extraño: «Tienes que defender tu trabajo», y le preguntó: «¿De quiénes o de quién?» ¿Dónde estaba el supuesto compañerismo y retórica de unidad que pregonaba la organización? El sutil comentario delataba que, en el fondo, había profundas diferencias políticas.

En otra ocasión, Marcos mandó al subcomandante Daniel a hablar con Andrés para preguntarle cómo veía la

organización, qué le parecía el trabajo que se realizaba en las ciudades. El profesor se percató de la división interna en las FLN-EZLN, pues se notaba la intención del interrogatorio: saber de qué lado estaba. Marcos veía la subordinación de la mayoría de militantes urbanos a Rodrigo, quien también tenía gran capacidad intelectual y organizativa; elaboró la mayoría de documentos internos y de orientación política de las FLN-EZLN, se encargó de dar formación política a los militantes y les asignó tareas precisas para desarrollar en los lugares donde los enviaba; se la pasaba viajando por el país con la idea de formar un partido de tipo leninista —cuestión que machacaba con todos sus compañeros—. La organización creció bajo su mando durante dieciséis años, de 1977 a 1993. Al poco tiempo, en el Congreso, se corroboraría que, en un medio vanguardista, centralizado y vertical, no hay canales para mediar las diferencias políticas más que la purga, justificable o no.

¿En qué momento surgieron aquellas enormes diferencias que estaban a punto de explotar? Por su profundidad, nos queda conjeturar una hipótesis: posiblemente para cuando Marcos llegó a la selva chiapaneca ya había tomado distancia de la política de las FLN, junto con Mario, militante profesional que

fue su mando superior hasta antes de 1983. Tras su deceso, Marcos ocupó el lugar de Mario²⁶.

A la antesala del conflicto, faltaba por acomodarse una de las piezas.

El pacto con Germán

Rodrigo continuó con su plan en las diferentes zonas del país y no se enteró de lo que en el sur se cocinaba. Germán confiaba que, con Rodrigo al frente, todo saldría como deseaban; es decir, seguirían igual: ellos al mando, haciendo y deshaciendo.

Poco antes de la fecha del Congreso, Frank le informó todos los acuerdos del Precongreso al comandante Germán.

26 En la organización se contaba la historia de la siguiente manera: William, de origen puertorriqueño, estaba siendo perseguido por los órganos de inteligencia estadounidense. Las FLN se ofrecieron a resguardarlo; vivía en la casa de seguridad que habitaban Mario y Ruth. Cuando pudo salir en compañía de Mario, le pidió permiso para realizar una llamada de larga distancia desde un negocio que ofrecía el servicio. Este se lo concedió. Debido al marcaje personal que tenía, las fuerzas federales dieron con su ubicación y ahí mismo lo capturaron, matando a Mario. Después, William los condujo a la casa de seguridad, donde también mataron a Ruth.

Ahí se enteró que iba a quedar fuera de la estructura organizativa. Esa lealtad de Frank se debía a que Germán y su anterior pareja, Lucha, lo habían «adoptado», formándolo a su modo bajo la excusa de que entró muy chico a la organización. Lucha, incluso lo quería como a un hijo.

Germán apresuró su llegada a Chiapas y le pidió a Marcos que lo mantuviera en los nuevos planes. Marcos informó a La Caravana sobre dicha petición, pero a nadie le pareció. Con la retórica de su historia familiar —su hermano, Cesar Yáñez, fue fundador de las FLN y es parte de los desaparecidos en el periodo de la Guerra Sucia—, logró pactar con Marcos su permanencia en la estructura directiva de la organización. Difícil decisión fue la que tomó el Subcomandante, solo él sabe qué tipo de cálculo político hizo para admitirlo después de todo el historial con el que cargaba y el desprecio que le tenía la mayoría de la militancia.

Por su parte, Frank había traicionado los acuerdos de sus compañeros y esto le valió su expulsión como candidato para presidir la Subsecretaría Campesina que se iba a proponer en el Congreso. También se echó encima a Marcos, quien comentó con su gente: «Dicen que los indios no traicionan a los indios, pero ya se vio que no».

El Congreso Nacional de las FLN-EZLN

EL CONGRESO NACIONAL INICIÓ el 23 de enero de 1993, se realizó en la Escuela Campesina, Técnica y Ecológica. En el salón se armó una tarima, con una mesa y un atril. También se instaló un aparato de sonido para escuchar a los oradores. Llegaron alrededor de trescientos delegados indígenas y —en contraste— alrededor de veinticinco y treinta urbanos.

Los únicos armados eran los insurgentes, Marcos entre ellos. Los pasamontañas no se usaban, dicha prenda se implementó hasta el levantamiento armado de 1994.

La mesa del Congreso fue presidida por Rodrigo, de la Dirección Nacional. Ahí también se sentaron otros mili-

tantes, entre ellos su pareja, Gabriela y Paco, el primer indígena en sumarse a las filas del EZLN. Germán, siendo hasta entonces el primer comandante al mando de la organización, se quedó abajo. A sabiendas de lo que había preparado el Precongreso, no le hizo advertencia alguna a Rodrigo, con quien mantenía, hasta entonces, una profunda amistad; se desmarcó de él para salvar su propio pellejo.

Se había acordado realizar el Congreso Nacional con el fin de someter a votación la creación del partido político y el inicio de la guerra. La intención de Rodrigo era orientarlo para hacerse del mando; pensaba persuadir a los delegados campesinos para que votaran la dirigencia que él mismo había planeado y, con ello, aplazar el levantamiento armado. En su planilla quedaba excluida toda la gente de Marcos, entre ellas Lucha, la militante más antigua de la organización. Desde la perspectiva de Marcos, el Congreso Nacional le permitiría crear una estructura nueva y propia, para reconfigurar la orientación política de la organización —tal como había hecho con la Escuela Campesina—, subordinándola toda a los intereses del EZLN, donde él quedaba al mando, lo cual ya se había preparado en el Precongreso.

Durante los tres días que duró el Congreso se fueron abriendo los diver-

sos temas, los centrales los pusieron Marcos y Rodrigo. Fueron largas horas de discusión donde se votó por la formación del partido, su estructura, su nombre y sus responsables. Sin embargo, lo fundamental era votar por el inicio de la guerra.

A pesar que, en los hechos, el principal dirigente del EZLN era Marcos y contaba con el respaldo de todos los indígenas, eso no impedía que Rodrigo pudiera dar alguna sorpresa; tenía cierta influencia en las comunidades y con algunos mandos militares, era buen orador y todos lo conocían como el superior de Marcos. Sin embargo, los acuerdos logrados en el Precongreso cancelaron tal posibilidad, pues ahí ya habían acordado con los delegados indígenas para que votaran a favor de las propuestas de La Caravana.

A la hora de las votaciones, *todos* los delegados indígenas lo hicieron como uno solo. La planilla de Rodrigo, junto con sus planes, fueron cayendo uno por uno. Lo anularon políticamente. Para los delegados urbanos la situación fue evidente y confusa al mismo tiempo, al grado que uno de ellos tomó la palabra y dijo: «No es justo porque aquí la mayoría son indígenas y los delegados de las ciudades somos pocos, pero representamos a otros tantos».

Marcos reviró diciendo: «Lo que ustedes no saben es que su voto no vale

por uno, algunos representan a comunidades enteras». Ese comentario lo hizo porque sabía, por información recibida, que varios delegados urbanos no tenían representados reales, sino que habían inflado su padrón para que Rodrigo tuviera más gente de su lado a la hora de las votaciones. En cambio, los delegados indígenas tenían una representación masiva, real y efectiva.

Los militantes urbanos estaban desconcertados ante aquel espectáculo que les tocó presenciar. La mayoría no sabía lo que ahí sucedía, y quizá siguieron sin saberlo a ciencia cierta —hasta el día que lean estas líneas—. No tenían la menor idea de las pugnas internas, aunque seguramente también padecieron maltratos e injusticias o eran cómplices de ellas.

De entre los diversos temas que se abordaron, además de los centrales, Marcos lanzó la propuesta de prohibir las bebidas alcohólicas a los integrantes del partido; en el Precongreso ya se había acordado el punto, solo faltaba legitimarlo. Los militantes urbanos brincaron y Rodrigo defendió el consumo de alcohol: «Aunque sea una cervecita», decía. Pero los campesinos neozapatistas votaron por «nada de trago», fijando la postura formal en el artículo 6, inciso t, de los *Estatutos del Partido Fuerzas de Liberación Nacional*, que a la letra dice: «No consumir bebidas alcohóli-

cas, drogas, ni sembrar ni traficar drogas», y establecieron castigo para quien no respetara la regla, echando por tierra su propia costumbre de tomar aguardiente²⁷.

Entre los asistentes había estudiantes que también militaban en la organización. Uno de ellos, Omar, en su intervención habló de las preferencias sexuales. Las personas ahí reunidas, al escucharlo, murmuraban entre risitas burlonas: «¿De qué está hablando este?». Sin expresarlo abiertamente, en el fondo estaba proponiendo la inclusión de la diversidad sexual al interior de la or-

27 La compilación que se realizó a cargo de Carlos Basauri, *La población indígena de México*, anota que en todas las etnias del estado de Chiapas el consumo de aguardiente es característico de su cultura. Del tzotzil, por ejemplo, dice que toma aguardiente por dos motivos: «porque cree que con ello logra identificarse con los blancos, aprendiendo el castellano, o porque, y esta es la realidad, se siente entristecido y despechado al observar la vida de sacrificios y de humillación que siempre ha llevado y que le hace víctima de la explotación de los mestizos» (Vid. Carlos Basauri, *La población indígena de México. Tomo II*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1940, p. 161). Es decir, la prohibición del alcohol tenía una connotación propia y distinta a los habitantes urbanos, simbolizaba —en términos hegelianos— el reencontrarse con su identidad, como autoconciencia independiente.

ganización. Marcos pidió respeto a su propuesta.

Marcos vs Rodrigo

El primer día después de la cena, a eso de las nueve o diez de la noche, Rodrigo llamó a Marcos para hablar a solas. Todos los alimentos los tomaban en una casa de seguridad ubicada en una lomita, cerca de la Escuela. El Subcomandante no accedió de primera instancia a la reunión y le dijo —convenientemente— que antes tenía que consultarlo con sus compañeros —miembros de La Caravana—. Estando con ellos, les preguntó: «¿Voy o no voy?» Todos asintieron, les interesaba saber qué le iba a plantear.

El comandante Rodrigo quería recomodar toda la agenda del Precongreso, porque ya era obvio que tenían un plan detrás y seguramente había hablado con Germán y Lucía²⁸ al respecto.

28 Lucía era una militante, sobrina de Lucha, quien le dejó de hablar por varios años cuando la primera comenzó un noviazgo con Germán. Se decía que, para consumar el amasiato, siendo el primer comandante a la cabeza, mandó aislar a Lucha —que hasta entonces había sido su pareja— en la casa de seguridad de Cacalomacán. Tía y sobrina se volvieron a dirigir la palabra hasta el Congreso Nacional, cuando Lucía saludó a Lu-

Por supuesto, a Marcos no le convenía dejar a Rodrigo o a su gente en puestos de mando, así que se negó a cualquier pacto y le dijo que eso se debía definir en el Congreso.

Al otro día, cuando Rodrigo salía de la cocina junto con Gabriela —acababan de comer ahí—, coincidieron en el patio con Marcos, rodeados de otros más que se alimentaban sentados sobre piedras. En ese momento Rodrigo se dirigió al Subcomandante y dijo delante de los presentes: «Compañero Marcos, ¿eres un traidor!». Éste preguntó: «¿Por qué?» «Todo esto ya lo tenías planeado y no dijiste nada, eso no se le hace a un compañero». «¿Y cómo le llamas tú a todo lo que les hacen a los compañeros que mandamos a la ciudad?» Marcos le cuestionó que no los trataban como compañeros, sino como sirvientes; que les decían que los llevarían a la escuela, pero no lo hacían; además, le reclamó que los alimentaban mal: «¿Y todo el alimento que se les manda de acá? Aquí lo tenemos registrado. También el dinero que se ha enviado para la compra de armas y materiales. Los compañeros quieren saber todas las cuentas». Al finalizar el altercado, sin decir palabra, Rodrigo y Gabriela se marcharon.

cha y ésta le contestó: «Te perdono y ya vete a la chingada».

Partido Fuerzas de Liberación Nacional

Los siguientes días consumaron protocolariamente los acuerdos del Precongreso. Los campesinos indígenas votaron unánimamente por el sí a la guerra, que era lo que deseaban. La Dirección Nacional anterior desapareció. Rodrigo ni siquiera pudo ganar el nombre del partido, se aceptó la propuesta de Germán: Partido Fuerzas de Liberación Nacional.

Rodia, un militante norteño que asistió como delegado lo rebautizó sarcásticamente como Partido A-Fuerzas de Liberación Nacional. Era generalizado el malestar contra Germán, quien, asegurando su lugar en el partido, reanudó sus prácticas políticas prepotentes, autoritarias y sobre todo improvisadas, carentes de contenido político, destruyendo lentamente, desde el interior de la organización, los esfuerzos organizativos de decenas de militantes y simpatizantes.

En el Congreso se estableció la siguiente estructura organizativa:

Artículo 26. Entre un congreso y el siguiente la máxima autoridad se deposita en el Comité Central, el cual está formado por un Secretario General, un Secretario Militar, un Secretario del Interior, un Secretario de Masas con tres Subsecretarios y se apoya en una Comisión de Ideología y Formación Política,

una Comisión de Honor y Justicia, una Comisión de Relaciones Internacionales y un Secretario de Actas²⁹.

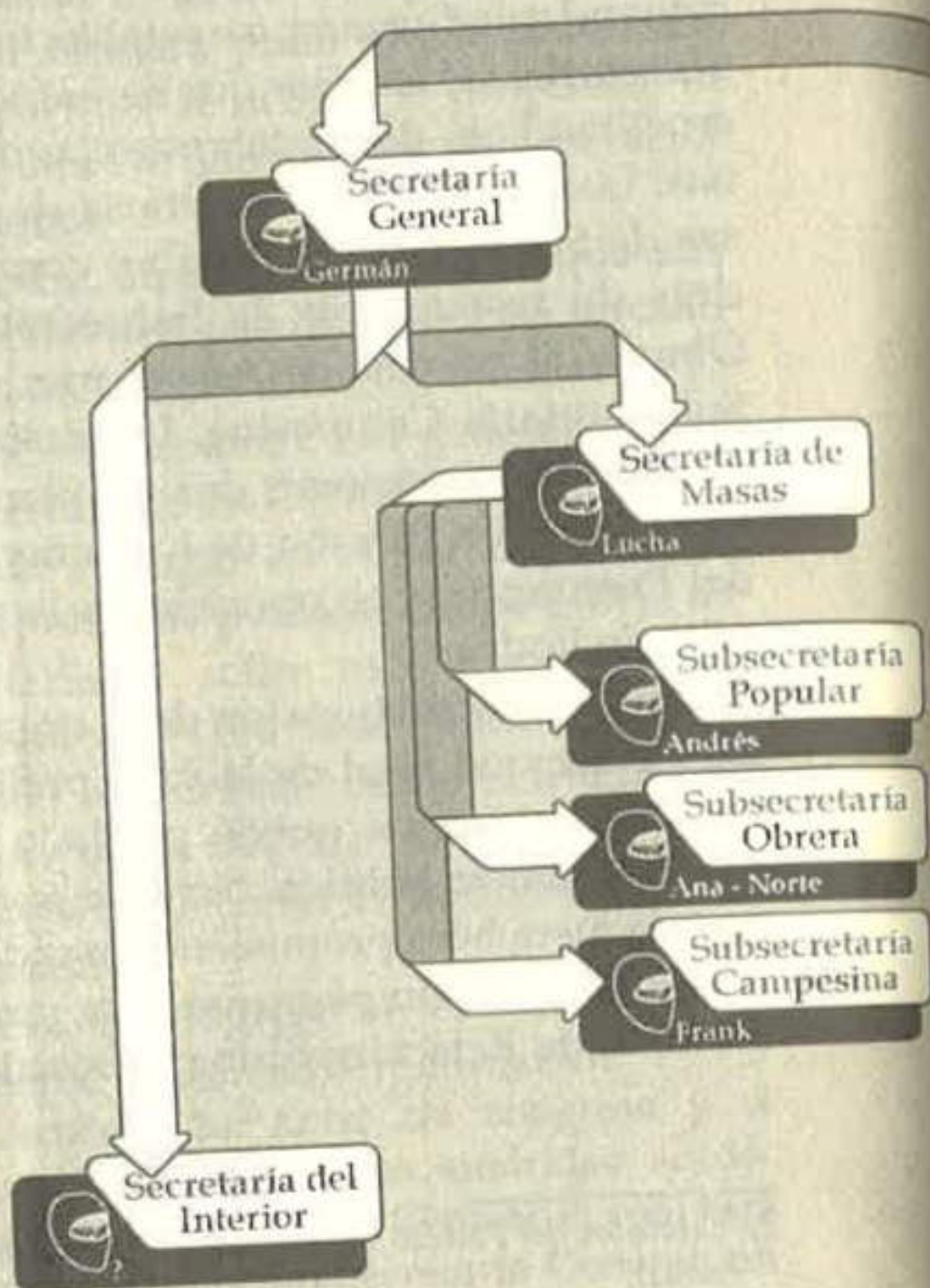
El subcomandante Marcos quedó al frente de la Secretaría Militar, dirigiendo al EZLN, ya no como secretario general, pero, en los hechos, sí por encima de esa Secretaría General, donde dejó al comandante Germán; se estableció una Secretaría del Interior que se enfocaría en el cuidado de las labores clandestinas; Lucha ocupó la Secretaría de Masas; la Subsecretaría Popular, con Andrés de responsable; la Subsecretaría Obrera, al mando de Ana-Norte; y la Subsecretaría Campesina, la encabezó Frank³⁰. Las votaciones de esta planilla se hicieron en función de los acuerdos del Precongreso, en oposición a la planilla de Rodrigo.

Con la reestructuración de la organización llegó el final de la vida política de Rodrigo, quien quedó anulado de toda influencia política. No se le excluyó, a la mera hora propusieron mandarlo a una comisión para que él la presidiera, la de Relaciones Internacionales.

29 *Estatutos del Partido Fuerzas de Liberación Nacional.*

30 Se votaron también los responsables de otras comisiones, entre ellas, de Honor y Justicia, Prensa y Propaganda, Finanzas. En una de ellas quedó Vicente de responsable.

Organigrama del
Partido Fuerzas de Liberación Nacional



Congreso

Comité Central

Secretaría Militar
Marcos

Comisión de Ideología y Formación Política

Comisión de Honor y Justicia

Comisión de Relaciones Internacionales
Rodrigo

Secretario de Actas

EZLN

ria
ria
ria
na

Ya en el Precongreso, la habían propuesto para Germán, con el objeto de que continuara con el trasiego de armas desde EE. UU., pero no ocurrió, ya que Marcos le permitió quedarse en la Secretaría General.

En ese entorno de conflictos y tensiones, tanto internas como externas, se hacían giros políticos según cambiaban los acontecimientos. No todo estaba definido rígidamente por el plan del Precongreso.

El objetivo de crear la Comisión de Relaciones Internacionales fue exiliar a Rodrigo, para que no entorpeciera a la nueva dirección. Éste, al final del Congreso, se mantuvo en silencio, caminaba en automático por la mera necesidad básica de desplazamiento corporal, estaba pálido y con el rostro caído. Había perdido toda compostura, su semblante reflejaba la derrota absoluta; el trabajo político de toda su vida se había venido abajo.

En el Congreso, el comandante Rodrigo no pudo hacer nada y, aun así, se obstinaba en negar la realidad a grados inauditos; pretendía evitar lo que a todas luces era inevitable: el levantamiento armado próximo. Esa misma realidad le estaba pasando una locomotora por encima. Sostenía sus mismas ideas de siempre: no había condiciones objetivas, faltaban diez años para la revolución, primero tenía que crecer

el partido y más recetas provenientes de un pasado fenecido que oprimía su cabeza, como le sucedía a la mayoría de marxistas ilustrados del siglo XX que canonizaron la estrategia de la Revolución Rusa de 1917 como modelo universal, el cual bastaba con adaptar a cada situación concreta y, si las determinaciones históricas los sobrepasaban, no dudaban en afirmar que eran errores de la subjetividad de la dirección por no cumplir su misión de construir la línea correcta. Su postura fue replicada por un insurgente campesino indígena que lo confrontó con las siguientes palabras: «¡Sí hay condiciones!, ¡y si no hay, las vamos a hacer nosotros!»

Esa confianza emergía del avance incontenible del neozapatismo. Se cuenta que varios profesores bilingües, ajenos a la organización, que perdían su rumbo, se topaban a cada rato con los campamentos guerrilleros, que cubrían regiones muy extensas y era imposible evitarlos. En un campamento del subcomandante Pedro no faltó incluso que llegaran exploradores de Pemex en búsqueda de petróleo. La vida rutinaria en el espacio geográfico se había trastocado, había neozapatistas por todos lados. Recientemente, en la red social Meta —anteriormente llamada Facebook—, el actor mexicano David Villalpando publicó un clip de la película *La hija del puma*, de los directores Åsa

Faringe y Ulf Hultberg, filmada en 1993 en el actual ejido San Luis, Chiapas. En un comentario declara: «Me llamaba la atención cuando filmamos que los extras eran muy disciplinados y hablaban poco con nosotros, pero siempre dispuestos a colaborar en la película. Pertenecían al EZLN pero nosotros no lo sabíamos». Casualmente, el uniforme de los guerrilleros de la película es muy parecido al de los milicianos neozapatistas.

El final de Rodrigo

El desenlace de Rodrigo fue catastrófico. Nunca pudo remontar la ventaja que le sacó Marcos, se dio cuenta muy tarde del poder de mando que había ganado el Subcomandante, y sus creencias, más que un pensamiento crítico, lo atascaron políticamente. Lucha lo frecuentaba. Ella comentaba que estaba encerrado en un cuarto muy pequeño y que recibía atención psiquiátrica de su hermano. Cuando lo iban a llevar a EE. UU. para que cumpliera sus labores en la Comisión de Relaciones Internacionales del recién creado Partido Fuerzas de Liberación Nacional, ya no lo encontraron. En 1995, a bordo de su auto, sobre la carretera a Cuernavaca, un militante de la organización reconoció

a un vagabundo caminando con varios libros encima, afirmó que se trataba de Rodrigo. Lo último que supieron fue el rumor de que estaba internado en el hospital por problemas de alcoholismo. Después de treinta años, en agosto de 2023, el ex comandante hizo su reaparición con una estupenda novela, *Secretos del claudestinaje. Las vidas que alumbraron el levantamiento zapatista*.

En cuanto a su pareja, Gabriela, se deslindó de la organización en la persecución de 1995, igual que otros militantes urbanos. Ambos, en la recta final de su paso por las FLN, empezaron a tener problemas de dinero. Es posible que gastaran más de lo debido; se daban ciertos privilegios con los recursos que Gabriela controlaba desde la Comisión de Finanzas. No estamos diciendo que se enriquecieron de ahí —algo prácticamente imposible—, sino que nunca se supo qué tipo de manejos monetarios hicieron en conjunto con Germán; no rendían cuentas claras. Los insurgentes que pasaban por las casas de seguridad que ellos habitaban, comentaban que el refrigerador siempre estaba repleto de buena comida, mientras que en los demás hogares se comía mal.

Cuando se vieron presionados por el EZLN para entregar cuentas, nada les cuadró, no ajustaban los gastos de la organización con lo que reportaban.

En los estatutos que se aprobaron en el Congreso, se incluyeron las cláusulas de remoción de mandato y rendición de cuentas, que formalizaban una nueva normatividad que buscaba remediar las deficiencias de la dirección de las FLN. Así lo expresa la *Declaración de principios del Partido Fuerzas de Liberación Nacional*, en el capítulo VIII, inciso d: «los dirigentes están obligados a informar a las bases y a rendir cuentas de su gestión, así como a escuchar y satisfacer las críticas formuladas según los estatutos».

Frank y el renovado ascenso de Germán

Frank provenía de una comunidad indígena. El comandante Germán lo había formado en sus prácticas políticas y, durante varios años, le permitió ejercer todo tipo de excesos. Esa era la recompensa para sus incondicionales.

En cambio, Marcos no quería a Frank, sobre todo después de informarle los planes del Precongreso a Germán y, con ello, arruinar parte de sus objetivos. Su molestia fue tan grande que poco antes del Congreso, el Subcomandante sentenció a los miembros de La Caravana: «Con Frank, nada; Frank es de los urbanos, aquí no tiene derecho de entrar.

Si uno de ustedes tiene contacto con él, se va con él». Ya en el Congreso, cuando llegó, se acercó para amenazarlo: «Saliendo del Congreso te largas a la chingada, aquí no tienes derecho de nada. Si regresas aquí, te mueres; tú traicionaste a La Caravana».

Sin embargo, asegurada su continuidad en la dirección, Germán no perdió tiempo y comenzó a realizar maniobras con la intención de controlar y dar órdenes en el EZLN. Desarrolló esa afección enfermiza de mandar. Así se había acostumbrado por años, pero sin ningún horizonte político. Pareciera que sus acciones eran guiadas por el temor infinito de no tener honor, ni gloria, ni reconocimiento que, por cierto, nunca logró ganarse entre la militancia más que a la fuerza, imponiéndose. Bajo su dirección, se diluyeron los esfuerzos de decenas de militantes.

Con esa nueva correlación de mando, se volvió a reajustar la situación de Frank. Debido a su traición, Marcos presionó —por no decir que le impuso— a Nicodemo, militante campesino de Altamirano, para ocupar la Subsecretaría Campesina que originalmente ocuparía Frank. En la antesala del Congreso, muy probablemente Germán, Lucía y el mismo Frank convencieron a Nicodemo para que declinara de aquella subsecretaría, lo cual consiguieron

y fue que Frank se logró reposicionar en ella. Nicodemo era amigo de Frank y desconocía los conflictos que había con Marcos.

Frank había sido insurgente. Hacía trabajo político con los indígenas campesinos por medio de la Asociación Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata –ANCIEZ–, fundada por el EZLN para hacer trabajo abierto a nivel nacional; aunque no tenía mucha formación política, era aventado, le gustaba hablar. Esas habilidades bastaban para resaltar sobre el promedio; además, tenía mucha seguridad, ya que sabía que contaba con el respaldo de Germán.

Para Marcos, todas las subsecretarías, así como las secretarías General y la de Masas, eran secundarias. Su interés primordial se cumplió en el Congreso, al deshacerse de la influencia de la dirección de las FLN en el EZLN mediante la primera depuración significativa de la organización. Por dicha razón no le fue tan relevante dejar a Germán al mando de la Secretaría General, quien, por lo demás, nunca había sido brillante ni buen dirigente. Asimismo, no era el único que trasegaba armas; a varios les tocó esa labor y quizá por ello consideró que podía mantenerlo a raya relativamente fácil, cuestión que sí lo

logró en el EZLN donde, en los hechos, el comandante era una nulidad.

Pero esa purga no implicaba deshacerse de la militancia y acabar con las FLN, al menos no de forma inmediata o premeditada. Marcos, de hecho, quedaba al frente de toda la nueva estructura organizativa que las abarcaba. Más que una separación entre el EZLN y las FLN, se realizó una subsunción de la segunda fuerza en la primera.

En esa tónica, Marcos habló con Lucha. Cuando salieron del Congreso, los dos llegaron a Tuxtla junto con un grupo de compañeros. Ya en la noche, el Subcomandante le dijo cómo iba a organizar la Secretaría de Masas y le recordó cuando la sacó del aislamiento que le impusieron en la casa de Cacalomacán, enfatizando: «No te vayas a ir por los sentimientos», en referencia a Germán, que había sido su pareja sentimental, y a Frank, quien era como su hijo. Ella le juró a Marcos que seguiría sus indicaciones. Marcos agregaba: «Tienes dos buenos compañeros, están el maestríto —Andrés— y la maestríta Ana-norte». Por desgracia, Lucha trató a los profesores con la punta del zapato en las cuestiones político-organizativas. Desde el Congreso, ya había traicionado a La Caravana respaldando a Frank, mostrando que se volvía a alinear a todas las órdenes de Germán.

Una vez consumada la imposición de Frank, Germán quería reposicionarse en el EZLN. Cuando a los subsecretarios les pidieron sus planes de trabajo, resultó que los de Frank, «casualmente», estaban propuestos para realizarse en Chiapas. Lucía los había redactado bajo la instrucción del comandante Germán. Cuando Marcos se enteró, les mencionó que el acuerdo consistía en que no se meterían en la entidad. Una de las órdenes del Subcomandante para todos los militantes era que solo indígenas y mandos militares se iban a quedar haciendo los trabajos del EZLN en Chiapas, los demás se irían al resto de la República a hacer el trabajo político organizativo que se requería.

Ante esta enérgica orden, a Frank lo acomodaron sin más remedio en el centro del país, pero en esa zona se había acordado que se realizarían los trabajos políticos de la Subsecretaría Popular, dirigida por Andrés. No hubo ningún problema, como secretario general, Germán le ordenó al profesor que se ubicara en la zona norte, que era donde estaba la Subsecretaría Obrera.

Ese tipo de autoritarismo, sin sentido político, era la rutina normal del comandante Germán. Mover militantes de aquí por allá, como meras fichas vivientes, sin horizonte estratégico, ni

táctico. Por supuesto, muy pocos lo sabían, ya que tal sinsentido se encubría totalmente con la política de la clandestinidad: no se podían saber los planes generales por cuestiones de seguridad.

Frank —su muchacho— tenía muy mal historial en las FLN, del cual podemos enlistar un par de eventos. Por ejemplo, saliendo del Congreso lo ubicaron junto con un grupo de indígenas en La Escuelita —que, como mencionamos, fue una casa de seguridad ubicada en la zona centro del país—. Supuestamente debía formarlos políticamente para organizar los viajes a las comunidades que le habían asignado. Ahí empezaron algunas dificultades porque era el único que realizaba las visitas y sus compañeros solo se dedicaban al mantenimiento de la casa. Frank les comentaba que no estaban preparados para hacer el trabajo político que se requería. Después, los militantes a su cargo platicarían que los ponía a ver películas pornográficas y les decía: «Para que aprendan».

Uno de sus peores papeles lo realizó en 1995, cuando lo enviaron al estado de Oaxaca con un equipo de militantes de la misma Subsecretaría Campesina, para coordinar un trabajo organizativo con la gente que se aglutinaba en torno al EZLN. Ahí, Frank, dejándose llevar por la soberbia al ver la respuesta que

daba el pueblo mexicano con el levantamiento reciente, pero también sabiendo todo el apoyo que recibía de Germán, montó un núcleo guerrillero tratando de emular la estructura del EZLN, sin el permiso de Marcos ni de Germán. Se autoproclamó comandante y repartió grados militares a todos sus compañeros. Con irresponsabilidad olímpica comenzó a dar entrenamiento militar a una comunidad, descuidando las más elementales medidas de seguridad y sin analizar las posibles consecuencias si llegaban a ser descubiertos por el Estado, lo cual, como era de esperar, sucedió. Aquello se salió de control; el Ejército Mexicano, que en esos momentos de efervescencia neozapatista estaba alerta de lo que sucedía en el país, se enteró y reprimió a la comunidad con un saldo catastrófico. Frank y su grupo, simplemente, huyeron y fueron reubicados.

De estos acontecimientos se enteraron más tarde otros militantes, ya que no daban con su paradero, hasta que supieron que se había escondido por lo ocurrido. Miembros de la organización guardaron el semanario *Proceso* del 8 de enero de 1996, que llevaba por subtítulo «Movimiento armado en Oaxaca»; probablemente porque, en el recuento de incursiones militares en la entidad que esboza uno de los artícu-

los, se indicaba la localidad donde estuvo Frank. Por las fechas, es viable deducir que fue en la Sierra Norte, pues el 10 de febrero de 1995 la Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo —UCIZONI— denunció la implementación de retenes policiacos en busca de «transgresores de la ley» y varias organizaciones sociales informaron sobre operativos en la carretera La Ventosa-Tapantepec; o quizá en la comunidad Cerro del Aire, ubicada en la Sierra Sur, donde, desde el 25 de abril, elementos del LIV Batallón de Infantería tenían sitiados a los indígenas chatinos que ahí habitaban, a quienes se dedicaron a torturar y allanarles sus viviendas con el argumento de buscar «grupos armados», lo cual fue denunciado por Organizaciones Indias por los Derechos Humanos en Oaxaca —OIDHO—.

En la reubicación, y a pesar de estar «castigado» por el incidente de Oaxaca, continuó maltratando a su grupo. Parece haber tomado muy a pecho su autonombamiento, pues su autoritarismo sobrepasaba los límites provocando que algunos compañeros pidieran su cambio o, de plano, prefirieran salirse, sin más, de la casa donde fungía como responsable. Entre sus aberrantes órdenes llegó a imponer un intercambio sexual de parejas a la hora de dormir. Se supieron casos más graves encubiertos

o propiciados por él, como cuando resultó embarazada una compañera menor de edad. Para resolver la situación recurrieron a militantes urbanos, con el objeto de conseguir una clínica y solventar los gastos del aborto, por supuesto, sin decirles la verdad de lo que había ocurrido.

En Puebla también dejó su rastro. Posterior a 1994, lo pusieron a cargo de las comunidades de la Sierra Negra, donde la organización tenía trabajo político. Entre sus actividades estaba el mejoramiento de la economía de las comunidades, elaboraron proyectos para participar en las convocatorias de las Organizaciones No Gubernamentales. Una vez que recibían los recursos, dejaban de visitar los poblados.

Poco antes de su deserción escribió una carta dirigida a la Secretaría Militar, o sea, a Marcos. Ahí, decía que Lucha era una inepta y que si Germán fuera inteligente debería suspenderla de su cargo y designarlo a él para dirigir la Secretaría de Masas. Es obvio suponer que dicha misiva nunca llegó a su destino.

Hay que recalcar que todos estos errores, si bien eran de Frank, sus responsables políticos fueron Germán y Lucha, por respaldar e imponer a tan infame personaje.

Ana-norte

De la Secretaría de Masas falta destacar a Ana-norte, quien ocupó la Subsecretaría Obrera. Fue maestra de primaria. Su historia política se remonta tanto a la Liga Comunista 23 de Septiembre, donde militó, como a su participación activa en la lucha obrera y magisterial del estado de Nuevo León.

Llegó a las FLN con un grupo denominado Los Panchones, llamado así por Pancho, un obrero de Monterrey muy politizado que los dirigía. Eran muy activos. Ana-norte tenía influencia política en mucha gente de su región; siempre estaba participando en manifestaciones y solidarizándose con las luchas sociales.

La historia con Los Panchones se remonta a la primera mitad de los ochentas. Todo el grupo pidió ingresar en las FLN como militantes profesionales, de tiempo completo. Ya dentro, se desesperaron; no querían desarrollar las actividades domésticas que normalmente se realizan en las casas de seguridad. Pancho decía que no había decidido ser profesional para esas labores, así que le aclaró a Rodrigo cuál era su postura y éste le dijo que en la organización cada militante tenía la obligación de participar en todas las tareas, incluidas las do-

mésticas, que si no estaba de acuerdo podía irse. Pancho contestó que se iría, pero que se llevaría a toda su gente.

En efecto, se fueron, pero después de un tiempo regresaron algunos. La maestra Ana-norte fue una de ellas. Por ser una mujer combativa en las luchas de Nuevo León, fue objeto de represión política. El gobierno la mandó golpear en 1993. Era una de las tantas dirigentes del enorme movimiento magisterial que emergió en ese año, debido a que el gobierno de Sócrates Rizzo, con el aval de la presidenta del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación —SNTE—, Elba Esther Gordillo, pretendieron cambiar el esquema de jubilación de los docentes. Al regresar de una movilización, a dos cuadras de su casa llegó una camioneta blanca de donde bajaron quienes le propinaron la golpiza. El ascenso del movimiento popular en Monterrey duró dos meses, aunque todo el año hubo protestas. Vale decir que al final, ya casi para ganar, Rizzo y Gordillo les hicieron una propuesta a los profesores. La mayoría pactó y curiosamente el movimiento fue descendiendo quince días antes del levantamiento neozapatista.

Ana-norte no seguía el patrón de comportamiento de la gente de Germán; se solidarizó con los campesinos indígenas, a quienes ayudaba siempre

que fuera necesario. Se sabe, por ejemplo, que apoyó en sus estudios de enfermería a una militante de Chiapas, que fue enviada al norte. Por sus cualidades, Marcos dijo: «Hay que jalarse a la maestra». Cuando se le propuso su participación en la Secretaría de Masas, inmediatamente aceptó.

La maestra falleció hace algunos años, en el olvido.

El Congreso Nacional decantó una nueva configuración dentro de la organización. La salida de Rodrigo no fracturó las FLN. Cuando la militancia supo que ya no estaba en la organización, se salió un grupo muy pequeño, de entre quince y veinte personas. La estructura recién creada afrontaría el levantamiento armado que ya se había acordado.

La antesala de la sublevación

LA CULMINACIÓN DEL CONGRESO significó el inicio próximo de la guerra. La fecha se mantuvo en completo secreto, aunque Marcos decía: «No amanece 94 cuando ya hayamos empezado», refiriéndose a que el levantamiento se realizaría en alguna fecha de 1993.

La tarea de los militantes urbanos, estructurados en el Partido Fuerzas de Liberación Nacional, consistía en abrir el camino en otras regiones para avanzar en la insurrección que empezaría en Chiapas. Se pensaba en la posibilidad que EE. UU. invadiera militarmente al momento del levantamiento, por lo que también se necesitaba redoblar esfuerzos organizativos en el norte del país. Sin embargo, a esas alturas, los planes

ideales eran inciertos; no se podía predecir la respuesta de la población. ¿Cómo y quién podía realizar tal cálculo?

Para entonces ya se apreciaban diversos factores que no auguraban un futuro medianamente previsible, al menos no para la organización de conjunto. Por ejemplo, se pensaba que a la militancia le faltaba preparación política; además —en comparación con los insurgentes neozapatistas—, eran muy pocos en número y el objetivo de desarrollar otros dos ejércitos, uno en el centro y otro en el norte del país, no se había cumplido. Un elemento más resaltaba a todas luces: se decía que los habitantes de las ciudades no iban a enrolarse en el levantamiento armado y asumir el riesgo de morir en guerra. Sumado al clima de desilusión mundial por la caída del bloque socialista en 1991, el panorama no era muy alentador.

En alguna ocasión previa a la coyuntura del Congreso, el profesor Andrés había preguntado al Subcomandante si tenía algún estimado de lo que pasaría. Éste le contestó, secamente: «Aquí, en México, nunca se ha hecho una revolución. No sabemos qué va a suceder, así que no me preguntes nada. Tú, haz tu trabajo; tenemos que sacar esto adelante». En otro momento, platicando informalmente con militantes, en una casa de seguridad a la que llegó, Mar-

cos decía a sus compañeros que la organización ya había crecido mucho. La maestra Martha le preguntó: «Entonces, ¿por qué no independizamos Chiapas y, desde ahí, vamos avanzando al resto del país? El estado tiene todos los recursos para ello». El Subcomandante le respondió que no, que la revolución tenía que ser nacional.

Aunque Marcos nunca expresó abiertamente qué tenía en mente, en gran medida por cuestiones de seguridad, es de suponer que había formulado un análisis del posible alcance del levantamiento armado. Además, solo él estaba en la posibilidad de hacerlo, dado que, por su posición en la jerarquía militar, tenía informes de todos los frentes. Es sensato pensar que, desde antes del Congreso, ya venía preparando las cartas con que podría jugar una vez iniciada la sublevación.

A la incertidumbre del futuro se sumaba otra determinación. Por ironías de la historia, con la caída de Rodrigo, la organización se polarizó. De un lado quedó la Secretaría Militar —el EZLN—, al mando de Marcos; y, en el otro, la Secretaría General, la Secretaría del Interior y la Secretaría de Masas, las dos primeras al mando de Germán y Lucha, respectivamente; todas subordinadas a la dirección de la Secretaría Militar.

Dos polos extremos

Con Rodrigo al frente, la organización expresó su momento clásico; fue quien mantuvo el canon doctrinal del marxismo hasta enero de 1993, que retomaba del leninismo, el guevarismo y el marxismo estructuralista althusseriano. No obstante, con Germán todo eso desapareció, pues él y su gente jamás se caracterizaron por comprender cuestiones teóricas; apenas, si acaso, para aprenderse las típicas recetas del marxismo contenidas en los manuales soviéticos.

Un caso emblemático de lo anterior fue Rodolfo, militante reclutado en Chihuahua. La cualidad que Germán veía en él era que seguía sus indicaciones al pie de la letra; a pesar de tener grado militar y ser uno de los fundadores del EZLN, su torpeza política e intelectual era notable, pero al «Ingeniero», como también se le conocía a Germán, eso le convenía.

Rodolfo y su pareja, la «Güera» —sobre la que pesaban acusaciones de maltrato hacia los indígenas—, hasta antes del Congreso tenían las redes organizativas de Chihuahua. No quedaron en la dirección de la estructura partidaria, pero eran gente del Ingeniero, quien los impuso como dirigentes. Por ser sus allegados, tomaban recursos de la orga-

nización a discreción³¹. Solo para dimensionar el tipo de fallas de uno de ellos, baste mencionar un acontecimiento.

En una ocasión se «donó» un carro para la organización. El plan era sencillo: el «donante» lo escondería en una ciudad fronteriza, luego lo reportaría como robado; una vez cobrado el seguro, dejarían pasar un tiempo y daría aviso para que lo recogieran, sin mayor problema. Germán envió a Rodolfo antes del aviso. Inmediatamente pasando la garita, lo detuvo la policía. Estuvo un tiempo encarcelado y la organización tuvo que pagar fianza para su liberación.

Como se puede ver, había una enorme contradicción en la organización. Al tiempo que entre sus filas emergía un brillante Subcomandante de treinta y seis años, también se imponía la ineficiencia de Germán, que para entonces rondaba los cuarenta y ocho. Ambos eran polos de una misma moneda. A nivel individual no había punto de comparación entre ellos, ni política ni militarmente; tenían dos for-

31 Entre 1993 y 1994, Marcos encomendó a dos insurgentes nacidos en el norte, ir a Chihuahua para destituir a Rodolfo y hacer a un lado a Germán, pues habían cometido muchos errores. Por un tiempo cumplieron su misión. Después, la situación cambió.

maciones ajenas, estaban predestinados a coincidir únicamente por astucias de la historia.

Marcos, durante poco más de una década, en un contexto organizativo vertical, vanguardista y repleto de candados, logró la hazaña de subir al primer escaño de manera unipolar, exclusiva. Los dos subcomandantes que lo secundaban fueron meras compañías que cumplían con sus indicaciones; no se acercaban a sus capacidades políticas, militares o intelectuales.

Preparando la «rebelión indígena»

Entre los planes finales del Congreso Nacional, hubo un par de órdenes que dio el Subcomandante. La militancia urbana ya no haría ningún trabajo político en las comunidades neozapatistas, como ocurría hasta entonces; sus actividades se debían concentrar en otras entidades de la República y solo quienes resultaran útiles y con rango militar permanecerían en la zona. Tuvo que realizar un cálculo político, pues, si la guerra se avecinaba, ¿acaso no convenía dejar en Chiapas a los militantes que, de por sí, estaban en la zona de operaciones para atender las vicisitudes que se llegaran a presentar?, ¿por qué excluir a todos, excepto a los mandos

militares? No es descabellado plantear que las razones estaban en función de que, para entonces, Marcos ya preparaba la retórica del levantamiento como una rebelión indígena, en caso que el llamado a la revolución generalizada no rindiera frutos; siendo así, resultaría más difícil legitimar un levantamiento indígena con varios dirigentes mestizos a la cabeza.

En un inicio, la «rebelión indígena» fue retórica porque las FLN-EZLN, hasta 1994, *no habían desplegado una política de tipo étnico*, sino, unilateralmente, de clase. Tan fue así que, durante los primeros días del levantamiento, los campesinos insurrectos expresaban consignas como: «No entregaremos las armas hasta derrotar al gobierno e implantar el socialismo»³². ¿Qué tanto podía costar empezar a desplegar una política étnica, siendo que los indígenas formaban el EZLN y ellos mismos habían decidido la guerra? La respuesta es obvia: bastaba un suave giro. Además, no existía una relación de empate entre las FLN y las comunidades indígenas; la organización las violentó política e ideológicamente, y éstas —las comunidades— cedieron y aceptaron las nuevas formas culturales que se les proponían; hasta le agradecieron al EZLN

32 *La Jornada*, 4 de enero de 1994.

por su futura emancipación. En contraste, ¿en qué cedían las FLN?, ¿cómo les agradecían a los indígenas? Por diez años de preparación político-militar subsumieron —como buenos marxistas del siglo XX— su etnicidad en la clase social y de mandos mestizos como Germán; recibieron maltratos. ¿Qué tipo de *eticidad* podía surgir de aquella desigualdad? Ninguna sustancial. En un gran gesto, con ese giro Marcos intentó compensar la deuda, pues no solo tenía contenido retórico, sino que obedecía a intereses identitarios reales.

Marcos pensaba como un estratega más próximo al siglo XXI que al XX, donde reinaron los esquemas rígidos del marxismo. Como tal, procuraba formarse intelectualmente más allá de la cita de autoridad o resguardarse en alguna herencia política, pues, en aquel momento, esto no iba a ser suficiente para argumentar públicamente la necesidad de la insurrección. Con un bloque socialista colapsado, ¿quién creería en el «lo dijo Marx» o en el Che Guevara? Por ello, en su campamento, siempre estaba con luz hasta altas horas de la noche; se la pasaba leyendo. De ahí sus sobrados recursos retóricos, de estilo no muy usual entre los guerrilleros marxistas, quienes prefieren apearse a guiones preestablecidos. La impronta del Subcomandante expresaba

una organización distinta, desacoplada a las guerrillas latinoamericanas, con las que, por cierto, no hubo posibilidad de relacionarse.

Eduardo, el armero de la organización, platicaba que las FLN habían tenido contacto con los cubanos en la década de los setenta, pero no quisieron apoyar a la organización. Para los ochenta, las FLN se habían vinculado con los guerrilleros de Nicaragua, pero se dieron cuenta que los sandinistas querían apoyo, más que darlo. En suma, dejaron atrás la vieja izquierda marxista. Dichas experiencias fueron suficientes para que las FLN asumieran que no contaban con nadie en el plano internacional.

En 1993 también perdieron el respaldo de Samuel Ruiz, quien se había deslindado previamente del EZLN, en octubre de 1992, cuando en una junta con Rodrigo, éste le dijo al obispo: «Nosotros no queremos la guerra, los únicos que quieren la guerra son los tres subcomandantes». Los indígenas neozapatistas, al enterarse que Samuel Ruíz no estaba de acuerdo con el levantamiento armado, llegaron a expresar: «Este padrecito dice que no está con nosotros; pues, si se atraviesa, es el primero al que nos vamos a chingar». Con la votación de la guerra en el Congreso, los insurgentes dejaron atrás —también— la

ideología de la Teología de la Liberación.

Los ánimos eran álgidos en Chiapas, pero no en otras entidades, donde las FLN desarrollaban trabajo político. A quienes les interesó el levantamiento armado fue a algunos campesinos de otros estados; se pensaba que por esa vía existían posibilidades para que la gente se fuera uniendo. Empero, la única certeza era que los indígenas chiapanecos no consideraban aplazar por más tiempo el levantamiento.

El trabajo político obrero

En el medio urbano, la mayoría de militantes eran maestros y estudiantes. Había pocos obreros, algunos en el norte y la zona del Golfo de México. El trabajo político en las fábricas fue muy difícil para las FLN; las y los trabajadores estaban muy sometidos por las patronales.

En los ochenta, miembros de las FLN decidieron repartir volantes afuera de los centros de trabajo. Cuando lograban reclutar algún obrero, se le encomendaba la misión de agitar al interior de la fábrica mediante volantes y publicaciones de la organización, lo cual se hacía, pero con mucha desconfianza por temor a perder el empleo.

Los militantes obreros de la organización dejaban la revista *Unión Nacional de Trabajadores* en los baños de sus trabajos. Si veían que alguien mostraba interés, le daban seguimiento. A pesar de las medidas sigilosas, no se pudo impedir que en una ocasión despidieran a varios trabajadores con el fin de reprimir la organización que comenzaba a emerger en su centro de trabajo.

Como en el medio urbano había más maestros y estudiantes, Marcos indicaba que el trabajo político se debía orientar hacia ellos, sin cancelar —por supuesto— el avance en el sector obrero. Rodrigo nunca aceptó esa realidad; trataba de imponer que la orientación «correcta» era hacia los obreros aunque, paradójicamente, se encargaba de crear vínculos con las capas medias, quienes podían aportar mayores contribuciones, y no con aquellos.

Para la organización siempre fue prioridad autofinanciarse, sin recurrir a secuestros ni asaltos; de ahí la necesidad de los vínculos que hacía Rodrigo, pues procuraba contactar gentes con ingresos económicos superiores al promedio. Así conoció al marxista mexicano Alonso Aguilar Monteverde y a un médico de la Organización Mundial de la Salud.

En la práctica, se escribía «A», se decía «B» y se hacía «C», como en to-

das las organizaciones vanguardistas, verticales y centralizadas que aseguran seguir una línea correcta. A estas alturas sería un total desatino pretender interpretar la historia por lo que sus personajes dijeron o escribieron de sí mismos, sin realizar el menor esfuerzo crítico para mostrar su verdadero contenido.

Por cierto, las FLN también se nutrieron de estratos medios: César Yáñez, Dení Prieto Stock, Napoleón Glockner, Federico Ramírez, Javier Elorriaga, Sebastián Guillén, etcétera. Es por ello que a las mismas capas medias les emociona la narrativa testimonial que reconstruyen de la organización, aunque no tenga nada que ver con el heroísmo o tragedia de sus personajes, dado que muchos de ellos estuvieron de paso y —por lo mismo— no fueron relevantes en el drama central.

El primer enfrentamiento armado entre el EZLN y el Ejército Mexicano

En los años inmediatos previos a 1994, constantemente se activaban alertas rojas en los campamentos, comunidades neozapatistas y casas de seguridad situadas en diversas ciudades chiapanecas. El riesgo de perder la vida, si no se

acataban los protocolos de seguridad, aumentó.

Al profesor Andrés le tocó estar muy próximo a los enfrentamientos que no tardarían en presentarse. Una madrugada, a inicios de 1993, en un acto inusual, pudo ver algunos insurgentes pasar por la Escuela de El Prado, pero no le dijeron nada y continuaron su marcha. Otra noche del mismo año, a muy altas horas, Marcos instruyó por radio que Andrés se retirara del campamento, donde daba clases; lo despertaron y, junto con un insurgente, salieron caminando varios kilómetros en medio de la selva, por un arroyo. Posiblemente fue una práctica o una alerta roja. Al profesor no le informaron, ni siquiera conocía el nombre de aquel campamento —posiblemente se trataba de Las Calabazas—, únicamente acató la orden.

Un par de meses después, el 22 de mayo, en Las Calabazas se daría el primer enfrentamiento armado del EZLN contra el Ejército Mexicano. La única baja que tuvieron los neozapatistas fue la del teniente Rafael. Se contaba que años atrás lo habían mandado a explorar aquella zona, en Corralchén, pues él la conocía. Los insurgentes iban avanzando, encontrando calabazas en el camino; de ahí el nombre del campamento, sitio que el teniente escogió y donde murió. Guiados por algún

traidor, soldados del Ejército Mexicano cercaron el campamento. Cuando los insurgentes se dieron cuenta, estaban totalmente rodeados y obligados a poner en práctica el lema que se le atribuye a Vicente Guerrero: «Vivir por la Patria o morir por la libertad». No había escapatoria posible. Los insurgentes demostraron su preparación militar. También se puso de manifiesto —afortunadamente— la ineficacia y el miedo que tenían los federales. Los combatientes burlaron el cerco bajo la atinada dirección de sus mandos militares y se dispersaron por la montaña.

Se sabe que Marcos ordenó al subcomandante Daniel atacar el cuartel del Ejército Mexicano, situado en Rancho Nuevo —la 31 Zona Militar—, para distraer a los soldados y poder salir de la emboscada. Pero desobedeció.

En el pasado, Marcos le había solapado diversas faltas a Daniel. Un par de ellas destacaban por su gravedad, como cuando le llegó un mensaje cifrado a la casa de seguridad del centro de San Cristóbal. Lo anduvieron buscando por varias horas para avisarle, pero nunca lo pudieron localizar. Al llegar a la casa leyó el mensaje y no entendía: «¿Y esto?, ¿qué quiere decir «papel mojado»? ¿quién lo trajo?». Se trataba de un insurgente que, preparando explosivos, se había volado los dedos de la mano

y necesitaban que Daniel fuera al campamento por él y lo bajara al hospital. Para cuando se enteró, Marcos ya había resuelto el problema. Su ineficiencia era notable, evidente. Siendo el segundo al mando, había claves de primera importancia —con las cuales se comunicaban los guerrilleros— que olvidaba.

Daniel tenía diversas consideraciones. Por ejemplo, inicialmente, en los campamentos estaba prohibido gastar petróleo en actividades no colectivas, pero él tenía el permiso de Marcos para prender su mechero —alimentado con ese combustible— por la noche. Su amistad con el primer responsable de la organización era notoria desde años atrás.

A finales de la década de los ochenta, la Comisión Política del EZLN tenía una publicación interna llamada *Estrella Roja*. En asamblea, se hacía una revisión de los artículos que llegaban. Ahí, cualquiera podía señalar errores para que se corrigieran los trabajos. Una ocasión, cuando el subcomandante Pedro leía su escrito, Marcos lo interrumpía cada párrafo que avanzaba para que hiciera cambios, pero en el turno de Daniel no se permitía ninguna crítica. Marcos, simplemente, ordenó: «Se queda como está». El verticalismo posibilitaba ese tipo de desigualdades que se reproducían y normalizaban en la organización.

Por lo ocurrido en Corralchén, a Daniel se le hizo juicio. El Subcomandante lo degradó a recluta por desobedecer la orden de atacar Rancho Nuevo y lo mandó a la Ciudad de México. Ya de camino al centro del país, Marcos instruyó que Daniel se quedara en una casa de seguridad de Tuxtla. Sobre el Subcomandante recaía, nuevamente, una decisión delicada. ¿Pensaría que, al degradarlo, le daba una segunda oportunidad a su amigo? ¿Impidió su llegada a la Ciudad de México para protegerlo de un posible ajusticiamiento por parte de Germán? Poco después, de la casa de Tuxtla, se escapó y desapareció. A la militancia urbana no se le informó de la deserción, incluso seguirían viendo a Norma, su «ex» pareja.

Los sinsabores de la primera experiencia abrían más las interrogantes y sembraban dudas respecto a la efectividad militar del EZLN. ¿Serían capaces de derrotar al Ejército Mexicano? Entre la militancia se pensaba que tal vez no, al menos no inmediatamente, sino a través de una larga lucha. «No se va a triunfar luego luego que empiece la guerra —decían—, se va a necesitar un tiempo indefinido».

Las hazañas de la guerrilla cubana no les quitaban las esperanzas; aquel pasado heroico e increíble se imponía en su imaginario. Mantenían en la memoria que el 5 de diciembre de 1956,

ochenta y un guerrilleros bajo el mando de Fidel Castro, a pocos días de desembarcar del yate Granma —que partió de México— en Alegría de Pío, tuvieron su primer enfrentamiento contra el Ejército Cubano; y que ahí les hicieron veintidós bajas y una derrota que redujo la guerrilla a un puñado de personas, pero dos años después se hablaría del triunfo la Revolución Cubana.

A la espera de la revolución

Los militantes urbanos que seguían en Chiapas, se fueron saliendo en los primeros meses de 1993, dejando sus trabajos políticos concluidos. En ese ínter, se supo que la Asociación Rural de Interés Colectivo —ARIC—, convertida en un organismo alineado al Estado mexicano después de haber pertenecido al neozapatismo, construyó una escuela en El Avellanal, con apoyo del gobierno, en el terreno que en 1989 había propuesto el profesor Andrés —anécdota con la que iniciamos estas crónicas—. La penetración del asistencialismo estatal llegaba muy tarde para impedir el entorno excepcional que orilló a los campesinos a sublevarse.

Los meses restantes del año, la militancia urbana aceleró el avance organizativo lo más que pudo en el resto del

país. Estaban activamente esperando el momento del levantamiento. Pensaron que el día indicado sería una fecha histórica, entre ellas el 10 abril de 1993, conmemoración del asesinato de Emiliano Zapata; el 16 de septiembre, aniversario de la Independencia de México; o el 20 de noviembre, aniversario de la Revolución Mexicana; pero nada, hasta que, por fin, llegó la víspera del año nuevo de 1994.

El levantamiento armado de 1994 y la larga deriva

DESPUÉS DE UN AÑO DE ESPERA ACTIVA, la madrugada del sábado 1 de enero de 1994, mismo día en que entraba en vigor, en México, el Tratado de Libre Comercio con América del Norte —TL-CAN—, para la militancia del EZLN-FLN llegaba el momento esperado. Los medios reportaron la ocupación de cuatro ciudades chiapanecas. Días después se supo que habían sido más, a la par de bloqueos carreteros por parte del «autodenominado» Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Los «alzados» tomaron varios palacios municipales³³, entre

33 No puedo evitar el comentario lateral respecto a que la organización consumó su idea de revolución como acto. La espera de un día,

ellos los de San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Altamirano, Las Margaritas y Chanal, por lo que los primeros enfrentamientos visibles no fueron contra el Ejército Mexicano, sino contra la policía que resguardaba los inmuebles. A los militares se les vio en un retén, en el poblado de Navenchauc, municipio de Zinacantán, y al mediodía sobrevolar la zona en cuatro aviones Pilatus y dos helicópteros.

Aparecía la osada *Primera declaración de la Selva Lacandona* invitando a los *desposeídos* a sumarse a la sublevación que avanzaría hacia la capital de la República mexicana, liberando territorio luego de haber derrotado al Ejército Mexicano, a quien se le declaraba la guerra. Se pedía a los poderes legislativo y judicial la deposición del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari. Con fecha del 31 de diciembre de 1993, se daba a conocer diez leyes revolucionarias que se aplicarían en las zonas liberadas.

la toma del palacio, se inscribe en el modelo que construyó el marxismo ilustrado durante todo el siglo XX: el inicio de la Revolución mexicana en noviembre de 1910, la Revolución de octubre de 1917, el triunfo de la Revolución cubana el 1 de enero de 1959. La revolución, como proceso, no se refiere a un día o a una toma, como cuando se hace referencia a la Revolución Industrial.

El gobierno de Chiapas, a cargo del priista Elmar Harald Setzer Marseille, para ganar tiempo intentó ocultar la situación. En su primer comunicado declaró que se trataba de doscientos individuos, en su mayoría «monolingües», con una clara connotación racista. Al anochecer, dada la masividad del EZLN —en varios poblados los habitantes llegaron a observar, juntos, hasta un millar de indígenas armados—, no pudo hacerlo más y en un segundo comunicado afirmó: «Se encuentran pertrechados por individuos con evidente capacidad paramilitar», involucrando a «sacerdotes católicos de la Teología de la Liberación» como parte de los insurrectos.

La toma de San Cristóbal se hizo con ochocientos insurgentes que Marcos dirigía. En la plaza central, la gente se arremolinaba en torno al Subcomandante. Ahí declaró, frente a medios de comunicación que se acercaron: «Si aquí ven tzotziles, allá van a ver tzeltales; en otro lado, tojolabales; en otro, choles, zoques, mames. Es un movimiento muy amplio». Un extranjero lo describió como un *showman*. Luego, desde el balcón del palacio municipal dio un discurso en el que dijo: «Se trata de un movimiento étnico». Y se retiraron después de catorce horas.

El domingo 2 de enero comenzaron los enfrentamientos entre el EZLN y el Ejército Mexicano, el cual emprendió acciones militares para recuperar las ciudades tomadas por los rebeldes e impedir que se extendieran a Tuxtla Gutiérrez, la capital del estado; patrulló la zona aledaña a Ocosingo y San Cristóbal, sitiando esta última y bloqueando los accesos carreteros. Los retenes militares se instalaron en diversos puntos. Comenzó el despliegue del aparato militar del Estado con el uso de tanques, helicópteros y rifles de asalto R-15. Los combates más fuertes contra los sublevados fueron en Ocosingo.

Los insurgentes neozapatistas estaban en desventaja tecnológica. Se les veía con machetes, rifles y escopetas de diferentes calibres; a algunos —los altos mandos— con AK-47 —los famosos «cuernos de chivo»— y otras armas de mejor calidad, carabinas M-1 y SKS. No era una sorpresa; ese riesgo ya lo habían asumido previamente. Un capitán del EZLN lo expresaría así al día siguiente: «Sabemos que no somos iguales en armas, pero tenemos conciencia»³⁴. La valentía de los indígenas no se medía con la calidad del armamento. A los soldados, mejor pertrechados, se les notaba nerviosos, con miedo. La prensa infor-

34 *La Jornada*, 4 de enero de 1994.

mó la toma de otros dos poblados, aunque ya estaban así desde el 1 de enero: Huixtán y Oxchuc. El EZLN continuó con su ofensiva; dinamitó los puentes La Florida y La Virgen; capturó a un ex gobernador de Chiapas, Absalón Castellanos Domínguez; atacó la 31 Zona Militar del Ejército Mexicano, ubicada en Rancho Nuevo; y, asaltó la cárcel de San Cristóbal liberando a ciento setenta y nueve presos. A dos días del levantamiento, el saldo se estimaba en alrededor de cincuenta y seis muertos y cuarenta y tres heridos.

El lunes 3 de enero se mantuvo la ofensiva del EZLN, cuyos miembros extendieron enfrentamientos con el Ejército Mexicano en Chiapa de Corzo, a dieciséis kilómetros de Tuxtla. Los combates en Ocosingo continuaron. En el mercado, los insurgentes fueron acorralados y tuvieron varias bajas. Aparecieron más columnas guerrilleras en Cuxuljá, Chalám del Carmen, Viejo Chalám y se rumoreaba que ya se encontraban en Comitán. Se supo que también tenían tomado Abasolo, pues ese día dejaban su palacio municipal al igual que el de Oxchuc y Altamirano. De ahí, donde se retiraban, los guerrilleros incendiaban los edificios oficiales. En Altamirano destruyeron a golpes de mazo el palacio municipal.

La dimensión del EZLN comenzaba a manifestarse. Aparecían columnas

guerrilleras en varios frentes, pero, ¿hasta dónde llegaban sus límites? Era una incógnita para el gobierno. Fue que el Ejército Mexicano empezó a concentrar militares en la entidad; al medio día llegaron veinticinco vehículos del 57 Batallón de Infantería provenientes de Tabasco —de esta entidad ya se encontraban tropas de los batallones 17, 53 y 73—, así como cuatro centenares de efectivos provenientes de la Ciudad de México. A San Cristóbal arribaron tres mil soldados del 75 Batallón de Infantería para controlar la ciudad y otros grupos militares se comenzaron a desplazar a zonas turísticas como Palenque.

El martes 4 de enero se calculaba que habían llegado a Chiapas más de diez mil soldados y cien vehículos de guerra, entre éstos, helicópteros, aviones, «tanques, *jeeps* con artillería, talleres rodantes, tanquetas, ambulancias y camiones»³⁵. El gobierno mexicano preparaba un etnocidio. La prensa nacional comenzó a denunciar los bombardeos del Ejército Mexicano al sur de San Cristóbal de las Casas, aunque estos habían comenzado desde el 2 de enero, en una clara señal de aniquilamiento para detener el levantamiento campesino que seguía expandiéndose y podía salirse

35 *Proceso*, núm. 897, 8 de enero de 1994.

de su control. Se reforzó la vigilancia en las tres hidroeléctricas situadas en la entidad —La Angostura, Chicoasen y Malpaso—, las cuales producían el 60% de la energía eléctrica del país; asimismo, en pozos petroleros ubicados en la entrada de la selva.

Los fuertes enfrentamientos con los soldados, que aumentaban en número y armamento, obligaron al EZLN a dejar Ocosingo y replegarse —*¡después de tres días!*— por primera vez a la selva. En el mercado de aquel municipio se podía observar el tiro de gracia dado a cinco insurgentes, lo que corroboraba las ejecuciones sumarias que realizaba el Ejército Mexicano desde iniciados los enfrentamientos. La cifra de muertos que se daba no coincidía con los informes de ambos bandos ni con lo que observadores reportaban. Por ejemplo, la Secretaría de la Defensa Nacional no reconocía que ciento cincuenta soldados podrían haber muerto en los combates; mientras, del lado rebelde, se daba la cifra de cuarenta bajas. Sin embargo, en dicho mercado se hablaba de que el número de muertos podía ser mayor.

Ex dirigentes guerrilleros de organizaciones extintas, agrupados en el Centro de Investigaciones Históricas de Movimientos Armados, expresaron lo inédito de aquellas acciones: «Ni Lucio Cabañas ni Genaro Vázquez, en sus me-

jores tiempos, pudieron movilizar tanta gente... su acción rompe con el esquema tradicional de la guerrilla»³⁶.

Después de la ofensiva ezetaelenista y su repliegue —el 5 de enero—, el Ejército Mexicano arreció los bombardeos aéreos para acabar con los guerrilleros escondidos en la selva, sin importarle los daños a la población indígena que ahí habitaba. Tan solo en las inmediaciones de San Cristóbal vivían quince mil indígenas. Por su parte, el EZLN volvió a atacar la 31 Zona Militar.

En cinco días de combate, la presión social nacional e internacional ejerció un fuerte contrapeso que le impidió al gobierno de Carlos Salinas de Gortari *legitimar* una sangría generalizada, por más que llamara a los rebeldes «transgresores», «profesionales de la violencia», grupo violento de nacionales y extranjeros «ajenos a los esfuerzos de la sociedad chiapaneca», e intentara imponer la idea de que no se trataba de «un alzamiento indígena». Fue entonces que el gobierno se vio obligado a ofrecer una «salida» para detener el fuego, la cual consistía en cuatro condiciones para los guerrilleros: «la deposición y entrega de las armas, incluyendo la dinamita robada; la devolución de los rehenes y secuestrados; el

36 *Idem.*

cese de hostilidades; y la identificación de los dirigentes»³⁷.

El EZLN respondió el 6 de enero al «ofrecimiento», en el comunicado titulado *Sobre el EZLN y las condiciones para el diálogo*³⁸. Ahí, contestaron: «No depondremos las armas hasta que se hayan cumplido las demandas que enarbolumos al inicio de nuestra lucha»; a saber, «trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz», y expresaron sus condiciones para el diálogo: «a) Reconocimiento al EZLN como fuerza beligerante; b) Cese al fuego de ambas partes en todo el territorio en beligerancia; c) Retiro de las tropas federales de todas las comunidades con pleno respeto a los derechos humanos de la población rural. Regreso de las tropas federales a sus respectivos cuarteles en los distintos puntos del país; d) Cese al bombardeo indiscriminado a poblaciones rurales; e) En base a las tres condiciones anteriores, formación de una comisión nacional de intermediación».

37 *Idem.*

38 *Sobre el EZLN y las condiciones para el diálogo*, 6 de enero de 1994. Disponible en: <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/1994/01/06/sobre-el-ezln-y-las-condiciones-para-el-dialogo/>

Un sector de la militancia urbana distribuida en la República, trató de secundar las acciones militares del EZLN con actos de sabotaje que, en tal sentido, no tuvieron más impacto que la agitación. En Uruapan, Michoacán; en Tehuacán, Puebla, entidad en la cual, en los alrededores del Pico de Orizaba, derribaron torres de la Comisión Federal de Electricidad, que, según informó este organismo, no causaron la interrupción del servicio de energía eléctrica.

No pensamos avanzar más en la cronología de los acontecimientos; fueron cubiertos *in extenso* por los medios impresos de la época y los propios actores. La intención es situarnos en el nuevo panorama que se abría, pues lo que le interesaba a la organización era la respuesta de la sociedad mexicana, en particular de las y los trabajadores, para que se sumaran al levantamiento o para que se agruparan políticamente en torno al EZLN.

En los primeros días se confirmó lo que ya se sospechaba. La vía armada se concentraba únicamente en Chiapas y la militancia urbana, a raíz de los enfrentamientos en Ocosingo, dedujo que los insurgentes ya no se desplazarían a otras entidades. Si en otros estados como Oaxaca o Guerrero era factible un levantamiento armado, la experiencia indicaba que se requería mucho trabajo organizativo previo para lograrlo; no

iba a llegar de un día para otro, por mero caudillismo: mito insostenible como motor para traccionar políticamente amplios sectores de la sociedad.

Asimismo, otro mito se desquebrajaba, el de la chispa que encendería la revolución, ya que toda coyuntura revolucionaria tiene un trasfondo de experiencia y organización política previa³⁹. Las determinaciones históricas alcanzaban a la organización que parecía haber construido un mundo alterno en las cañadas chiapanecas y, ya a la luz pública, las cosas cambiaban mucho más de lo previsible.

La respuesta de las organizaciones de la clase trabajadora

Las expresiones de las clases explotadas —como usualmente sucede— aparecieron opacadas por los medios de comunicación masiva, algunas con muy poca fuerza política en sus declaraciones. Para darnos una idea, aunque sea *grosso modo*, de la respuesta de algunas organizaciones de trabajadoras

39 Se pueden notar en todas las coyunturas revolucionarias, sucesos previos de lucha generalizada. Por ejemplo, a la coyuntura de la Revolución Rusa de octubre de 1917, le antecedió febrero del mismo año, pero también la coyuntura revolucionaria de 1905.

y trabajadores, vamos a emplear el diario *La Jornada*, que realizó la cobertura más amplia de los medios nacionales impresos y dio cabida a un espectro político más o menos extenso, lo cual no hicieron otros medios, sobre todo de derecha.

El 3 de enero, en una nota se difundieron las declaraciones de la organización político-militar Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo —PROCUP— y del Partido de los Pobres —PP— justificando el levantamiento. El mismo día apareció un desplegado de la Asociación Rural de Interés Colectivo —ARIC— rechazando el recurso de las armas para avanzar en la justicia y las demandas de los pueblos campesinos de Chiapas. El Frente Independiente de los Pueblos Indios hizo un llamado a los guerrilleros indígenas para que abandonaran el camino de las armas.

El 4 de enero, en un desplegado, el Movimiento Proletario Independiente —MPI— convocó a movilización para el viernes 7 de enero, propuso el reconocimiento del EZLN como fuerza beligerante por parte del gobierno, solicitó que se respetaran los convenios de Ginebra y que el gobierno se apegara a los derechos constitucionales; asimismo, que se emprendieran medidas económicas, culturales, políticas y sociales en bene-

ficio de la población marginada. El MPI se había fundado en 1985, lo conformaban el Sindicato Único de Trabajadores de la extinta Ruta 100 —SUT-AUR-100—, la Coordinadora Independiente de Trabajadores Desempleados, Despedidos y en Lucha —CITDDL— y el Sindicato Independiente de Trabajadores del Colegio de Postgraduados —SINTCOP—. En el Movimiento participaban el abogado Benito Mirón Lince y su hermano Manuel, quienes años atrás habían tenido relaciones con las FLN; en 1993, Lucha los buscó para pedirles apoyo, pero se negaron.

El 6 de enero, en un desplegado, el Consejo de Organizaciones Agrarias expresó las razones del levantamiento del EZLN, dando como causa la «violencia institucionalizada que ha beneficiado a caciques, talamontes y terratenientes», pero decía que la «verdadera solución al conflicto no es la militar». Dicho consejo, conformado por ocho organizaciones agrarias —Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA), Coordinadora Nacional de Pueblos Indios (CNPI), Unión Campesina Democrática (UCD), Central Unitaria de Trabajadores (CUT), Central Nacional Urbana y Campesina (CNUC), ANAD y TUAC—, demandó diez puntos para re-

resolver el conflicto en la entidad. Miembros de la CNPI iniciaron una huelga de hambre en el Zócalo de la Ciudad de México con motivo del levantamiento.

El 7 de enero, el MPI lograba convocar a diez mil personas en el Zócalo capitalino, siendo la primera movilización de la sociedad registrada en la capital del país. Ahí, exigieron la renuncia de Patrocinio González Garrido, quien un año antes fue nombrado titular de la Secretaría de Gobernación por Salinas de Gortari, y refrendaron las exigencias expuestas el día 4.

El 8 de enero salieron tres desplegados. Uno de ellos fue firmado por el Sindicato de Trabajadores y Académicos de la Universidad Autónoma Chapingo y el Sindicato Independiente de Trabajadores de la Universidad Autónoma Metropolitana, que se solidarizaban con las comunidades indígenas e invitaban a defender a los campesinos chiapanecos. El otro era de un sindicato del Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde hacían un llamado a «detener la matanza de los grupos étnicos de Chiapas». El tercero fue de la Sección 9 de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación —CNTE—, la cual consideraba «que el conflicto debe ser resuelto por los canales de negociación política».

Diversas organizaciones se movilizaron a la Secretaría de Gobernación, en la Ciudad de México, con la consigna: «Por la paz, por la democracia y el respeto a los derechos humanos. ¡Alto al etnocidio en Chiapas!». Entre los convocantes se encontraban el Sindicato del Instituto Mexicano del Seguro Social, el Consejo Estudiantil Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México —CEU-UNAM— y la Asamblea de Barrios. Se dio otra movilización hacia la misma secretaría, pero convocada por Alternativa Socialista, Unión Popular de Comerciantes, Alternativa Sindical Ferrocarrilera, Alternativa Juvenil y la Coordinadora de Vivienda de los Trabajadores.

Había un apoyo a los indígenas alzados y al EZLN, pero no era la respuesta que la organización deseaba, pues a excepción del PROCUP y el PP, la mayoría pedía que se detuvieran los enfrentamientos y presionaban al gobierno para evitar un exterminio.

El Partido de la Revolución Democrática —PRD— y el Partido del Trabajo —PT—, sin ser parte de las organizaciones de la clase trabajadora, se aprovecharon de la situación para posicionarse, sobre todo porque 1994 fue un año electoral. Cuauhtémoc Cárdenas, a quien el Partido Revolucionario Institucional —PRI— le había hecho un monu-

mental fraude electoral en 1988, el 8 de enero pagó cuatro desplegados en *La Jornada* hablando sobre Chiapas. El PRD-PT se comenzó a montar en las movilizaciones sociales. El drama de la lucha por la independencia política de las clases trabajadoras es un tema que nos rebasa y por desgracia no lo abordaremos, pero indicamos que esta tensión se abrió en aquella coyuntura.

Así como sindicatos y organizaciones agrarias, indígenas, estudiantiles y populares se pronunciaron sobre el levantamiento armado, también lo hicieron diversas personas —y personalidades— que se agruparon para solidarizarse con los indígenas sublevados, exigir el alto a la guerra y buscar una solución política, no militar. En los primeros diez días, en *La Jornada* se pueden contar más de veinte cartas y desplegados al respecto, incluida la respuesta de Samuel Ruiz donde acepta ser mediador del conflicto. Los bombardeos por parte del Ejército Mexicano sobre territorio neozapatista y la masacre en el mercado de Ocosingo, fueron los principales acontecimientos que detonaron las alarmas en la sociedad mexicana e internacional para hacerlas intervenir en el movimiento popular y social que estaba ascendiendo.

Hubo otros actores que aparecieron y de los cuales la militancia no sospechó

respecto al papel protagónico que tendrían después del levantamiento. Se trataba de los intelectuales y las capas medias. En los primeros diez días se puede contar *más de sesenta* artículos y dos entrevistas en el diario citado. Ningún medio logró dar cabida a tantas intervenciones de la élite intelectual. En contraste, para entonces, el EZLN apenas había dado a conocer la *Primera declaración de la Selva Lacandona* y dos comunicados. El peso ideológico que ejerció la intelectualidad sobre el devenir del movimiento requiere examinar, al menos, su despliegue durante aquellos primeros días.

La élite intelectual

Los primeros seis días, diversos articulistas se dedicaron a condenar el levantamiento armado que habían decidido las comunidades indígenas. La editorial de *La Jornada* dio el banderazo de salida el 2 de enero. Su encabezado decía «No a los violentos». Con un discurso similar al del gobierno salinista, llamaba al EZLN «aventureros y profesionales de la muerte»; consideraba que «sus propósitos son irracionales»; suponía que se podía separar «el delirio de los aven-

tureros» y «las reivindicaciones históricas de los indígenas»⁴⁰.

El artículo de Pablo Gómez, *Violencia y sus responsables*, admitía que existían causas que ocasionaron la guerra y criticaba al gobierno y la insuficiencia de su programa estrella, el PRONASOL. No obstante, para él, el levantamiento era un exceso: «la decisión política de llevar a cabo una sublevación y, por tanto, cerrar caminos de lucha civil, no se corresponde con la situación general del país y ni siquiera con la del estado de Chiapas visto en su conjunto».

Por su parte, Carlos Montemayor, con mayor conocimiento, en su artículo *Chiapas: situación social o militar*, denunció la centralización de tierras en pocas manos y la pobreza —80% de los chiapanecos carecían de energía eléctrica— como causantes del permanente desequilibrio político que se agravaba por el racismo. Así que las causas del levantamiento no eran producidas por la manipulación de ideologías marxistas o zapatistas. Sin embargo, no respaldaba la vía armada: «La solución mili-

40 El 6 de enero, en una carta publicada en el mismo diario, Luciano Concheiro Bojórquez expresaba su desacuerdo con la editorial referida y cuestionaba su sesgo. No obstante, para que no lo acusaran de estar a favor del levantamiento armado, señaló: «estoy en contra de la utilización de la violencia».

tar en México no puede ser una buena decisión».

El día 3 de enero, la editorial de dicho diario volvió a arremeter contra el EZLN, advirtiendo que su «lenguaje intransigente y principista» impediría el diálogo. Mientras Octavio Rodríguez Araujo, en *Rebelión* no condenó ni respaldó y prefirió esperar: «la cautela se impone para el análisis», cinco galardonados con el Premio Chiapas —Juan Bañuelos, Carlos Jurado, Elva Macias, Oscar Oliva, Carlos Olmos y Eraclio Zepe— enviaron una carta donde fueron tajantes: «Las carencias sociales se resuelven en paz. No son los métodos militares, en este país y en estos momentos, los que puedan resolver las grandes carencias del pueblo», indicando que la violencia no se podía justificar con nada, ni por las penurias en que vivían los indios chiapanecos, las cuales expusieron.

El 4 de enero escaló el descrédito. Alberto Aziz Nassif, en su artículo *La guerra de Año Nuevo*, insinuó que el EZLN tenía nexos con Sendero Luminoso, quien podría estar detrás de la insurrección. Luis Hernández Navarro, en su columna *Sublevación en la Lacandonna*, pensó que «La realidad de la guerra chiapaneca... amenaza con «senderizar» la vida política nacional». Marco Rascón, en *Chiapas ¿Cananea y Río Blanco?*, responsabilizaba a los gobiernos federal

y estatal, así como a las oligarquías, del atraso chiapaneco que, en 1993, había causado la muerte de quince mil indígenas por hambre, enfermedades curables y violencia, y mantenía formas de explotación similares a las del s. XVII. Pero catalogaba la rebelión como una utopía; es decir, algo irrealizable, por lo que la vía armada neozapatista no podía ser la alternativa: «la violencia es una espiral que sólo puede acabarse cuando una parte cede y es al gobierno mexicano al que le corresponde ceder».

En entrevista, Carlos Montemayor criticó las acusaciones del gobierno que afirmaba que la sublevación se debía a «causas ajenas» a los indígenas, e intuyó la magnitud numérica del EZLN: «Este puñado de hombres no podría sobrevivir sin el apoyo de esta red familiar de las zonas indígenas. Estoy hablando de información, protección, comida, dinero». Rodolfo Stavenhagen, en su turno, con *Los miserables* sintetizó dos cuestiones que nos interesa resaltar, pues fijó el canon en que se movería la intelectualidad: 1) Como destacado especialista, conocía muy bien la situación indígena de Chiapas, «latifundio, talamontes, cacique, represión, discriminación, racismo, explotación, violación de los derechos humanos, concentración de la riqueza, abuso de poder, etcétera, etcétera», por lo que las causas del levantamiento «Son generadas por la expansión

capitalista y la modernización económica». La violencia, pues, tenía explicaciones, pero 2) No se justificaba por varias razones, entre ellas porque el EZLN tenía un «análisis equivocado de la realidad», ya que «todavía existen vías alternativas pacíficas y democráticas»⁴¹.

En una extensa nota, se daba a conocer la opinión de reconocidos literatos: Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Ricardo Garibay, Sergio Pitol y hasta del neoliberal Enrique Krauze. Todos se pronunciaron por una solución pacífica, haciendo agregados que cabe recordar. Fuentes adhirió la carta de los cinco Premios Chiapas. Monsiváis se lanzó contra el EZLN por el «callejón cerrado del que parten y a donde llegan todo voluntarismo y toda alucinación mesiánica». Poniatowska vio con espanto, cual película de ficción, la posible ira del pueblo que quebrantaría la paz de los ricos: «lo que ahora vemos es la reacción de los

41 Aquí había —y hay— un debate abierto, pues se podría investigar si esas vías no son las que ha puesto el mismo poder de las clases dominantes para desarmar la organización de las clases populares, sobre todo cuando la reforma política mexicana de 1977 sentó las bases para desarmar al Partido Comunista Mexicano y limar el filo revolucionario de distintos partidos que desembocaron en el PRD, partido que, sin pudor, luego giró abiertamente al neoliberalismo.

olvidados, una advertencia de lo que vamos a vivir en el país si no se imparte justicia social y la riqueza se sigue acumulado entre unos cuantos». Garibay subió el tono: «El alzamiento es un inmenso despropósito». Pitol no daba crédito, tanto por su magnitud: «¿cómo es posible que nadie detectó que se gestaba un movimiento que no parece ser improvisado como un estallido inmediatesta?», como por su aparente desfase histórico: «Parecen noticias de hace 60 años». Krauze urgió integrar «un frente democrático que presione a los guerrilleros a deponer las armas».

El 5 de enero se publicó la opinión de Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura en 1990. Su artículo, *El nudo de Chiapas*, mostraba el sentir de la intelectualidad que universalizaba como sentir general: «nos han sorprendido a todos». Y su desprecio por el EZLN lo hizo ver sin cortapisas; así lo expresó en diversos momentos: «¿Cuál es la procedencia de los grupos infiltrados entre los campesinos?», «Retazos de las ideas del maoísmo, de la Teología de la Liberación, de Sendero Luminoso y de los movimientos revolucionarios centroamericanos», «restos del gran naufragio de las ideologías revolucionarias del siglo XX», «la sublevación es irreal y está condenada a fracasar», «No debe olvidarse que las comunidades indíge-

nas han sido engañadas por un grupo de irresponsables demagogos», «los daños que han causado a la nación son muy graves».

Sergio Aguayo Quezada fue menos visceral. En *Las lecciones de Chiapas* no atacó al EZLN: «Cuando surge la violencia vienen las condenas y los llamados a que se regrese a la legalidad, olvidándose de lo inoperante que es la legalidad en México». Bernardo Bátiz, entonces miembro del PRD, en *Chiapas: buscar la paz*, veía en los alzados la antesala del diluvio: «Ahora alguien los alienta, les proporciona armas y los lanza a una lucha de resultados impredecibles en su magnitud», de no atender a los pobres será demasiado tarde, cuando «las cosas ya no tengan retorno».

Luis Linares Zapata, en *Crisis moral y de gobierno*, volvió sobre la ruta armada que abrió el EZLN: «no encuentra base consensual». Emilio Zebadúa, en *El sur*, habló de los insurgentes como «fuerzas populares y desesperadas». Ese día, en aquel diario, José Emilio Pacheco fue el único que entrelazó el problema de la violencia de masas de forma indisoluble: «No se puede acabar con la violencia de los sublevados si no se acaba con la violencia de los opresores». Si para él era posible mediar tal violencia dentro de los marcos del capitalismo, como afir-

ma la tradición liberal, es algo que no se expresó ahí; pero al menos no evadió el problema con hipócritas condenas como «la violencia es mala, venga de donde venga».

La embestida contra el EZLN comenzó a rayar en la irracionalidad y soberbia intelectual, al grado que hasta un analista político del régimen como Sergio Sarmiento, en su columna del diario *El Financiero* enlistó diferencias razonables de la guerrilla chiapaneca con la cubana, la nicaragüense y la peruana, en clara respuesta a varios articulistas de *La Jornada*. Por supuesto, no para defender al EZLN, sino, también, para atacarlo; dada la preparación del levantamiento «durante bastantes años», decía, debe haber «alguien detrás con chequera amplia y con un objetivo definido». Para los defensores del régimen era imposible que esa «chequera amplia» fuera producto del esfuerzo y sacrificio de cientos de mexicanos con el objetivo definido de acabar con el capitalismo.

En la misma edición de *El Financiero*, quien llegó más lejos en la réplica fue Eduardo Monteverde, en *Morir en Chiapas*, de la cual reproducimos algunos fragmentos: «A partir de los años cuarenta, los intelectuales se nutren de la miseria chiapaneca. Se han solazado con la naturaleza y con el indio como

parte del paisaje... los han estudiado enteritos en su sociedad y biología. Desde el folklore hasta sus hábitos alimenticios... Su rebeldía era motivo de leyendas añejas hasta que este año nuevo sobresaltó a los sesudos estudiosos con algo que ya parecía arcaico: una guerrilla al estilo guevarista», «San Cristóbal era el País de los Sueños y la Tierra de Nunca Jamás, para hacer una tesis vívida y vivida», «Con un sigilo insospechado, marginales, formaron el ejército que todo intelectual soñó, pero que nunca se atrevió a representar», «Y ahora los intelectuales organizados, los que dijeron, que no estaban dadas las condiciones objetivas para un levantamiento popular, levantan la voz para condenar la violencia, desligarse apurados de todo vínculo con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y desde luego, analizan, observan, juzgan. La generación añeja que ahora lucha por becas, se muestra estupefacta ante estos jóvenes, no mayores de 25 años que provocan una guerra para reivindicar, ahora sí en serio, la dignidad indígena. He aquí el poder previsible de las ciencias sociales, donde los científicos se equivocan más que los alquimistas», «San Cristóbal de las Casas... Ha tenido más congresos que ningún otro pueblo, para que los antropólogos hablen de los aborígenes... Los indios aprendieron a

cobrar a los fotógrafos, a lucir su miseria y ahora, cuando realmente había oportunidad de fotografiar algo más que huipiles y niños mugrosos, cuando aparecieron indios con fusiles, los artistas huyeron», «La miseria de Los Altos de Chiapas se mide por publicaciones y conferencias, no por los niños muertos de desnutrición que no son una suma algebraica», «Politólogos y artistas, sin ningún pudor, se animan a reiterar opiniones, cuando los guerrilleros les han arrebatado la palabra».

El día 6 de enero, en *La Jornada*, los artículos fueron similares, añadiéndose uno que colocaba la cereza en el pastel del penoso espectáculo que daba la civilizada intelectualidad, la «gente pensante». Jorge Alberto Manrique Castañeda pedía que se protegieran *las paredes* ante las acciones insurgentes: «han incendiado edificios municipales y han quemado archivos: los archivos que contienen la historia de su miseria y de la represión secular a que han sido sometidos». Los rebeldes no sólo querían acabar con ese horrendo pasado en papel, sino en la realidad, pero Manrique continuaba: «Se han perdido los valores arquitectónicos importantes y se han perdido documentos invaluable... es una necesidad que compete a la nación toda evitar la destrucción de ese patrimonio cultural que, como digo,

contiene la historia de la injusticia contra las comunidades».

A partir de la edición del 7 de enero se nota un giro político más prudente y los intelectuales se afianzan en posiciones más conscientes a su filiación política. Sin embargo, ninguno va a respaldar abiertamente el levantamiento armado, al menos no *en este diario*; ni los marxistas, en vergüenza de Marx⁴². Mientras las revueltas, rebeliones y revoluciones estuvieran en el pasado, las podían avalar con sendas investigaciones que los han dotado de prestigio y, sobre todo, con abultados sueldos detrás del escritorio; empero, cambió su postura cuando una ocurría en su presente.

Para el 10 de enero, se sumaron más de treinta intelectuales que siguieron engrosando los ríos de tinta. Al 16 de enero ya había hablado un gran sector de la élite política e intelectual nacional y comenzaba la mundial⁴³. En contraste, el EZLN había intervenido con

42 Cuando la sublevación obrera en París se preparaba, Marx se oponía a ella por su posible fracaso; cuando estalló, no dudó en apoyar públicamente a los insurrectos de la Comuna de París de 1971.

43 Entre los articulistas encontramos a Álvaro Cepeda Neri, José Cueli, Enrique Florescano, Luis Javier Garrido, Horacio Labastida, Margarita Nolasco, Enrique Provencio, Demetrio

nueve comunicados elaborados por un solo hombre.

Las élites intelectuales, casi en unanimidad criticaban el actuar del gobierno y el olvido en que se tenía a los indígenas, pero también era su propio olvido. Se mostró que no fue suficiente defenderlos en el papel para absolver su alma, pues no lo habían hecho en la cruda realidad⁴⁴. El remordimiento las obligó a compensar de forma expedita su omisión de décadas realizando acciones filantrópicas. Para el día 12 de enero, Ofelia Medina anunciaba

Sodi de la Tijera, Fernando Benítez, Victor Flores Olea, José Woldenberg, Eduardo Montes, Miguel Concha, Daniel Cazés, Hermann Bellinghausen, Enrique Calderón Alzati, Joel Ortega, Luis Villoro, León Bendesky, Antonio Gershenson, Bertha Luján, Néstor de Buen, Gertrude Duby Blom, Adolfo Gilly, Ana María Aragonés, Homero Aridjis, Lourdes Arizpe, Roberto Blancarte, Elba Esther Gordillo, María Teresa Jardí, Rodrigo Morales, Miguel Sabido, Iván Restrepo, Héctor Aguilar Camín, Pablo González Casanova, Arturo Warman, Noam Chomsky, Julio Bracho Carpizo y Jenaro Villamil.

44 Sorprendentemente, ese canon permaneció durante los treinta años posteriores al levantamiento; siguieron contando historias felices mientras el poder del capital cercó a las comunidades indígenas de militares —hoy aliados con el gobierno de Andrés Manuel López Obrador y su autodenominada Cuarta Transformación— y narcotraficantes.

la creación de una casa albergue para niños indígenas ubicada en San Cristóbal.

No seguiremos más. Por ahora basta con lo que hemos expuesto para buscar comprender porqué Marcos centró la interlocución del EZLN con la intelectualidad, principalmente. La tesis que podemos formular, y que coincide con la lectura de la coyuntura que hizo la militancia en aquel momento, es la siguiente: para entonces, con todo lo que sucedía, era ya una sospecha, más o menos evidente para la organización, la cancelación de la insurrección armada nacional, lo que implicaba abrir otras rutas políticas. Una de ellas era la batalla ideológica que debía ganar el EZLN para impedir legitimar los ataques militares del gobierno contra las comunidades indígenas. En esa batalla, se estaba en desventaja; la intelectualidad, como vimos, llevaba la delantera y rebasaba en número.

Si bien, en términos objetivos, el grueso de la élite no podía recriminar las causas del levantamiento, tenía fobias de sobra para cuestionar la voluntad revolucionaria del EZLN —que llamaron voluntarista, equivocada, aventurera, irracional, senderista, ingenua, idealista, desesperada, suicida, desquiciada, utópica, irresponsable, demagógica o de plano la prefirieron omitir, como

si no existiera— que había tomado la vía armada para la transformación del país. Había que hacer algo o, en esas circunstancias, ¿Marcos podía simplemente darles la espalda y afianzar las alianzas con la clase trabajadora —con una débil independencia de clase y poca fuerza—? Se abren más preguntas que no podremos contestar en esta investigación⁴⁵, aunque conocemos su resultado por lo actualmente visible: se hizo un pacto con un sector de la clase media —por lo que no dio la espalda a la intelectualidad— que tiene el trasfondo de significar una especie de compensación a la frágil alianza con la clase trabajadora, situada en el nudo estratégico para acabar con el capitalismo: la contradicción capital-trabajo.

Mientras estas disyuntivas se presentaban y se resolvían sobre la marcha, a la par, la Secretaría de Masas desempeñaba su trabajo. Ahora vamos a retomar algunas situaciones que se vivieron en las tres subsecretarías que la conformaban: la Obrera, a cargo de Ana-norte; la Popular, dirigida por Andrés; y la

45 En este trabajo hemos dejado en último lugar subjetivismos simplistas y cuestionamientos moralizantes para mostrar el desdoblamiento de los eventos. No requerimos que Marcos sea «reformista» o «radical» para obtener el honor, la gloria, la tragedia, la comedia o la desgracia.

Campesina, retomada por Frank. Advertimos al lector que a partir de aquí —a punto de cerrar nuestras *Crónicas intempestivas*— no vamos a desdoblar los acontecimientos al mismo nivel que hemos venido haciendo; expondremos un par de acontecimientos entre 1994 y 1995 y formularemos algunas hipótesis finales.

La tragedia de la Secretaría de Masas

A los pocos días del levantamiento, el profesor Andrés participó en la primera Conferencia de Prensa en Chihuahua, con apoyo de Martha de los Ríos y Queta Levario⁴⁶. Explicaron las condiciones económico-sociales de los indígenas que habían llevado a la insurrección y la amenaza de exterminio contra ellos encabezada por el Ejército Mexicano, así como la importancia de la participación de la sociedad civil para detener la ofensiva del Gobierno Federal.

Dichas acciones se hicieron por instrucción del EZLN para informar a la población de todo el país sobre su lucha,

46 Martha de los Ríos era una de las dirigentes del Comité de Madres de Desaparecidos Políticos de Chihuahua. Queta Levario pertenecía a la Central Independiente de Obros Agrícolas y Campesinos —CIOAC—.

la cual se volcó para conocer los acontecimientos, además de hacer donaciones en efectivo y en especie. También llovieron millares de cartas, mensajes y recados dirigidos a los guerrilleros. Todo fue controlado por la Secretaría General del «Partido», es decir, por Germán. Se organizaron diversas mesas a lo largo y ancho del país, la de mayor acopio fue la del Zócalo en la Ciudad de México. Las subsecretarías hicieron su trabajo en las zonas Golfo, Norte y Occidente. Con esas mesas se tuvo una gran periferia de simpatizantes, muchos de ellos serían reclutados a la organización.

Mientras tanto, Germán, en el centro del país, le impuso al «Partido» la Coordinadora Nacional de Acción Cívica para la Liberación Nacional (CONAC-LN). Por ahí le abrieron el zaguán al oportunismo político y empezaron a sabotear los esfuerzos de la Secretaría de Masas. Al desfile de trepadores políticos llegaron quienes un año atrás no habían querido apoyar al EZLN-FLN, los ya mencionados Benito Mirón Lince y su hermano Manuel, quienes lejos de solidarizarse solo querían mandar, ser los «intelectuales» del movimiento.

El Ingeniero los colocó por encima del trabajo que hacía la Secretaría de Masas. Ordenó que se debía hacer todo lo que ellos dijeran porque iban a apoyar materialmente y con más gente. Sin

embargo, para la primera publicación impresa de la CONAC-LN, las subsecretarías tuvieron que aportar los recursos necesarios.

Cuando se instaló la mesa en la ciudad de Chihuahua participaron varias organizaciones, sobre todo representantes de la Sierra Tarahumara. Ahí llegó la orden de recibir a un tal Pedro Castillo como enviado de la CONAC para iniciar los trabajos del día. El señor llegó dos horas tarde, pidió que se le pagara el taxi del aeropuerto al lugar de reunión y exigió se le llevara de regreso, con todo y el pago de su boleto de avión.

La actitud de todos ellos era mandar adonde llegaban. Les gustaba el protagonismo y estar rodeados de mozos que los atendieran, siendo los militantes, que habían entregado años de su vida en tareas organizativas para preparar la revolución, quienes terminaron desempeñando aquellas funciones de servicio. Sobre sus esfuerzos se montó el oportunismo político y la élite intelectual, que sació su sed de protagonismo. Fue parte del precio con el que se pagó el pacto con los intelectuales.

Durante el tiempo que existió la Secretaría de Masas, Germán impuso su orientación política, carente de horizonte —como hemos visto— y con ello aumentaron los escenarios cómicos, propios de la tragedia, tal como ocurrió en

una reunión de las subsecretarías que narramos enseguida.

Lucha, a cargo de la secretaria de Masas, pidió los informes de cada responsable. Ana-norte solicitó que empezara la Subsecretaría Campesina, a cargo de Frank, quien presentó como suyos los trabajos de la Obrera y la Popular. Algunos militantes se molestaron porque se pedía reiteradamente entregar información y cuotas a la subsecretaría de Frank, lo que significaba dar a conocer sus datos personales verdaderos a dos subsecretarías, rompiendo medidas básicas de seguridad que seguían los militantes clandestinos. También se preguntaban cuál sería ahora su participación en la Subsecretaría Campesina, pues ya tenían actividades en alguna de las otras dos, como maestros, estudiantes u obreros. Es decir, Frank, respaldado por Lucha y Germán, se montaba por escrito en el trabajo político de Ana y Andrés.

En aquella entrega de informes le exigieron a Lucha explicar el motivo de que a Frank se le permitiera el acceso a toda la información, siendo que no le correspondía el trabajo de las otras dos subsecretarías. Ella solo dijo que era una orden del Ingeniero. Ana y Andrés le pidieron acatar los acuerdos del Congreso que los había nombrado y que Frank se dedicara únicamente a

la Campesina, pero no le importó; le permitió seguir recibiendo el apoyo de militantes de la Popular, hasta el día que abandonó su zona y regresó a Chiapas. Al final de esa reunión, Lucha todavía les dijo a los dos subsecretarios: «Ustedes no saben trabajar, tienen que aprender de Frank».

Para la Convención Nacional Democrática a la que convocó el EZLN en agosto de 1994, la Secretaría de Masas tenía la orden de mandar un formato a fin de que lo llenaran todos los asistentes. Se pedía, además, anexar la copia de alguna identificación oficial. En Chihuahua, Martha de los Ríos se anotó. Cuando Andrés estaba revisando sus documentos observó que su identificación era una credencial de la entonces Procuraduría General de la República —PGR— y le dijo que con dicha credencial no podía registrarse, ya que los compañeros del EZLN no se la recibirían. Ahí mismo estaban maestras y otras mujeres llamadas «Las Doñas» de Chihuahua, las cuales, al escuchar la conversación, informaron a todas las demás del hecho. Martha estaba muy molesta porque se sintió atacada y convocó a una reunión urgente, por la noche, para decirles que ella no era enemiga y que Andrés la estaba acusando de policía.

En la reunión siguiente, dirigiéndose a Andrés, explicó que había perdido su credencial de elector y le comentó que, cuando eso pasa, uno podía ir a la PGR a pedir una identificación oficial. Nadie cuestionó su justificación, tenía una larga trayectoria política como luchadora social.

Estando en la Ciudad de México, con todos los formatos de las asistencias que se concentraban en las oficinas de la CONAC, el profesor informó de la situación. Ahí, Lucha le diría que Vicente, el «Güero», ordenó por instrucciones de Marcos que dejaran en paz a Martha de los Ríos, comentando que no podían quedar mal con ella porque había protegido a compañeros del EZLN-FLN, y añadiendo: «Esa señora es más zapatista que ustedes». Resulta que ella y otras mujeres habían organizado un traslado de neozapatistas de Parral a Chihuahua capital; sin embargo, lo que quizá no sabía el Güero, era que la organización también había puesto dinero para el traslado, gracias a la venta que se hizo de un automóvil Volkswagen Sedan —un vocho—.

Ese proceso de *desplazamiento y suplantación* que aparentemente devino de una necesidad coyuntural para detener la ofensiva del gobierno, colocando a luminarias políticas e intelectuales por encima de la militancia, se reprodujo

sistemáticamente y fue en ascenso, a partir de que los enfrentamientos militares menguaron. Aquí mencionamos tan solo tres ejemplos ocurridos en 1994: los casos de los hermanos Mirón⁴⁷, de Pedro Castillo y de Martha de los Ríos.

En la Convención Nacional Democrática, Marcos cerró el pacto —no escrito— con la intelectualidad; ahí los colocó artificialmente hasta arriba de la pirámide. La militancia, excluida, seguía viendo, desde lejos, acuerdos tomados a sus espaldas. No le prestaron tanta importancia, sus trabajos políticos seguían siendo muchos y además estaban acostumbrados al verticalismo y vanguardismo como formato organizacional. Los pocos comentarios que hacían giraban en torno a la pregunta: «¿A poco ellos van a hacer todo el trabajo político que hicimos nosotros?»

A la tragedia de la Secretaría de Masas, se sumó la represión que fue en aumento hasta que, en 1995, el gobierno asestó un golpe al EZLN-FLN con la detención de varios de sus militantes y nuevamente se activó la amenaza de guerra en Chiapas.

47 Lucha comentaría años después que Marcos había regañado a Benito Mirón por el oportunismo político que hacían con la CONAC.

La represión de 1995

Previo a 1995, los trabajos políticos que se hicieron desde la Secretaría de Masas siempre estuvieron vigilados por el Estado mexicano, a pesar de que ya no tenían un carácter militar, aunque sí semiclandestino por la forma en que estaban acostumbrados a trabajar sus militantes.

Dos casos destacan por su gravedad. El primero sucedió en la Comarca Lagunera, al término de una reunión organizada por dicha secretaría para programar actividades de apoyo al EZLN; una camioneta blanca siguió a uno de los asistentes para atropellarlo en el camino. Pocos días después, el joven murió. El segundo se suscitó cuando a la mesa del Zócalo de la Ciudad de México se acercó un estudiante de Baja California, con el entusiasmo visible de poder participar. Solicitó consejos para poner una mesa al regresar a su ciudad, donde organizó un pequeño grupo de simpatizantes y el día que la instalaron hubo represión policial y lo arrestaron. Alcanzó a comunicarse por teléfono para informar lo que había sucedido. Los militantes que daban seguimiento a su caso luego se enterarían, por una nota periodística, que se había «suicidado» en la cárcel.

Así, llegó el 9 de febrero de 1995. El Estado mexicano desplegó su aparato

represivo en contra de la organización. En las notas sensacionalistas se develaba la verdadera identidad del subcomandante Marcos. El Gobierno Federal lanzó órdenes de aprehensión contra varios dirigentes clandestinos por motín, rebelión, conspiración, terrorismo y portación de armas de fuego de uso exclusivo del Ejército Mexicano. En las ciudades, la mayoría de los militantes urbanos no sospechaban que se trataba de las consecuencias de la traición del subcomandante Daniel, hasta que en *La Jornada* aparecieron dos notas al respecto, una el sábado 11 de febrero y otra el martes 21 del mismo mes. La primera informaba de las declaraciones que había hecho ante el Ministerio Público Salvador Morales Garibay —nombre «real» de Daniel—, «quien proporcionó el mayor número de datos sobre la composición, jerarquías y ubicación de la cúpula político-militar de los zapatistas»; por la segunda se supo que las declaraciones no las había hecho en calidad de detenido y que, por lo tanto, estaba libre, como el mismo título indicaba: «Está libre quien habría revelado información sobre los zapatistas»⁴⁸.

48 Supuestamente, Daniel habría dicho que Marcos tenía contacto con el Movimiento Proletario Independiente a través de los Mirón y que, desde 1993, conocieron los preparativos del levantamiento; aunque el

Con esa información en manos del Estado, cayeron las casas que él conocía y quienes en ellas se encontraban⁴⁹. Hasta entonces, la militancia no sabía lo que había pasado con Daniel en mayo de 1993, en el enfrentamiento de Las Calabazas, más que por rumores. La irresponsabilidad de Germán y/o Marcos fue tal que, mucho antes de la represión, incluso se le pidió al profesor Andrés ser el responsable político de Norma, la «ex» pareja de Daniel.

De Daniel se cuentan muchas cosas. Se decía que, con protección del Estado, se encontraba escondido en Estados Unidos, pero que primero se había enrolado en el Ejército Mexicano. Ahí, los soldados le habrían puesto de apodo de el «Dedo». Marcos no informó nada de

dato es cuestionable toda vez que a él —a Daniel— lo degradaron en mayo de aquel año y quien buscó el contacto fue Lucha, por órdenes de Germán, pero ya indicamos que ellos no quisieron apoyar en ese momento.

49 Sus delaciones tuvieron una fuerte carga personal, de venganza, ya que la represión recayó únicamente en algunos dirigentes, no en todos. También, por eso mismo, los militantes de las FLN-EZLN dedujeron que Carlos Tello Díaz había obtenido información de dichas delaciones para su libro *La rebelión de las Cañadas*, cuya primera edición databa del 1 de enero de 1995; tenía similares omisiones y desconocía muchos aspectos de lo ocurrido en esos años —como Daniel—.

eso por dos años. Unos pensaban que era un castigo, para borrarlo de la memoria histórica; otros, que porque iba a desmoralizar a las comunidades neozapatistas y provocaría una desbandada, ya que tenía simpatías entre militantes campesinos y urbanos.

Los operativos militares represivos fueron desproporcionados. En Cacalomacán, los militantes defendieron la casa a costa de su vida. Los acontecimientos fueron conocidos por toda la población, pues apresaron y torturaron a varios vecinos que nada tenían que ver con la organización, para luego salir libres y contar lo ocurrido.

Antes del 9 de febrero de 1995, la coyuntura era de represión latente, pero, presionados por organizar el movimiento popular, varios militantes de la Secretaría de Masas dejaron el anonimato para realizar el trabajo abierto que se requería, mientras que la Secretaría General y la Secretaría del Interior continuaba ocultas para resguardar la continuidad de la clandestinidad.

No obstante, durante 1994, en su egocentrismo, Germán no confió en el trabajo de los militantes y decidió salir a acaparar reflectores. Se presentaba con regularidad en la mesa del Zócalo capitalino y asistía a reuniones masivas; en una de carácter nacional, se hizo notar con su típica arrogancia y prepotencia,

al increpar a varios militantes diciéndoles que si no hacían bien su trabajo los iba a correr cuando él quisiera. El conjunto de los presentes —como era de esperar—, con asombro preguntaba quién era aquel señor y por qué trataba así a las personas.

Ana-norte y Andrés, que se encontraban en la reunión, se dirigieron con Lucha y le aclararon que no los podía correr porque habían sido nombrados por el Congreso. En la reunión del día siguiente, el Ingeniero apareció otra vez, señalando a los dos subsecretarios, y dijo: «A ustedes no los puedo correr porque los nombró el Congreso, pero a ti, a ti y a todos lo demás, sí. Así que se alinean». Si tal protagonismo e ineptitud no fueron de ayuda para resguardar la seguridad de la organización en 1994, mucho menos lo serían después de aquel febrero de 1995.

Las medidas de seguridad que tanto exigía a sus subalternos, él mismo no las ponía en práctica, como lo prueba su detención, el 21 de octubre de 1995, cuando se dirigía a casa de la familia de Lucia. Se rumoraba que iba a ver el fútbol en la televisión.

El comandante Germán, durante la represión de 1995, todavía cometió algunas imprudencias más antes de que lo apresaran. Mandó un equipo conformado por tres militantes a una de las

casas de seguridad «quemadas» que se tenían en Torreón, Coahuila, para que sacaran cosas. Llegaron y esperaron afuera. A los pocos minutos arribó el Ejército a acordonar el inmueble. Por fortuna, no hubo consecuencias.

Cabe destacar las medidas tomadas por el secretario del Interior que, tras la detención de Germán y Lucía, desmanteló todas las casas que habían quemado. Él era gente de Marcos. Hizo lo que estuvo en sus manos para proteger a los militantes y mandó el informe al Subcomandante, quien lo felicitó. Marcos, para salvaguardar lo que quedaba, ordenó a los militantes: «Corten con el Ingeniero. Está totalmente prohibida la comunicación con él. Ellos quedan fuera». Como muchos aprovecharon ese momento para desertar, la militancia clandestina prácticamente se reducía a unos cuantos, por lo que la Secretaría del Interior se deshacía de facto.

Pero la Subsecretaría Popular y la Obrera no dejaron de realizar su trabajo, cada quien en su zona. El EZLN-FLN no solo estaba en Chiapas y el movimiento apenas iba en ascenso. La Popular pudo hacer varias reuniones de información y estudio con colaboradores y militantes en Coahuila, Chihuahua y Aguascalientes. Paradójicamente, sin el estorbo de Germán y Lucía continuaron visitando a militantes y colaboradores

en Michoacán y Durango. En la Ciudad de México se reunían con compañeros estudiantes universitarios para elaborar un programa de apoyo escolar para los militantes indígenas que habían quedado fuera de Chiapas y actualizar los folletos de divulgación política sobre las demandas de los neozapatistas.

Debido a las negociaciones que en esos momentos se reabrían con el gobierno de Ernesto Zedillo, la presión mediática logró que Germán saliera de la cárcel apenas a la semana de ser detenido. Ya en libertad, se dedicó a hacer algunas acciones en conjunto con la fundadora del Comité ¡Eureka!, Rosario Ibarra de Piedra. No obstante, no era lo que él quería; fue así que buscó a la militancia clandestina, pero no encontró a nadie en las casas que conocía. Obviamente, ya estaban vacías por motivos de seguridad. No paró hasta que dio con algún militante que le contó lo que había hecho el secretario del Interior para proteger a los demás compañeros. Entonces se comunicó con Marcos para reclamar que lo tenían aislado. De por sí, nadie quería saber nada de él. Como respuesta, el Subcomandante mandó decir al secretario del Interior: «A un compañero no se le trata así», y lo citó para que fuera a Chiapas, a rendir cuentas. No sabemos a qué se debió tan repentino cambio, ni qué cuentas tenía

que rendir, pues él había cumplido a cabalidad con su labor.

Tal situación orilló a dicho secretario a tomar la determinación de no acudir a la cita y abandonar la organización. Cuando el Ingeniero se reincorporó, lo estuvo buscando, seguramente para vengarse personalmente. Un día, él y otro militante lo encontraron, y este último le dijo: «Te espera el Ingeniero, está en el carro», «Ahorita voy», contestó y huyó. Germán tenía la fama de llegar a esos extremos.

Después de la represión, Ana-norte decidió salirse de las FLN-EZLN, debido a las pocas medidas de seguridad que mostraban Germán y sus allegados. Luego de que éste salió de prisión, Lucha trató de recontactar a la maestra por medio de Andrés, pero, cuando la vio, les comentó: «Ya les dije que no quiero nada con ustedes». No obstante, de todas maneras, siguió apoyando la lucha neozapatista desde Monterrey.

La larga deriva

Con Germán otra vez en la dirección de una desgastada estructura en que el nombre FLN o Partido ya era lo de menos, porque todo giraba en torno al EZLN, localizaron a Andrés para que informara de sus actividades. Con los

militantes que se habían sostenido en la Subsecretaría Popular resurgió lo que fue el último reducto de una organización que declinaba.

Germán le dio la orden a Andrés para que entregara a la Güera y a Rodolfo todos los contactos de Chihuahua y Coahuila. A pesar que la militancia no quería nada con ellos, los impuso como dirigentes. De ellos nunca se supo que hubieran tenido un plan de trabajo⁵⁰.

Sin ningún horizonte político, el único trabajo organizativo que le quedó a Germán y su gente fue cobrar dinero a simpatizantes y militantes para mantener la «organización», cosa que lograban bajo el manto de glorias pasadas y ajenas. Las actividades políticas se acabaron bajo la retórica de que no se podía hacer nada sin la autorización de la dirección del EZLN, que había que esperar la orden para tal o cual acción que nunca llegaba o llegaba a destiempo, por ejemplo, fue hasta el 2005 que

50 Todavía hacia 2005, en la misma lógica de Germán, Marcos citó al profesor Andrés en la Alameda de la Ciudad de México para ordenarle que, si Rodolfo le pedía dinero, se lo diera. Así se diluyeron en poco tiempo aquellos recursos. El profesor se negaba a darle apoyos a discreción, pues los mal gastaba sin fines políticos. Andrés tenía dinero de la organización porque años antes Marcos se los había dado, al nombrarlo tesorero de un núcleo urbano que estaba reorganizando.

se leyó un informe que mandó Marcos, donde se formalizaba que la Secretaría de Masas dejaba de funcionar, siendo que desde 1995, después de la represión, en los hechos, había terminado sus labores como Secretaría.

En ese último periodo, que fue bastante largo, militantes profesionales, semiprofesionales, colaboradores y simpatizantes se fueron alejando, en las pequeñas reuniones no se les dejaba participar y solo ponían a Lucha a platicar anécdotas del pasado, que se acabaron tras su fallecimiento. El puñado de militantes que quedaron se fueron saliendo a lo largo de la primera década del 2000. Sin un programa mínimo de acción solo se les decía que había que aguardar, que esa era la orden del Comité Clandestino Revolucionario Indígena, es decir, de Marcos. Quienes alcanzaron a salirse en los años dorados del movimiento neozapatista, lograron obtener algún beneficio personal para no acabar en la desgracia, pero no todos corrieron con la misma suerte.

El proceso de purga y la suplantación

Poco antes de terminar estas crónicas, la investigación fue conduciendo a un cuello de botella que se hacía ineludible abordar: el proceso de purga de la

militancia al interior del EZLN-FLN. Este proceso no se trataba de juicios o ejecuciones, como los Juicios de Moscú, sino de salidas «voluntarias», similares a las «renuncias» laborales de nuestros tiempos, a las que son orillados los trabajadores en medio de entornos laborales hostiles. En nuestro caso, se trataba de un entorno de deriva política visible a los ojos de toda la militancia, después de los saldos de la represión de 1995 y a la cual ni siquiera se le prestó la importancia que se requería para, al menos, intentar evitar la catástrofe.

Pero, ¿por qué se omitió reaccionar políticamente a aquella deriva anunciada? Siendo una respuesta que involucra varios aspectos, es de considerar que fue motivada por un factor de fondo. El pacto de Marcos con un sector de la élite intelectual y capas medias chocaba de facto con la voluntad de la militancia urbana, formada en el marxismo de la propia organización en la década de los ochentas, con influencia de Rodrigo, pero también del Subcomandante. Esa voluntad involucraba distintos sectores populares, en particular al magisterio mexicano. Tan es así que, durante el Congreso de 1993, hubo un hecho significativo. Quienes ocuparon tres puestos de dirección en el Partido Fuerzas de Liberación Nacional fueron profesores: Ana-norte, Andrés y el se-

cretario del Interior. No es coincidencia, es el peso que tenía el magisterio revolucionario y anticapitalista al interior de la organización. Lamentablemente no se vieron como ese sujeto; primero se subordinaron a las órdenes de un intelectual como Rodrigo y luego de Marcos. El ala magisterial fue el segundo sector, después de los indígenas, más dinámico de las FLN en la década de los ochenta y hasta 1994; con sus recursos materiales y humanos ayudaron en gran medida a levantar el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, e incluso después del levantamiento siguieron desempeñando un papel relevante.

El pacto, que comenzó como una necesidad para detener la ofensiva del gobierno, a la larga terminó por extirpar la voluntad revolucionaria magisterial y de otros sectores que se mantenían en la organización⁵¹ y que posteriormente salieron sobrando. Así nació el discurso deslactosado neozapatista, *ad hoc* para las capas medias y la élite intelectual, montado sobre la exclusión. Tal giro se logró por una simple razón, el EZLN

51 Entre ellos, un sector destacado con el cual vamos a quedar en deuda en este trabajo, al no poder desarrollar su profunda participación tanto en el EZLN como en la FLN, fue el de los sacerdotes revolucionarios que, con su práctica política real y efectiva, radicalizaron la Teología de la Liberación.

era un proyecto profundamente anti-democrático, autocrático, y todos lo asumían como un sacrificio necesario para construir una nueva sociedad socialista; para nadie fue un engaño, pero, en ese estoicismo, la misma vanguardia marxista que lo erigió no pensó que ella misma sería sacrificada. Con Rodrigo fuera, confiaron en la inteligencia, astucia, audacia y buenas intenciones de Marcos; en suma, en la subjetividad de un hombre que haría las cosas bien y que, de hecho, las hizo bien, ya que fue el mejor dirigente que pudo haber tenido la organización. Pensar en alguien más sería mera ficción, pues ahí no existía nadie más con sus cualidades, a menos que —ilógicamente— se *impusiera* desde fuera. Ya podemos notar que el problema no radica en la buena o mala dirección de la subjetividad de uno o varios dirigentes, o en la personalidad de uno u otro, sino en la ausencia de democracia radical, carencia que ha existido en todos los vanguardismos marxistas.

La autocracia se hizo más evidente para toda la militancia urbana en los eventos que el EZLN organizó en 1994. La maestra Ana-norte llegó a decir que Marcos parecía un reyezuelo; tenía los hilos de todo y siempre se hacía lo que él indicaba. En el Precongreso de 1993, Vicente ya había hecho un comentario

al respecto; llegó el segundo o tercer día de reuniones y le dijo a Marcos: «Yo no pienso ser una pieza de tu ajedrez». Por otro lado, la intelectualidad, que primero había atacado la voluntad anticapitalista de miles de personas agrupadas en el EZLN-FLN, poco tiempo después se volvió simpatizante o se convirtió al neozapatismo, pero no porque ya respaldara el levantamiento armado, sino por su fascinación por el subcomandante Marcos —proveniente del arraigado culto hacia el Che Guevara— y el romanticismo neozapatista que ellos mismos comenzaron a aderezar. Así, de condenar a los insurrectos, terminaron respaldando —convenientemente— la autocracia que los encumbraba. Irónicamente, la administración del conflicto por parte del Estado fue mediado por el peso ideológico de la élite intelectual.

Enlistar a la militancia urbana que fue desechada del EZLN-FLN de 1994 a 2008, sería una labor complicada por lo numerosa y por la clandestinidad de aquel entonces. Aquí solo hemos mencionado dos destacados dirigentes, la maestra Ana-norte y el secretario del Interior. El profesor Andrés y su compañera, la maestra Martha, se retiraron el 10 de mayo de 2008. Después de ellos, el último en irse fue un militante tzeltal que en el EZLN tenía rango militar. Antes se habían «salido» tres indígenas

que desempeñaban trabajos políticos en algunas ciudades del país desde antes de 1994, entre ellos un hermano del hoy subcomandante Moisés. Lo hizo también un puñado de militantes urbanos, entre ellos el redactor de este trabajo. Incluso «desertó» la propia gente de Germán, nos referimos a Rodolfo —quien había sido fundador del EZLN y tenía el grado militar de capitán— y su entonces pareja, junto con sus hijos.

El largo proceso de suplantación de la militancia del EZLN-FLN por sectores de la intelectualidad y capas medias, coincide con la creación de una narrativa testimonial y heroica que no se tradujo en efectividad política, porque se anuló todo un sector que, bien o mal, guste o no, había realizado el trabajo político de base. La purga y la suplantación no fue el resultado del reformismo o de la política descafeinada de las capas medias y la élite intelectual, sino de la ausencia de democracia radical. A los militantes urbanos simplemente se le desechó. Marcos no aprobó que aparecieran públicamente como parte del EZLN. Ni siquiera les permitió participar en las actividades que se realizaban en las comunidades neozapatistas; cuando algún militante urbano era reconocido intentando acceder, lo corrían. En esa desigualdad de condiciones, fueron negados para que otros se afirmaran.

Con la fundación del Frente Zapatista de Liberación Nacional –FZLN– se volvería a verificar la suplantación, cada vez más normalizada y, por lo tanto, invisible. Andrés se comenzó a dar cuenta que Vicente, el encargado del FZLN, empezó a utilizar las redes urbanas que se habían desarrollado después de 1994, pues varias personas que desarrollaban sus trabajos políticos con el profesor le informaban que se había puesto en contacto con ellos, lo cual podía hacer porque disponía de la agenda de todos los «simpatizantes» neozapatistas del país. Fue así que llegaba a diversos estados a pedir apoyo para las acciones que emprendía el EZLN. Quizá, sin saberlo, recogía el fruto del trabajo de años de los militantes clandestinos –claro, mientras se mantuvieran aquellas redes–. A la larga, el FZLN también se disolvió en el mar de los protagonismos e ineficiencia política.

Lo paradójico de la situación es que, por un lado, emergió un movimiento admirado por propios y extraños en prácticamente todo el mundo; y, por otro, tras bambalinas se repitieran las mismas figuras antidemocráticas de purgas y suplantaciones que han perseguido a los vanguardismos marxistas en todo el siglo pasado. Esto propició que la militancia clandestina, perpleja, buscara contactarse directamente con el

subcomandante Marcos, pues se pensaba que gran parte de los problemas eran a causa de que Germán lo mal informaba. La práctica política de éste produjo desconfianza entre los militantes reclutados después de 1994, quienes no necesitaron enterarse que estuvo a punto de ser excluido en 1993 por sus antecedentes; de él también se creía que, con Lucía, falsificaban comunicados y recados personalizados de Marcos, supuestamente dirigidos a los pocos militantes que quedaban y se sospechaba que los reportes que entregaban al CCRI desfiguraban las verdaderas condiciones de la organización. Ese pensamiento y la forma de proceder de los militantes ya daba muy malas señales; el problema no era si Marcos sabía o no lo que ocurría en la organización, era el entorno autocrático que todos alimentábamos y con el cual se tenía que romper radicalmente.

Tan larga fue la deriva política como lo muestra su desventura. Por un lado, se llegó a la devoción hacia el glorioso EZLN y un inalcanzable Subcomandante Marcos, apodado ahora —con reverencia— como «El Viejo», frente a la ineficiencia y atraso político de la militancia urbana, atributos con los que se caracterizaba a sí misma, simbolizada por la olímpica ineptitud de Germán. Como no hay mediación posible para

unir los polos del idealismo ético: por un lado, la pureza del ideal y, por otro, las deficiencias reales y terrenales de las personas, los militantes comenzaron a dudar si pertenecían a un ente puro como el EZLN o si más bien los habían manipulado y se trataba de un vil engaño de las anacrónicas FLN. Así, unos para calmar su alma y otros para no ensuciarla, realizaron la división ficticia entre el EZLN y las FLN, la cual nunca existió como en toda la obra hemos mostrado; previo a enero de 1993, el EZLN fue parte de la política de las FLN, con todo y las disputas entre Marcos y Rodrigo; posteriormente, las FLN, ya como partido, fueron parte de la política del EZLN, con todo y la lucidez de Marcos al mismo tiempo que la mediocridad de Germán.

Pero esta última reflexión la realizamos ahora, a décadas de distancia. En aquellos momentos la militancia no la podía hacer, pero en su desesperación llevó a cabo dos expediciones a las comunidades neozapatistas, con el objetivo de concertar una reunión con el Subcomandante y el CCRI, para aclarar la situación al hacerles saber lo que pasaba en la organización y, así, pudieran corregir los problemas. Las dos visitas estuvieron separadas por diez años y los grupos no tenían relación entre sí —ni siquiera sabían que habían emprendido acciones similares—. El de-

senlace de ambas fue la evasión y el silencio por parte de la dirección del EZLN —en la última, incluso corrieron al compañero enviado—. El resultado era obvio, pues, siguiendo a Hegel, la falta de *reconocimiento* no la resuelve la actitud del *siervo*, por mucho que se esmere, y menos aún la arrogancia del *señor*.



Epílogo

«Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado».

KARL MARX.

Hemos mirado hacia atrás los acontecimientos, esbozando la conexión de unos momentos con otros; es decir, su *necesidad*, el desdoblamiento interno que explica en qué condiciones ocurrió la escisión del EZLN, la decisión de iniciar el levantamiento armado y la deriva política de las FLN.

En ese pasado, vemos que la práctica política de los protagonistas ocurrió bajo circunstancias no elegidas por ellos, sino que estuvieron signadas por el marxismo del siglo XX. Su eficiente praxis logró fundirse con la voluntad re-

volucionaria de las comunidades indígenas, aunque, después del alzamiento, el marxismo que realizaron se fue ocultando de la narrativa, como si no hubiese existido. Posterior a 1994 resultaba conveniente mostrar ese alejamiento. Debido al colapso del bloque socialista, a algunos les sirvió para atacar al marxismo, tachándolo de teoría caduca y esforzándose por demostrar que la organización indígena no provenía de él. Los sectores más reaccionarios que tomaron esa postura, ahora hacen el esfuerzo contrario y pretenden denostar al neozapatismo buscando sus vínculos con el marxismo, pues, luego de anunciar —por enésima vez— que éste había muerto, volvió a tomar auge a raíz de la crisis financiera mundial de 2008 y —también— se renovó el interés por condenarlo.

A otros les sirvió para tachar al neozapatismo de reformista o revisionista, acusación proveniente de sectores marxistas para intentar legitimarse como la verdadera corriente revolucionaria contra lo que a sus ojos no lo era. Muchos de esos análisis hoy están completamente rebasados por la realidad. Sumado a la idolatría, para la izquierda anticapitalista fue un caso lamentable, pues —en general— se renunció a la reflexión crítica. Algunos autores, con más sensatez que erudición, trataron de

distanciarse de esa desgracia, como los casos de Daniel Bensaid y Carlos Montemayor; siendo agentes externos a las FLN y al EZLN, alcanzaron a sospechar que el neozapatismo contenía aspectos más allá de la fachada con que se iba presentando.

A la eficiente praxis política del marxismo clásico que logró éxitos revolucionarios durante el siglo pasado, le siguió un proceso de agotamiento no solo por el asedio del capitalismo, sino por sus mismas contradicciones internas marcadas por la modernidad. Las prácticas políticas vanguardistas, por detrás de sus mejores intenciones, terminaron suplantando la voluntad popular que decían representar y, como Saturno, devorando a sus propios hijos. El neozapatismo no escapó a esta tragedia; en un entorno vertical terminó por suplantar —y desconocer— a sus propios militantes.

Nuevamente se probó que, por detrás de las mejores intenciones de la vanguardia neozapatista, ocurrieron procesos de extrañamiento donde no todos fueron reconocidos en su propia obra —¡enorme paradoja para un movimiento que luchaba por el reconocimiento!— Pero hay que tener muy claro que el fundamento explicativo de este tipo de procesos no se encuentra en la bondad o maldad de los actores, o en la supuesta

línea correcta por la cual no se caminó y por eso ocurrió semejante exclusión. Ninguna organización, por muy radical o revolucionaria que sea, tiene garantías de triunfo y mucho menos está exenta de llegar a resultados ajenos a los propuestos.

Las vanguardias políticas podrían ser las mejores; sin embargo, aunque actuaran de la manera más óptima posible, maniobrando en condiciones adversas obtendrían resultados extraños a los que originalmente se plantearon. Es, precisamente, el caso de la dirección del EZLN, que a partir de 1993 se esforzó por depurar sus cuadros políticos que le parecieron deficientes y, después del levantamiento, realizó pactos que no fueron bien vistos por la izquierda radical; pero, prueba de que se trataba de maniobras políticas —desafortunadas y quizá catastróficas—, es el hecho de que la organización no ha renunciado a su carácter anticapitalista, ni siquiera hoy, cuando sectores de la izquierda se vuelven a suicidar, esta vez, entregándose al partido MORENA —«porque ahí están las masas»—, con la ilusión quijotesca de que «se puede ir por lana sin salir trasquilados».

Aquellos monumentales esfuerzos planteados en siete principios: servir y no servirse, representar y no suplantar, construir y no destruir, obedecer y no

mandar, proponer y no imponer, vencer y no vencer, bajar y no subir, son clara prueba de querer superar la tragedia del vanguardismo, realizada por los tipos de marxismo atados a la Ilustración. Sin embargo, no bastaron para rebasar las determinaciones históricas de la modernidad. Entonces, la sospecha del problema se cierne sobre el vanguardismo político, no sobre el mensajero. Cuestión sobre la que habrá que volver en otro momento.

El hecho de que volteando a ver el pasado podamos encontrar las circunstancias históricas que explican los diversos giros que se dieron, y nos pueda parecer lógico el resultado no esperado —extraño— al que conducían, indica que tal valoración se hace desde el presente, cuando los hechos ya se consumaron. Para los actores, inmersos en su propia historia, era muy difícil saberlo. Ni el mismo Lenin avizó que el partido bolchevique albergaba el huevo de la serpiente: el terror de los Juicios de Moscú y el estalinismo. Acentúo esta obviedad para dejar atrás la vergonzosa crítica que sitúa el problema en la dirección, como si, al cambiarla por otra mejor, fuera posible resolver las disyuntivas históricas y así evitar la deriva política. A estas alturas de la historia, resulta claro que dicha tesis es más retórica que analítica, y

que le es funcional a las vanguardias marxistas en busca de legitimarse por encima de otras, produciendo un choque porque todas y cada una hacen lo mismo: se atacan entre sí, acusándose de tener malas direcciones y, supuestamente, por no aplicar adecuadamente la teoría. Además, es una crítica fácil concluir que «La dirección del EZLN se equivocó. Nosotros no, porque seguimos la línea correcta». Curioso señalamiento de quienes solo en sus sueños, de manera abstracta, serían capaces de organizar a más de diez mil militantes.

Si bien, nunca han existido garantías para el triunfo revolucionario, eso no implica que estemos condenados a vivir en el capitalismo, porque, lo que está en juego, no es si lo dijo Marx, Engels, Lenin, Stalin, Trotsky, Mao, Fidel o el Che Guevara, sino la voluntad revolucionaria de los pueblos. Lenin, un revolucionario ilustrado, formuló una magnífica tesis que marcó a los militantes de todo un siglo: «sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario». La dicotomía entre saber y hacer que supone, además de provenir de las dicotomías de la modernidad, tiene un carácter político, pues Lenin le asignó exclusividad y centralidad al marxismo como teoría revolucionaria de vanguardia. Por eso los marxistas de tipo ilustrado pelean en términos de

herencias, si han seguido al pie de la letra o no lo que indica la palabra sacralizada o la fórmula preestablecida. Proponiéndonos superar la modernidad, podemos renunciar a esos términos sin perder un solo átomo de radicalidad, porque, lo más importante no es un libro o una buena traducción de Marx, sino la voluntad anticapitalista. No tenemos porqué aceptar la exclusión ilustrada entre pasiones y razón. Las teorías revolucionarias —plural, porque el marxismo no es la única— le sirven a esa voluntad, le permiten ver, racionalizarse; pero, sin voluntad, la teoría es un cúmulo de papeles irrelevantes y aburridos que le interesa a dos personas.

En segundo lugar, los actores, situados en su presente, inmersos en sus procesos, no están condenados a reactualizar las tragedias de las bienintencionadas vanguardias, desde donde sostenemos se encuentra el problema, y no en las direcciones. Si para analizar el pasado vemos la necesidad, hacia adelante está la *posibilidad*, ya que el futuro nunca está escrito y se abre al campo de la *libertad*, por más determinaciones que existan. En términos políticos significa que podemos hacer posible lo imposible: podemos romper con la tragedia de la modernidad en la que ha estado inmerso el marxismo.

Desde estos criterios, que se sitúan en lo que Carlos Pérez Soto llama *marxismo hegeliano*, no solo podemos analizar la historia, sino, también, proponer una política anticapitalista de futuro. *Democracia radical* para confrontar el poder del capital y superar los candados del vanguardismo, que desde su buena intención quieren controlarlo todo, convirtiéndose en organismos burocráticos contruidos por unos cuantos que giran órdenes a las mayorías mediante el llamado centralismo democrático. ¡No más! ¡Ya basta!

Cronología político-militar

Octubre

1968



El día 2, tras varias movilizaciones estudiantiles contra la represión, el gobierno de México, al mando de Gustavo Díaz Ordaz, reprime violentamente a los asistentes al mitin desarrollado en la Plaza de las Tres Culturas, ubicada en la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco, en la Ciudad de México. El saldo de la ofensiva, por parte del Ejército Mexicano y la policía, hasta la fecha es desconocido con precisión; sin embargo, se estima en más de doscientos cincuenta asesinatos y más de mil heridos.

Agosto

1969



El día 6, en un contexto represivo, ocho jóvenes fundan la orga-

nización clandestina Fuerzas de Liberación Nacional en la ciudad de Monterrey: Cesar Germán Yáñez Muñoz «Pedro», Alfredo Zárate Mota «Salvador», Carlos Vives Chapa «Ricardo», Mario Sánchez Acosta «Manolo», Mario Sáenz Garza «Alfredo», Graciano Sánchez Aguilar «Gonzalo», Raúl Pérez Gasque «Alfonso» y Elisa Irina Sáenz Garza «Murcia». Algunos habían formado parte del núcleo guerrillero denominado Ejército Insurgente Mexicano, donde participaba el periodista Mario Menéndez. Las FLN fueron una organización político-militar de corte marxista. Influenciados por el triunfo de la Revolución cubana, su intención es establecer un foco guerrillero para iniciar un levantamiento popular que instaure el socialismo en México.

Julio 1971

La policía de Nuevo León localiza una casa de seguridad de las FLN en Monterrey, por lo que el día 19 organiza un operativo. Los dos militantes que la habitan, Mario Alberto Sáenz «Mateo» o «Alfredo»

y Juan Amado Guichard Gutiérrez «José» o «Héctor», logran escapar.

Marzo 1972

Dirigidos por Cesar Yáñez «Pedro» o «Manuel», primer responsable de la organización, llegan los primeros militantes de las FLN a instalar el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata en la Selva Lacandona, donde compran un rancho que bautizan como El Chilar, conocido entre las redes clandestinas como La Vanguardia, el cual convierten en su campamento.

Febrero 1974

Tras el asesinato del empresario Eugenio Garza Sada en un intento de secuestro por parte de la Liga Comunista 23 de Septiembre, en 1973, el gobierno de Nuevo León genera un clima de persecución en la región. En ese entorno, un vecino denunció movimientos sospechosos en una de las casas de seguridad de las FLN, y la policía, en un asalto al inmueble, el día 12 toma por sorpresa a los dos ocupantes, Nora Rivera Rodríguez «Sandra»

y Napoleón Glockner Carreto «Jaime», que son capturados. A raíz de ello, la policía obtiene información de otra casa de seguridad de la organización. Se cuenta que, por su delación, son ajusticiados por sus propios compañeros el 5 de noviembre de 1976.

El día 14, el Ejército Mexicano y la Dirección Federal de Seguridad llegan a la casa principal de las FLN, en Nepantla, Estado de México. Se da un enfrentamiento armado en el que mueren cinco guerrilleros: Alfredo Zarate «Salvador», Carmen Ponce «Sol», Anselmo Ríos, Mario Sánchez Acosta «Jesús» y Dení Prieto Stock «María Luisa»; logrando sobrevivir Gloria Benavides «Ana» y Raúl Morales. En el cateo ilegal que realizan las autoridades estatales, encuentran las escrituras del rancho El Chilar.

El día 16, el Ejército Mexicano llega al campamento El Chilar. Hasta la fecha, no se sabe a ciencia cierta qué pasó con los militantes de las FLN que ahí se encontraban, pues el Estado no ha dado información de su paradero. Se cree que logran escapar, pero más tarde algunos mueren en combate y otros son capturados. Los desaparecidos son César Germán Yáñez Muñoz

«Pedro», Juan Amado Guichard Gutiérrez «Héctor», Raúl Enrique Pérez Gasque «Alfonso», Federico Carballo Subiaur «Tomás», Carlos Arturo Vives Chapa «Luis» y Elisa Irina Sáenz Garza «Murcia».

Diciembre

1974

○

El día 2, cae en combate el guerrillero Lucio Cabañas Barrientos, en Técpan de Galeana, municipio perteneciente al estado de Guerrero. Cabañas había sido el dirigente de la organización político-militar Partido de los Pobres; antes ejercía su influencia mediante la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México —FECSM— en varias escuelas normales rurales donde se formaban los profesores de nivel básico. Quien después se convertirá en el profesor Andrés, tuvo instrucción académica en una de esas escuelas, donde llegó a conocerlo en compañía de un cubano y un ruso, pues impartían cursos para politizar a los estudiantes.

Febrero

1975

○ El día 8, en una persecución policiaca contra tres militantes de las FLN, en Tabasco, dos de ellos mueren al enfrentarse con las fuerzas federales. Se trata de Julieta Glockner Rossainz «Aurora» y Graciano Sánchez Aguilar «Gonzalo». Federico Ramírez «Rodrigo», que se vio obligado a separarse del grupo a causa de un tiroteo previo, logra escapar.

Marzo

1977

○ El día 7, un grupo de las FLN al mando de Mario Sáenz Garza «Alfredo», primer responsable de la organización, se encuentra realizando labores de exploración en la Selva Lacandona para volver a instalar el núcleo guerrillero. Se decía que un desafortunado accidente había acabado con su vida. Su muerte genera una disputa por la sucesión de mando que le corresponde a Fernando Yáñez «Germán»; un par de militantes no lo acepta, por su temperamento. La organización, que apenas se está reponiendo de

la crisis por el golpe que el Estado le asestó en 1974, vuelve a enfrentar otro desequilibrio, esta vez con una posible escisión. «Germán» nombra a «Rodrigo» como segundo al mando, quien se convierte en la cabeza política de las FLN, logrando que la organización se reestructure con un novedoso rumbo.

Febrero

1979



El día 14, las FLN inauguran su órgano de difusión interno, clandestino, al que nombran Nepantla.

Marzo

1980



El día 22, fallece «Ana» a consecuencia de las lesiones que sufre al ser atropellada por un ómnibus urbano. Las FLN la habían reclutado en Nicaragua, donde participaba en el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Agosto

1980



El día 17, en una casa de seguridad de las FLN en Tabasco, uno de

los militantes mata a «Ismael», que en la organización es el responsable de la zona sur.

Entre 1980 y 1982

Las FLN logran hacer trabajo político en las comunidades indígenas, gracias a las relaciones que establece «Rodrigo» con las Comunidades Eclesiales de Base dirigidas por el entonces obispo de Chiapas y teólogo de la liberación, Samuel Ruíz García.

Mayo 1983

El día 26, en la ciudad de Puebla, dos militantes de las FLN, «Mario Marcos» y «Ruth», mueren al enfrentarse a las fuerzas federales. Los responsables de la organización, «Germán» y «Rodrigo», les habían ordenado resguardar a un puertorriqueño perseguido por la Central Intelligence Agency. Se cuenta que «Mario» le permite hablar por teléfono desde una cabina, por lo que, al hacerlo, los norteamericanos

dan con su ubicación. Para salvar su vida, el puertorriqueño delata a los guerrilleros. En ese momento, «Mario Marcos» es el responsable político de Rafael Sebastián Guillén Vicente, quien se cambia el seudónimo por el de su amigo caído en combate.

Noviembre

1983

- El día 17, las FLN, con el esfuerzo de toda la organización y siguiendo los planes de «Rodrigo», se funda, en la Selva Lacandona, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Así, un núcleo de seis guerrilleros se encarga de la encomienda, «Germán», «Rodolfo», «Elisa», «Frank», «Jorge» y el «Cólera».

○ Mediados de la década de los 80

Debido al crecimiento de las FLN, se comienzan a crear las agrupaciones intermedias, con carácter semi público, no clandestino, pero subordinadas a la lógica vertical de la organización. Nos referimos a la Asociación de Mujeres Asociación Civil –AMAC–, para el trabajo político con mujeres; Cultura y Solida-

ridad Magisterial Asociación Civil –CUSOMAC–, para maestros y estudiantes; Unión Nacional de Trabajadores –UNT–, para obreros; y la Asociación Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata –ANCIEZ–, para campesinos.

Julio 1988

El día 6, en las elecciones federales, mediante un fraude electoral, el Partido Revolucionario Institucional impone a Carlos Salinas de Gortari como presidente de la República Mexicana, quien contiende contra el candidato del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano.

Mayo 1989

Se da un intento de levantamiento armado por parte de milicianos del EZLN que involucra a tres comunidades neozapatistas asentadas en Ocosingo: Las Tazas, el Avellanal y Las Tacitas. El subcomandante Marcos logra contener aquella iniciativa que se pretendía realizar al

margen de la organización. Al poco tiempo, el profesor Andrés inaugura la primera escuela guerrillera del EZLN en la comunidad de El Prado Pacayal, denominada Escuela Campesina Técnica y Ecológica. En octubre llega su compañera, la profesora Martha.

Noviembre

1989

Tras una revuelta popular en el territorio controlado por la entonces Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas –URSS–, el día 9 es derribado el Muro de Berlín, símbolo de la división entre el llamado bloque socialista y el bloque occidental liderado por Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría. El acontecimiento anuncia el fin del socialismo cimentado en el siglo XX. Comienza un momento de desilusión y triunfalismo capitalista que dura hasta 2008, cuando estalla una profunda crisis financiera del capitalismo a nivel mundial.

1990
1991

Colapsa la URSS y su región se adhiere abiertamente al sistema capitalista, dejando atrás lo que ya era una mera fachada de socialismo.

1992

El Ejército Mexicano realiza una incursión militar en El Prado Pacayal, buscando guerrilleros. El EZLN, que tiene el control de aquella comunidad, evita un enfrentamiento y los habitantes se organizan para encubrir exitosamente el campamento guerrillero —de reclutas— asentado en una montaña de aquella cañada.

El crecimiento de la guerrilla chiapaneca se desborda; suman más de diez mil milicianos neozapatistas. Ante ello, al comandante Rodrigo le parece urgente proponer la creación del partido marxista que guíe la insurrección nacional. Desde su perspectiva, falta tiempo para iniciarla.

Para el subcomandante Marcos es sumamente complicado aplazar el levantamiento armado de las comunidades, donde él dirige de ma-

nera directa, y no a distancia como el comandante Rodrigo.

Los indígenas que son enviados a las casas de seguridad de las FLN, distribuidas en toda la República mexicana, externan con el subcomandante Marcos su molestia por malos manejos financieros que recaen en Rodrigo, y por maltratos que reciben principalmente del comandante Germán. Varios militantes urbanos tienen ese mismo sentir. Por diversas diferencias políticas y problemas internos, se va formando un bloque que abandera Marcos.

○ Enero 1993

La fracción de Marcos prepara un plan para excluir a los dos primeros comandantes de la organización. Esta disputa interna se abre en el Congreso Nacional de las FLN, que se realiza en las instalaciones de la escuela de El Prado. Ahí, se funda el Partido Fuerzas de Liberación Nacional, pero las comunidades no están dispuestas a esperar más tiempo y alrededor de trescientos delegados indígenas, que representan a sus comunidades, votan por comenzar la guerra.

Los acuerdos del Congreso dejan a Marcos como la cabeza política y militar de la organización. Rodrigo y Germán quedan sin poder de mando en el EZLN. Al final, no los excluyen; a German lo nombran secretario general del partido y a Rodrigo lo congelan políticamente otorgándole la Comisión de Relaciones Internacionales, pero se desaparece por treinta años.

La fecha del levantamiento, por seguridad militar, no se define en el Congreso, pero Marcos sentencia: «No amanece 94 cuando ya hayamos empezado».

Mayo 1993

El día 22, se da el primer enfrentamiento armado entre el EZLN y el Ejército Mexicano en la Sierra de Corralchén, donde se ubica el campamento guerrillero de Las Calabazas. Los rebeldes logran romper el cerco y escapan. La única baja que sufren es la del teniente insurgente «Rafael».

Enero 1994

El día 1, inician las acciones militares del EZLN acompañadas del programa expuesto en la Primera declaración de la Selva Lacandona. Los sublevados, por primera vez encapuchados, toman varias cabeceras municipales, entre ellas las de San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Altamirano, Las Margaritas y Chanal.

El día 2, comienza el enfrentamiento entre el EZLN y el Ejército Mexicano, que busca recuperar el control de las ciudades tomadas por los rebeldes.

El día 3, los insurgentes neozapatistas son emboscados en el mercado de Ocosingo y sufren diversas bajas. Ante la incertidumbre del Ejército Mexicano por el número de alzados que aparecen por todos lados, el Estado mexicano acelera la concentración de efectivos militares en la entidad.

El día 4, después de tres días de combate, el EZLN se ve obligado a replegarse a la Selva Lacandona.

El día 5, el Ejército Mexicano arrecia los bombardeos por aire de manera indiscriminada, sin importarle los daños a la población indí-

gena que habita las comunidades, estimada en quince mil personas. La presión social e internacional aumenta exponencialmente, por lo que el gobierno salinista se ve obligado a ofrecer una salida al conflicto armado, pero pidiendo prácticamente la rendición del EZLN.

El día 6, los insurgentes contestan al gobierno que no depondrán las armas hasta que se cumplan sus demandas de «trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz».

El día 7, se realiza la primera movilización masiva en la Ciudad de México, convocada por el Movimiento Proletario Independiente, en apoyo al EZLN. Asisten diez mil personas.

El día 12, el gobierno salinista es orillado, por la presión social, a ordenar un cese al fuego por parte del Ejército Mexicano, iniciando así un periodo de negociaciones.

Agosto 1994

Se realiza la Convención Nacional Democrática convocada por el EZLN, evento en el que confluyen

diversos sectores de izquierda, progresistas y la élite intelectual.

○ Enero 1995

Se publica *La rebelión de las Cañadas*, de Carlos Tello Díaz. Aunque para el público general logra integrar un relato verosímil de la historia del EZLN, los militantes clandestinos observan demasiadas falsedades. Tras preguntarse cómo logró obtener la información ahí vertida, generan la hipótesis de que, con apoyo del gobierno, el autor tuvo acceso a las delaciones de quien en su momento fuera el subcomandante Daniel; asimismo infieren que, quizá, el mismo gobierno le proporcionó datos contenidos en archivos clasificados. Su precipitada «investigación» anunciaba, en realidad, la antesala de la represión y saciaba el interés de la sociedad por conocer el pasado de una organización que ascendía al primer plano de la escena política nacional e internacional.

O Febrero 1995

Tras la traición de Daniel, subcomandante del EZLN hasta mayo de 1993, el Ejército Mexicano lanza una nueva ofensiva contra los rebeldes. En los operativos militares, las fuerzas federales capturan a varios integrantes de las FLN-EZLN y toman las casas de seguridad distribuidas en distintos puntos del país, donde los encuentran. Son encarcelados Germán, Lucía, Elisa, Vicente y Eduardo, entre otros.

Crónicas intempestivas. Historia del ascenso del EZLN 1987-1994, de Egbert Méndez Serrano, se terminó de elaborar en Ecatepec de Morelos, Estado de México, en febrero de 2024; es una obra independiente a cargo del autor y contó con el apoyo del Círculo de Escritores del Viento.

egbertmdzcienciasunammx@gmail.com

circulodelviento1@gmail.com

52 55 1832 5777

52 55 1869 8588